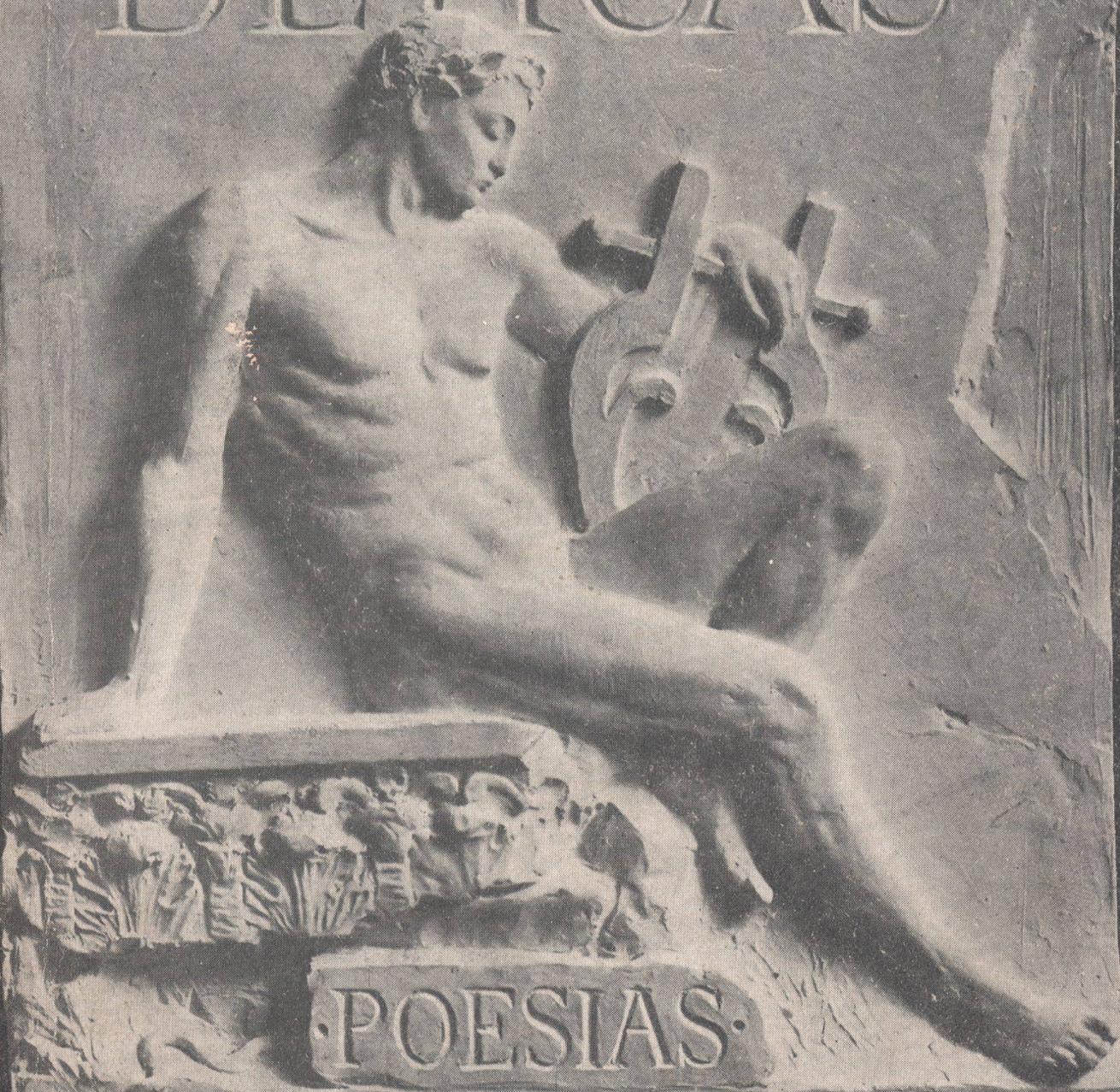


ARTURO REYES

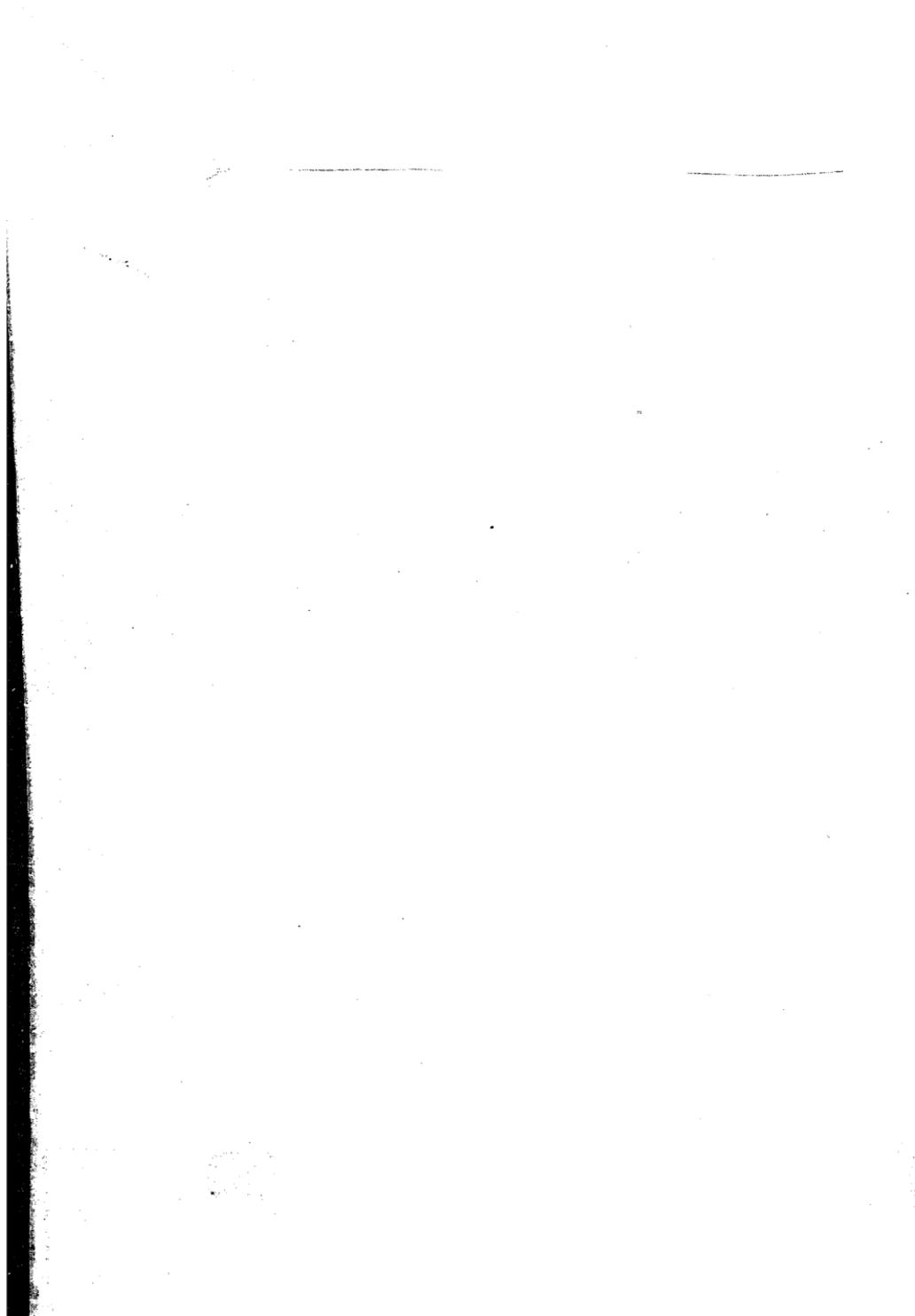


BETICAS



POESIAS

Escultura de ARTURO REYES



BÉTICAS

Esta obra es propiedad del
autor, que se reserva todos sus
derechos.

1900

R. 70.045



ARTURO REYES

P

746

BÉTICAS

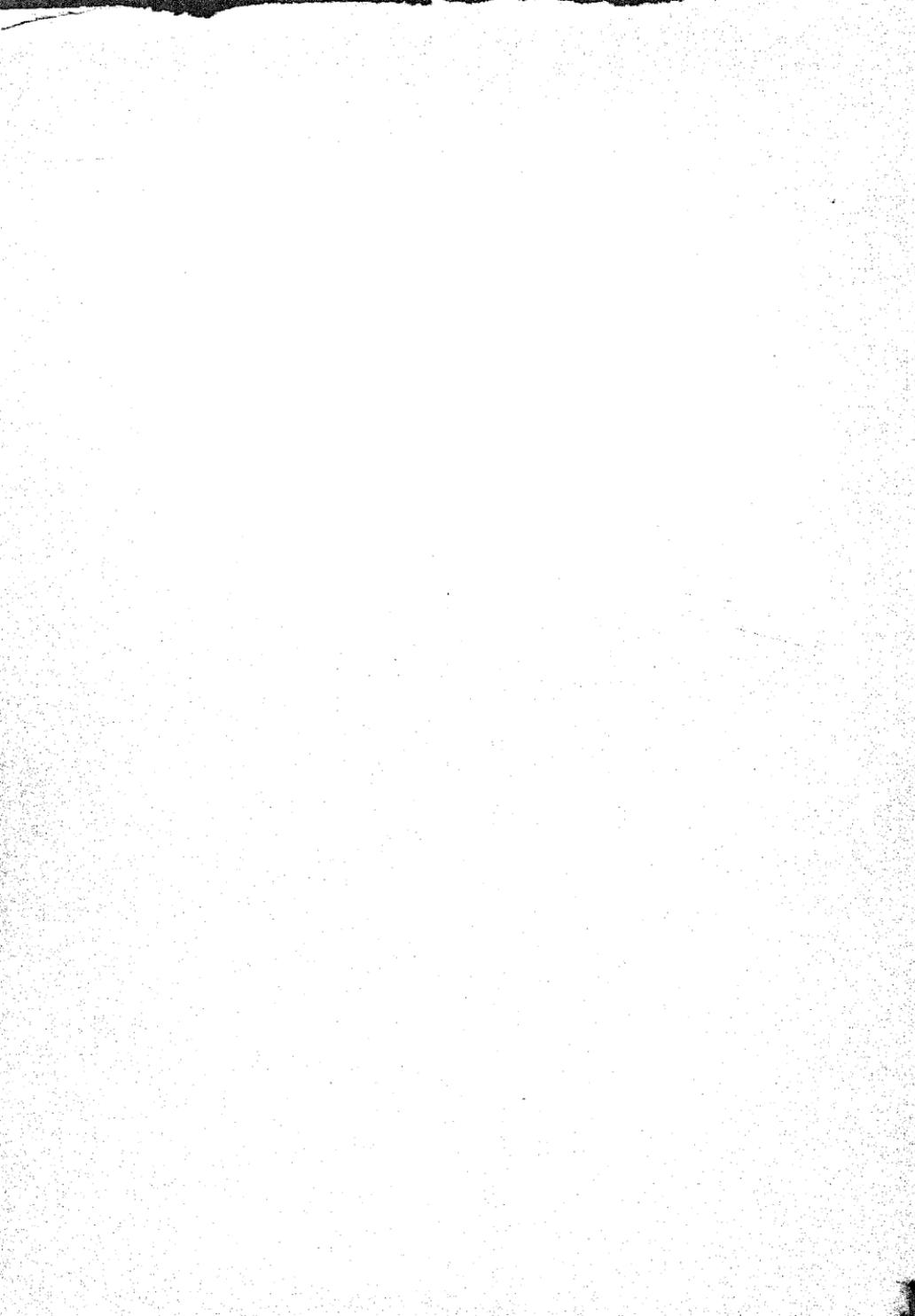
POESÍAS

MADRID

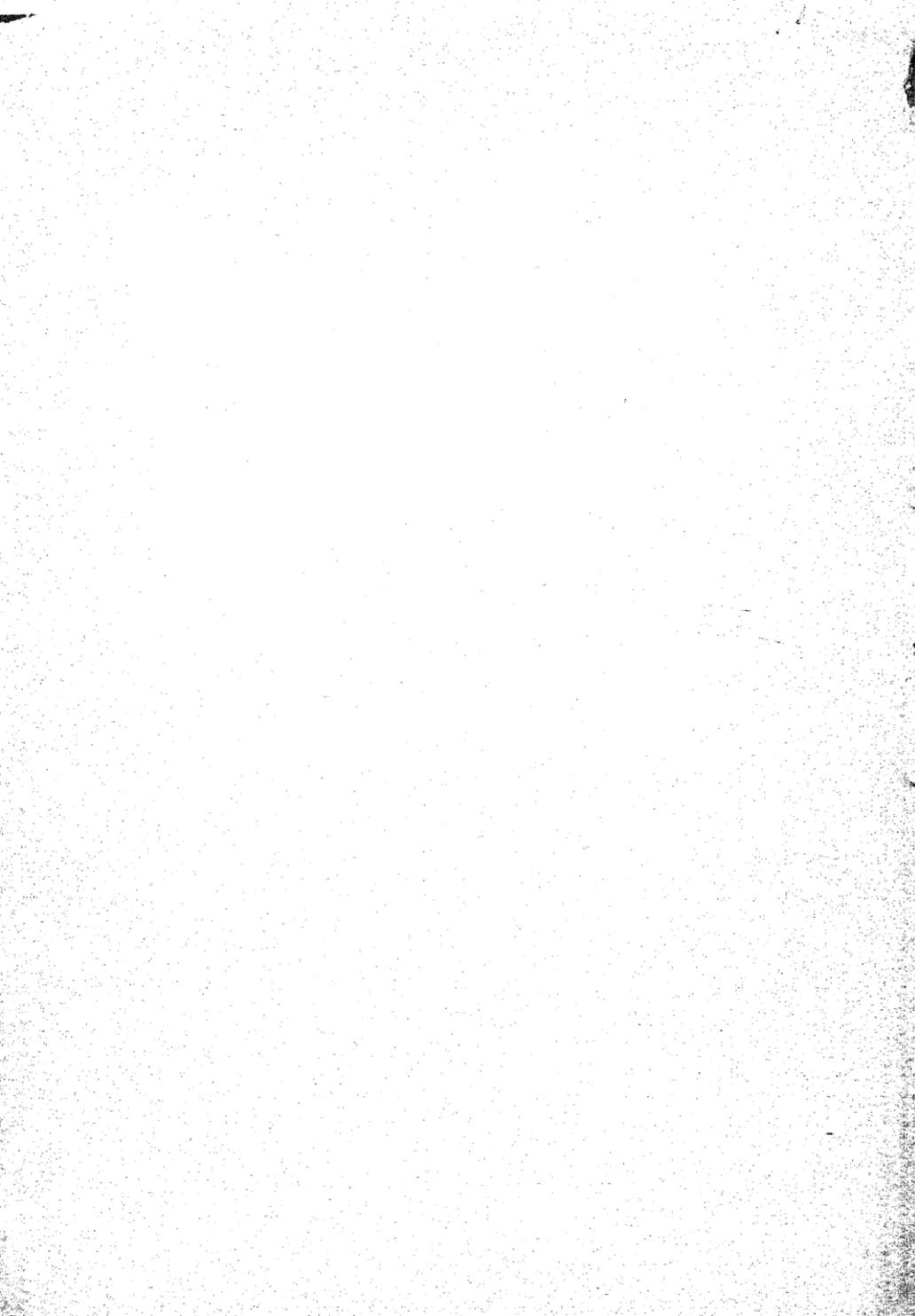
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1910



EVOCACION



EVOCACION

«¡Ay Dios, qué buen caballero
es el maestre de Calatrava!»

El sol radiante ilumina
el fúlgido panorama
de la vega granadina,
de la vega en que derrama
pródigo Abril sus verdores
empapados en rocío,
en que brilla el caserío
como engarzado entre flores.

Relumbra Sierra Nevada
por la luz naciente herida,
toda de luz coronada,
toda de blanco vestida,

y atalayas seculares
en que el sol su luz refleja,
brillan la Torre Bermeja
y la Torre de Comares.

En los regios miradores,
bajo techos que labrados
parecen con resplandores,
cual joyeles irisados,
cual fiel trasunto divino,
lucen de la reina en torno
cien bellas, mágico adorno
del alcázar granadino.

Luce la reina un tocado
primoroso, y del Oriente
un vestido recamado
de oro y plata, y en la frente,
marfilina y luminosa,
brillante como un lucero,
un carbunco prisionero
en el cáliz de una rosa.

De perlas ricos collares,
las más bellas que en su fondo

cuajar supieron los mares,
ciñen su cuello redondo,
que Venus envidiaría,
y los cambiantes más bellos
del sol copia en sus cabellos
un joyel de pedrería.

Tras la gentil reina mora
y tras sus damas gentiles,
que celos dan á la aurora,
lucen graves y viriles,
silenciosos y altaneros,
y arrogantes y sombríos
sus más ricos atavíos
los más invictos guerreros.

.....

Se abre la puerta de Elvira,
resuenan los atambores,
y allá en la Alhambra suspira
la que en Muza sus amores
puso, al ver cuál Muza vuela
lleno de noble ardimiento,
cuál hace rival del viento
su caballo con su espuela.

Suspira al ver cómo acude
de Girón al reto osado
el que nunca un reto elude;
mas ¡guay de su bien amado!
que es Girón tan bravo y fiero
que nadie en las lides pudo
nunca taladrar su escudo
ni burlar su fuerte acero.

Cubre el caudillo cristiano
con una fina marlota
su fuerte arnés toledano
y su diamantina cota
ricamente cincelada,
y sobre su pecho—alarde
de la fe que en su alma arde—
luce una cruz encarnada.

Del manso viento juguete,
por el viento remecido
se agita su martinete;
brilla su yelmo esculpido,
y seguro de su empresa
son su brazo, su desnudo,

su mandoble de Toledo
y su lanza milanesa.

Ya impaciente su caballo,
al que la espera fatiga,
hiere el suelo con su callo,
hace sonar su loriga
é inquieto caracolea,
cuando, valiente y apuesto,
á luchar siempre dispuesto,
llega Muza á la pelea.

Una aljuba color grana
encubre su jacerina,
de la de Girón hermana;
una tersa damasquina
coraza su vida abona,
coraza que no se rinde,
ni se quiebra, ni se excinde,
ni al que la lleva traiciona.

En su adarga, enamorado,
luce una cifra de amores,
y en su bonete, bordado,
un rico airón de colores

y más perlas engarzadas,
del turbante entre los velos,
que estrellas tienen los cielos
en las noches estrelladas.

De su condición guerrera
hablan de modo elocuente
su expresión altiva y fiera
y retadora y valiente,
sus ojos siempre tranquilos,
su actitud siempre bizarra
y su corva cimitarra
y su lanza de tres filos.

Ambos nobles se saludan
y toman campo, y serenos
ambos á la vez se escudan,
y á la vez, de valor llenos,
se acometen varoniles
ante sus huestes inquietas,
que hacen sonar sus trompetas
y sonar sus añafles.

Y luchan enardecidos,
luchan con afán creciente,

luchan como enloquecidos,
luchan brava y tercamente,
luchan en destreza iguales,
y tan firmes cual murallas
chocan mallas contra mallas,
pretales contra pretales.

Y veces cien se acometen
y se burlan y se celan,
y de nuevo se arremeten,
y de nuevo se abroquelan
infatigables, empero
saltar por fin miran rotas
sus lanzas contra las cotas
burladoras del acero.

A la intensa luz del día,
fulgen como un remolino
de raso y de argentería,
y á modo de torbellino,
y como súbditos fieles
de tan bravos paladines,
sueitas al aire las crines,
luchan también los corceles.

La cimitarra se mella
del de Girón en la espada,
que es en su mano centella,
que es centella que anonada
cuanto su furia provoca,
centella que no vacila,
que cercena, que aniquila,
que deshace cuanto toca.

Muza ruge, Muza brama;
sus ropas están teñidas
con la sangre que derrama
por sus profundas heridas
en hirvientes borbotones,
y al mirar cómo flaquean,
ambos caudillos se apean
de sus maltrechos bridones.

Y siguen la lucha, y luchan
porque ambos de la gloria
tan sólo la voz escuchan,
é indecisa la victoria
dividirse quiere en vano,
mas lentamente se entrega,

lentamente se doblaga
ante el tesón castellano.

Mas no termina el combate,
que el noble Muza es guerrero
que muere, mas no se abate,
mas Girón dice:—No quiero
más gloria que la ganada;
ya rindióme asaz tributo;
no quiero llenar de luto
hoy la corte de Granada.

Girón dice y retrocede...
Mira Muza al enemigo
que la vida le concede
y—Yo quiero ser tu amigo
—dice—que más que la impía
suerte y más que tu entereza
indomable y mi flaqueza
me ha vencido tu hidalguía.

Dice, y allá en los balcones,,
en los de incrustados techos
arábigos torreones,
de rabia sienten sus pechos

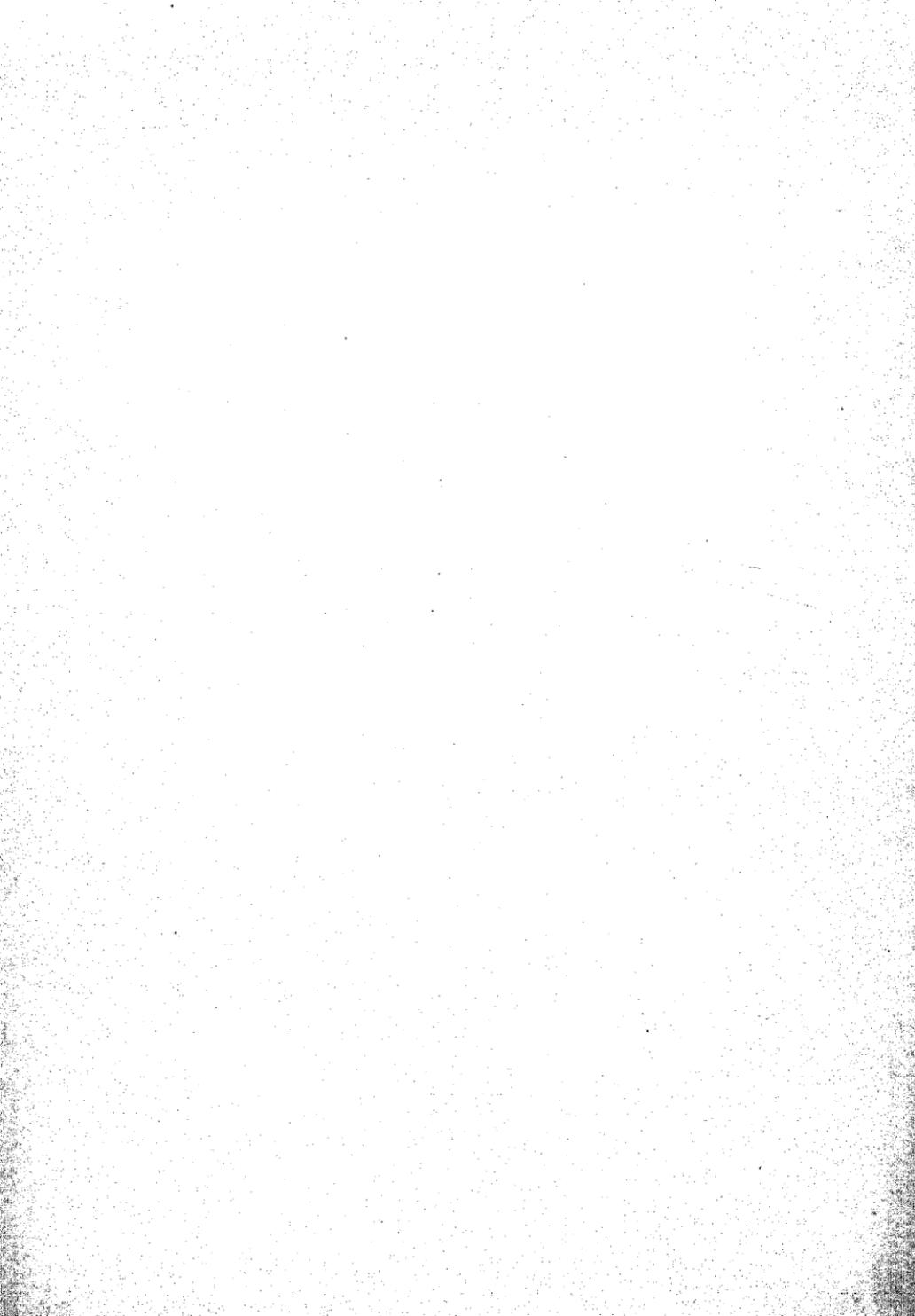
estallar cien arrogantes
nobles de rostros sombríos,
de espléndidos atavíos,
y de nítidos turbantes.

Y en tanto, por la llanura
en que el Darro deja el oro
que brilla en su linfa pura,
vuelan en tropel sonoro
Girón y sus cien jinetes,
de adustas miradas fieras,
de empenachadas cimeras
y bruñidos coseletes.

.....

Ya todo, todo reposa,
y el sol, inmortal caudillo
de la luz, su lumbré hermosa
vierte doquier y su brillo
ciega y deslumbra y fascina,
y á sus destellos se inflama
el radiante panorama
de la vega granadina.

DESPIERTA



DESPIERTA

Despierta alegre, corazón mío,
que ya el invierno, sañudo y frío,
 puesto en derrota
 por el estío,
con sus rigores no nos azota;
que ya triunfante llegó el verano.
Su seno espléndido fuente es de vida
que al par que el monte fecunda el llano;
 que una avenida
de luz semejan sus resplandores
multicolores, que, entretejidos
y confundidos, llegan con flores
 de embriagadores
 ricos olores
y con verdes llenos de nidos.

Corazón mío, late ya aprisa,
que ya el verano, con su sonrisa
dulce y fecunda,
todo lo irisa,
todo lo baña, todo lo inunda,
como una fuente, como un torrente
de luz ardiente, luz cegadora
conque colora desde el Oriente,
donde la aurora
se unge con oro zafir y grana,
hasta el ocaso, donde la tarde,
cuando la noche ve más cercana,
se incendia y arde
como un alarde
de luz divina de la mañana.

Despierta alegre, corazón mío;
despierta alegre, que ya del río
dócil acata,
falta de brío,
las verdes márgenes la onda de plata;
que ya las mieses cubren la era
con sus gavillas, tan amarillas
cual fueron verdes en primavera;
que en las sencillas

pobres cabañas, que cual nidales
cubren los valles y los oteros,
ya la abundancia sentó sus reales
y á los paseros
dan sus primeros
frutos las viñas y los párrales.

Ya un sol de fuego todo lo oreá;
todo á la vida que centellea
rinde homenaje;
blanda aletea
ya el ave en celo sobre el ramaje;
ya á las colmenas nutren los prados
de ricas mieles; ya en los pomposos
huertos frondosos, los sazonados
frutos sabrosos
rinden las ramas; lucen prendidos
ya los granados rojos corales,
y en los risueños campos floridos
los recentales
las maternas
ubres reclaman con sus balidos.

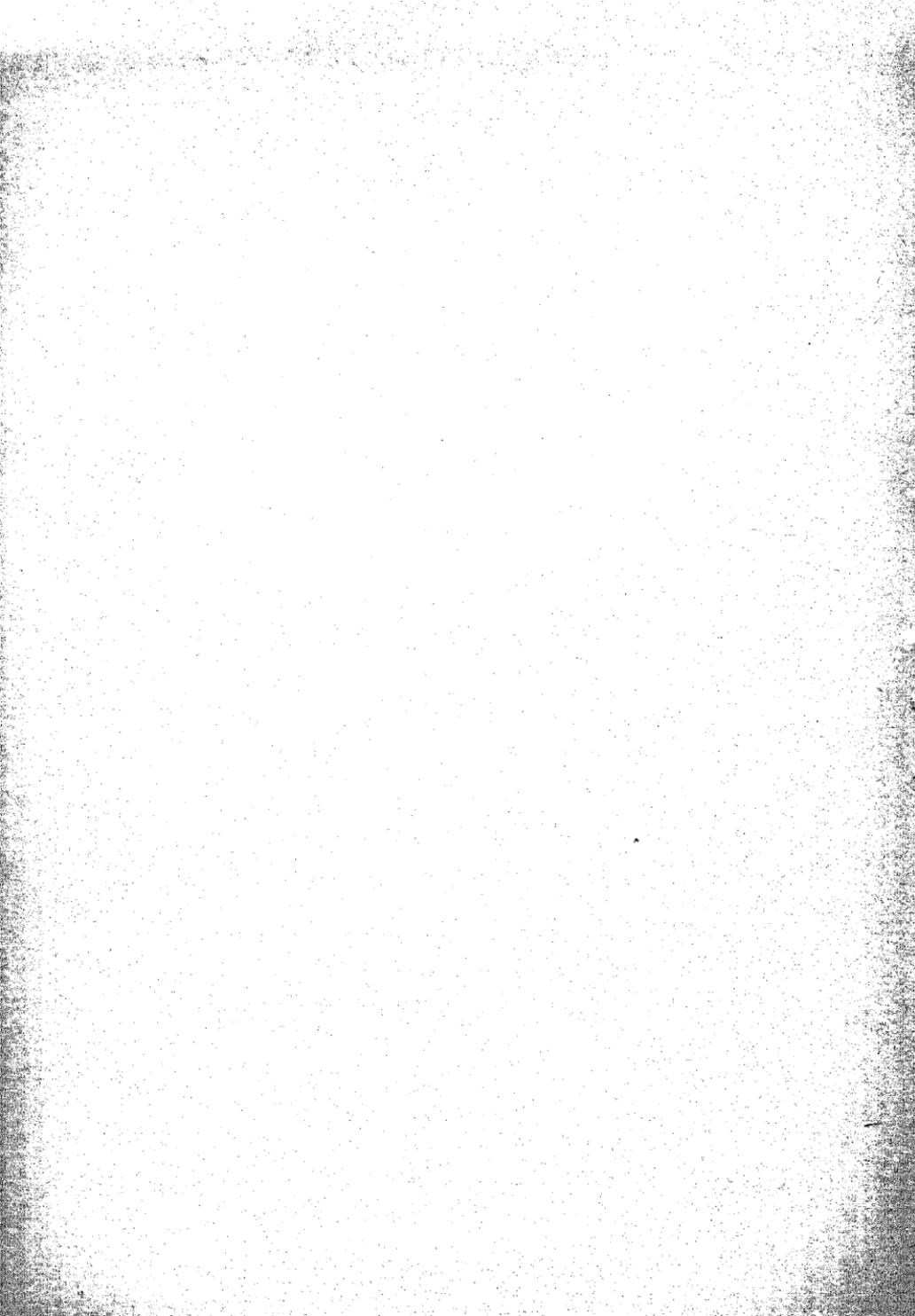
Ya los caminos, desiertos antes,
en tropel cruzan los caminantes;

doquier resuenan,
dulces y amantes,
cantos que el aire de arrullos llenan.

.....

Despierta alegre, corazón mío,
rompe la bruma que te aprisiona,
que ya triunfante tornó el estío
con la corona
que le ciñera Dios con su mano,
con su corona resplandeciente;
corazón mío, despierta ufano,
que ya riente
su labio ardiente
sobre mi frente puso el verano.

PLEGARIA



PLEGARIA

Llega ante el ara con paso lento,
y al par que inclina la tersa frente,
que abrasar quiere su pensamiento,
dice, de hinojos, con dulce acento,
la penitente:

Madre Divina de los pastores,
Luz Increada del alma mía,
Dulce consuelo de pecadores,
Ancora bella, Flor de las flores,
Virgen María.

Urna celeste, Fuente sellada,
Lirio fragante que el cielo orea,
Nívea Paloma de Dios amada,
Tú la Elegida, la Inmaculada
de Galilea.

Tú, que en quien llora secas el llanto,
Broquel Divino que nos escuda;
Tú, que mitigas todo quebranto;
Tú, en toda herida bálsamo santo,
ven en mi ayuda.

Ven, que ya empiezan mis azahares
á marchitarse, que mi contento
ya la fortuna trocó en pesares;
ven, que ya huye de tus altares
mi pensamiento.

Mi pensamiento, que, conturbado
y enloquecido, rasgar pretende
las níveas galas que Dios le ha dado;
ven, que ya un fuego por mí ignorado
toda me enciende.

Un dulce fuego que me envenena,
que en mi alma espuma tus claridades;
un dulce fuego que me enajena
y que mi pobre corazón llena
de tempestades.

Tuya, tan sólo yo ser quería,
repetir sólo tu sacro nombre;
mas llegó un hombre junto á mí un día,
y con amante melancolía
dijome el hombre:

—Yo, de cariño por ti me muero;
tú eres la imagen que yo he soñado,
de ti tan sólo la dicha espero;
tú eres la palma que en mi sendero
Dios ha sembrado.

Para mí puso pródigamente
tantos fulgores, tantos hechizos
en tu mirada resplandeciente;
para mí puso nieve en tu frente
y oro en tus rizos.

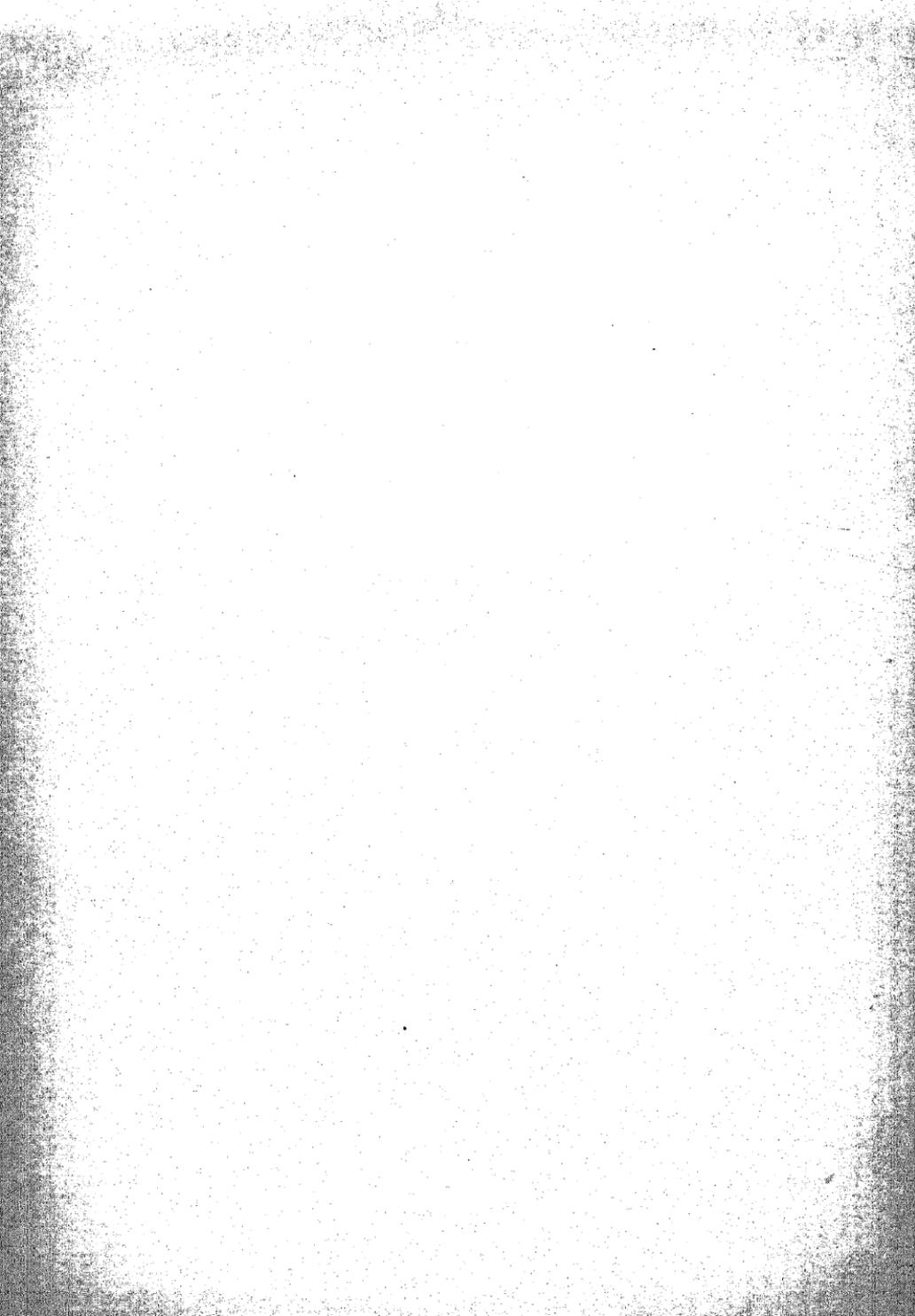
Dios, con las luces conque iluminas
cuanto contemplas, me galardona;
que son tus besos las golondrinas
que han de librarme de las espinas
de mi corona.

Así me dijo, con voz que aun suena
dentro del alma, cual un murmullo
donde su ritmo puso la pena;
voz de tan hondas ternuras llena
como un arrullo.

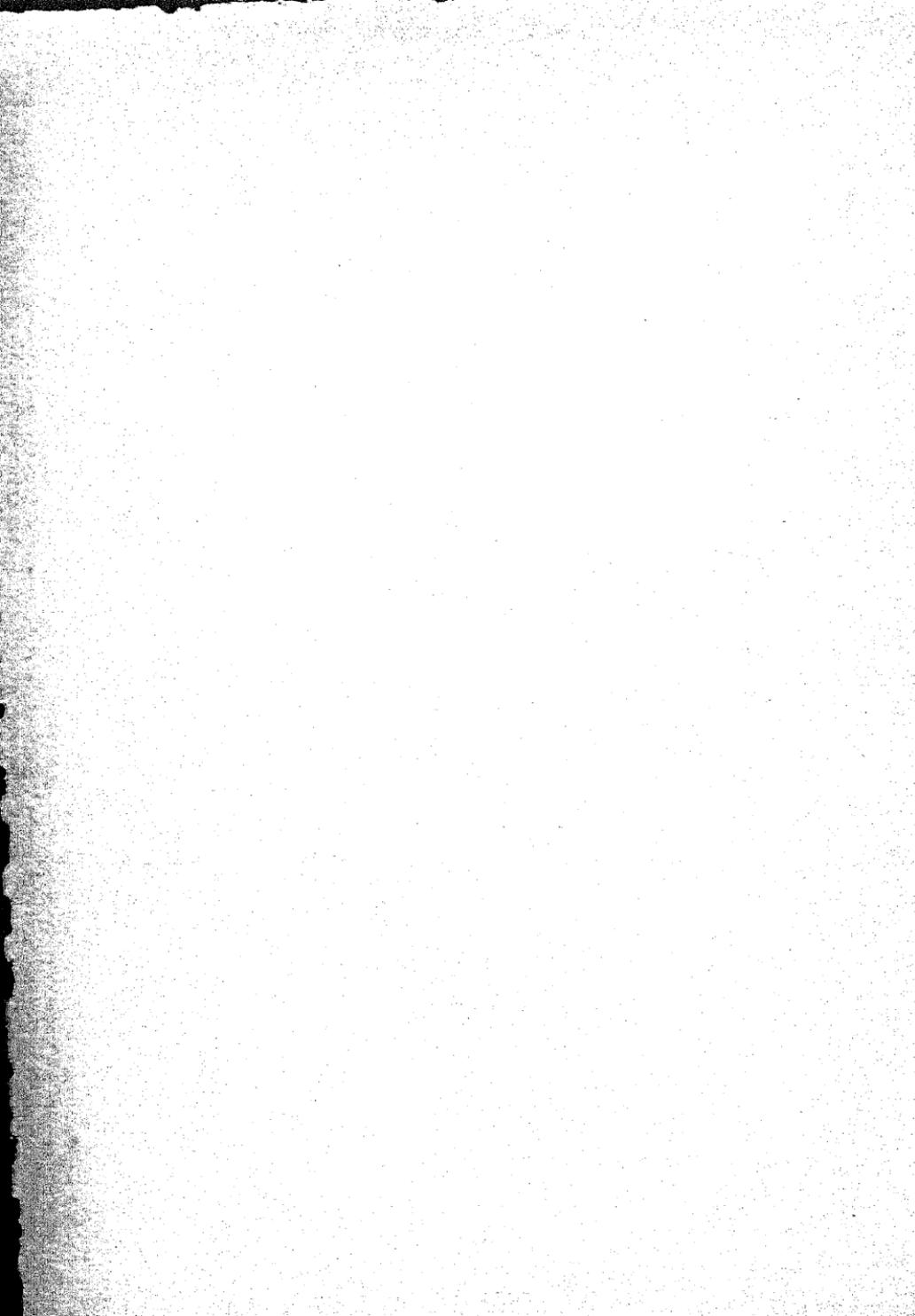
Y de aquel hombre, desde aquel día,
la imagen flota como en sus lares,
dentro de un alma que ya no es mía,
que te han robado, Virgen María,
de tus altares.

Te la robaron su voz tan grata,
que en mí despierta dulces antojos,
y algo sin nombre que me arrebató
cuando contemplo cuál se retrata
su alma en sus ojos.

Su alma que envuelven densas neblinas ..
Sufre, y lo sigo... Madre, perdona,
mas son mis besos las golondrinas
que ha de librarlo de las espinas
de su corona.



REY DE TAIFA



REY DE TAIFA

ORIENTAL

Yo tengo un nombre que engarzó la gloria
en su joyel espléndido, y mi historia
está de hazañas y de triunfos llena;
yo tengo un alma para amar nacida,
un alma noble de entusiasmo henchida,
siempre orgullosa, pero siempre buena.

Tengo una tienda que formé con pieles
de listados leopardos; tengo fieles
y rudos y aguerridos compañeros;
cien rebaños de ovejas thibetanas
y cuanto de cien ricas caravanas
ganaron en cien lides mis guerreros.

Rey de Taifa, no tengo en torno mío.
quien un punto no acate el poderío

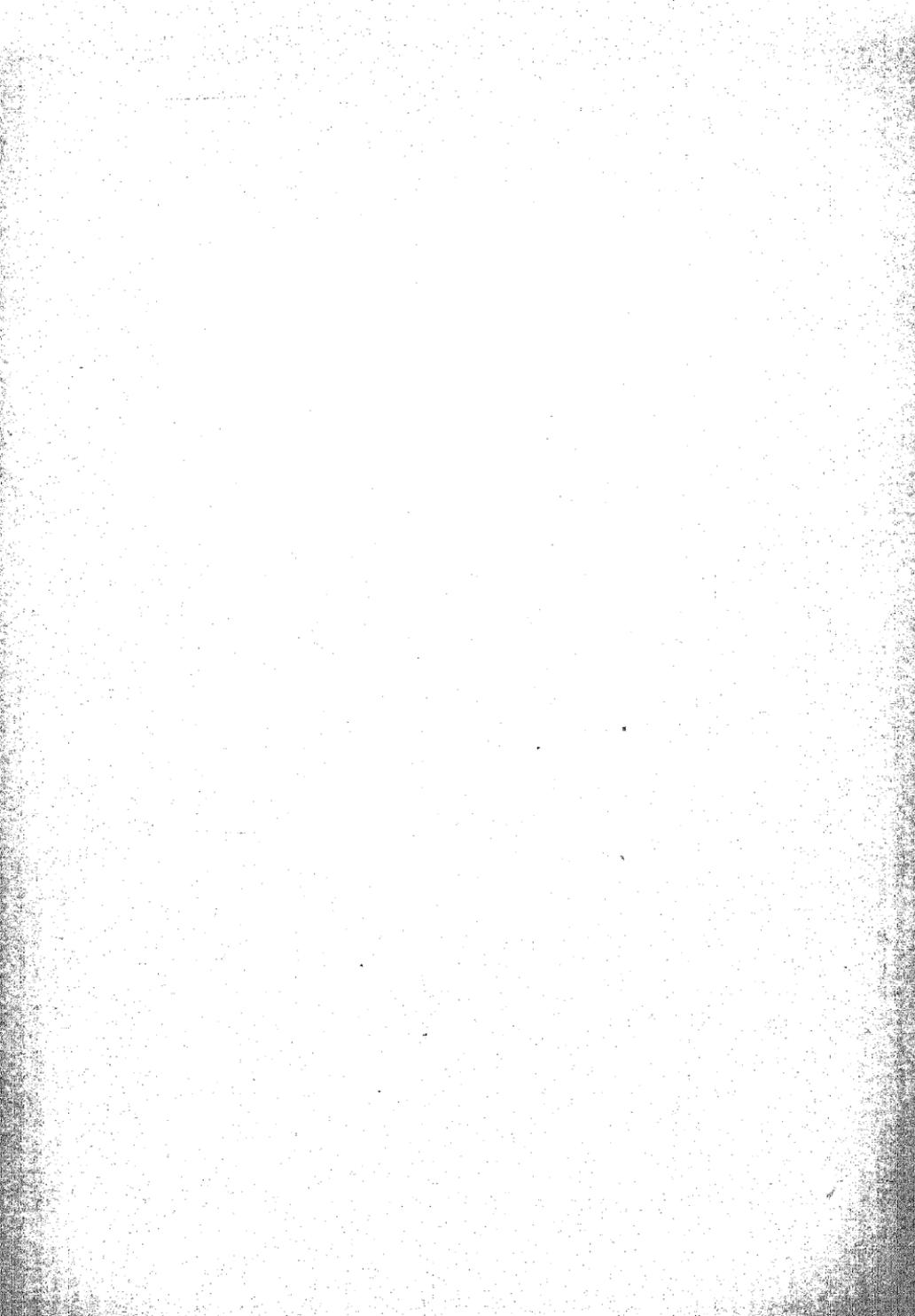
conque todo lo rindo y lo avasallo,
y de toda mi tribu, las doncellas
más bellas iluminan como estrellas
y aroman como flores mi serrallo.

Todos mi nombre por doquier aclaman;
bravo y clemente por doquier me llaman
y me ensalzan los nómadas pastores,
y un punto no se para el beduino
sin que cuente mi historia en su camino,
sembrando asombros y engendrando amores.

Mas una pena sin cesar me acosa:
que el corazón me arrebató una hermosa
y á rescatar mi corazón no acierto;
robómela al pasar una doncella,
de la que, en vano, la perdida huella
de antílope busqué por el desierto.

Doncella por quien diera mi serrallo,
mis corvos yataganes, mi caballo,
orgullo de las yeguas africanas;
mi tersa cota de bruñido acero,
y los vastos dominios en que impero
y mis blancas ovejas thibetanas.

VILLAMEDIANA



VILLAMEDIANA

Está en la Plaza Mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los días
de su rey Felipe Cuarto.

DUQUE DE RIVAS.

I

Del sol á los resplandores,
brillan, la candente arena
del coso; lá gradería,
que cual creciente marea
van llenando menestrales,
quintañonas y doncellas,
si en el hablar recatadas
en el hablar con licencia;
picagorrones de oficio,
ganzúas de faltriqueras,
recueros y matasietes
que resurcidos bravean,

la una mano en el mostacho
y la otra en la cadera
ó en los fuertes gavilanes
del acero; daifas llenas
de ungüentos y de revoques
conque la industria parchea
del tiempo los deterioros;
hurones de covachuelas,
hidalgos sin calzas casi,
golillas con gola apenas,
y de los tercios de Flandes
rudos soldados que apestan
á valientes y á bellacos
y á ayunos desde una legua.

Y al par que en la gradería
ia muchedumbre, descuellan
en balcones y en estrados,
y entre vistosas banderas
y urdimbres napolitanas
y colgaduras flamencas,
en entallados sitiales
revestidos de oro y seda,
Guzmanes y Benaventes,
Medinacelis y Denias,

Pastranas y Rivagorzas,
Spínolas y Oropesas,
y sesudos consejeros,
y cardenales prebendas:
y sobre finas valonas,
y deslumbrantes veneras
y elegantes ferreruelos
y gloriosas encomiendas,
emergen nobles y graves
y encanecidas cabezas,
que se inclinan reverentes
ante las bellas más bellas
de Aragón y ambas Castillas
que con ellos discretean,
gala de su ingenio haciendo
y alardes de su belleza
y de sus blondas sutiles
cual neblinas, de sus telas
recamadas, de sus ricos
trencelines, de las perlas
y diamantes que salpican
de luces sus cabelleras,
de sus lindos abanicos
de perfumadas vitelas
y calados varillajes

de marfil, y de las tersas
desnudeces de sus senos,
desnudeces que no incendian,
por ser de nieve, los ojos
que en mirarlos se recrean.

Y en tanto la muchedumbre
en su sitio y la grandeza
en el suyo, gratamente
entretienen la impaciencia,
en el palco en que al ingenio
dióle albergue la realeza,
Juan Rana con sus decires
y su charla de plazuela
á los allí congregados
divierte, pule cual flechas
Guevara sus ironías;
Calderón grave conversa
con Velázquez, que se hurga,
la abullonada melena,
de loas y de entremeses,
y en tanto, Quevedo observa,
todo cuanto ve por dentro
para contarlo por fuera,
no sin que mordaz é irónico

en acéricos conierta,
de sus chanzas, á los nobles
justadores que penetran
en el palenque escoltados
por indios, turcos y persas,
que si no lo son por suerte
lo son por las apariencias,
sobre fogosos caballos
que airosos caracolean,
sobre los cuales recorren
la plaza, su gentileza
por lucir ante los ojos
que sus ojos galantean,
ojos que al ser requiebrados
también amantes requiebran.

II

Ya en el palco de los reyes
los heraldos se alinean
cual estatuas, revestidos
de dalmáticas, que ostentan
brilladoras los leones

y los castillos—emblema
de la patria;—ya los reyes
en el estrado se sientan
con majestad soberana.
Isabel, grave y apuesta,
luce de tisú riquísimo
la saboyana, que deja
ver el faldelín bordado
de oro; blanca gorguera
almidonada, justillo
adornado en las muñecas
con las blondas más sutiles
de Brujas; chapín de seda
con la virilla de plata;
guantes, que con sus esencias,
al par que aroman sus manos
son aromados por ellas;
bien recogido el cabello,
no cubre su frente regia
y por sus sienas resbala
en bucles; de ricas piedras
los más preciados herretes
entre plumas centellean,
entre sus ondas prendidos,
y su faz pálida y bella

y sus ojos melancólicos
melancólicos reflejan
misteriosas ansiedades
y misteriosas tristezas,

Y junto á Isabel, altivo,
el monarca luce negra
ropilla de terciopelo
de oro recamado, medias
de igual color, que estallantes,
cuanto aprisionan moldean;
guante de *ámbar* entre vuelos
de encajes que casi vuelan,
zapatos guadamecés;
calzón con liga de seda;
cinturón de broche aurífero;
tizona que no recuerda
hazaña alguna en la mano
de quien al cinto la lleva;
blanca valona; brillante
la bien peinada guedeja,
que cubre un fino chambergo
de castor, al que sujetan
dos fúlgidos trencellines,
dos largas plumas que ondean



del céfiro á las caricias
ni libres ni prisioneras.

El pueblo, al ver á los reyes,
al par que los vitorea,
algo en mengua del monarca
y algo de Isabel en mengua
murmura torpe y villano,
murmuraciones que arrecian,
mancilladoras y viles,
al ver á Tassis, que entra
en el palenque, magnífico
y gallardo, al aire suelta
la capa de terciopelo
blanco con que el aire juega
cual con las plumas que un broche
á su sombrero sujetan;
de oro y plata recamados
colete y jubón; la pierna
nerviosa y fuerte ceñida
por fina calza bermeja;
dorados los borcegués
y doradas las espuelas
y jinete en un overo,
que aguzadas las orejas,

unida al pretal la boca
y tan alta la cabeza
y tan enarcado el cuello
cual si orgulloso estuviera
de su soberbio jinete
y de su montura espléndida,
avanza al paso y avanza
cual si al hacerlo quisiera
rimar con sus herraduras
de plata sobre la arena,
un himno triunfal, un himno
de lentísimas cadencias.

III

Es el del caballo overo,
que el coso gallardamente
por todos cruza aclamado,
el más gentil caballero,
el más famoso y valiente
y galán y afortunado.

El héroe de Lombardía,
condor que en alzar su vuelo
hasta el mismo sol se afana;
un alma toda ironía
y toda amoroso anhelo:
es, en fin, Villamediana.

Villamediana, el que altivo
jamás encontró frontera
á sus pasiones y antojos,
el que, del amor cautivo,
clavar quiere su bandera
en donde pone sus ojos.

El rey, al verle, domina,
los celos—fiera rugiente
que el corazón le devora;—
y al ver cómo ante él se inclina,
saluda el rey sonriente
al conde que lo desdora.

Mas Isabel no responde
al que en ajar no vacila
de su honor la regia palma,
y osado la mira el conde

con el rayo en la pupila
y la tormenta en el alma.

Y la señal que es costumbre
en casos tales ya hecha,
avanzan los alguaciles
y aplaude la muchedumbre
al ver cómo el rey les echa
las llaves de los toriles.

Noble y ardiente y fogoso,
aparece sobre el ruedo
un retinto del Jarama,
y al verlo tan poderoso,
que al mismo valor da miedo,
la muchedumbre lo aciama.

A él se dirige, no obstante,
el de Orgaz, de brazo fuerte,
que rinde al valor tributo;
mas llega el toro pujante,
y rueda el caballo inerte
entre las astas del bruto.

Corre Ponce al ver caído
á Orgaz, y su sitio ocupa
también del valor vasallo;
mas de miedo enloquecido,
vuelve á la fiera la grupa,
rota la rienda, el caballo.

Llega Hajar y retrocede,
que ante la horrible pujanza
del bruto todo flaquea;
Norofía intenta y no puede
herir el toro, que avanza
codicioso de pelea.

Atruena el coso el gentío
y se hace el pánico dueño
de pajes y lidiadores,
y en tanto, noble y bravío,
va buscando el jarameño
en quién saciar sus furores.

Y crece y crece la gresca,
y huye el valor en desdoro
de los que fueron sus guardas,
y hasta la tropa tudesca,

cual un mural ante el toro,
presenta sus alabardas.

Y el pánico crece y crece,
y cuando ya la rodilla
dobla el valor castellano,
Tassis de pronto aparece,
erguido y firme en la silla
con el rejón en la mano.

Y avanza firme y erguido,
que nunca hurtar la persona
supo á los riesgos, cobarde,
y el pueblo, ya enardecido,
con su aplauso galardona
su bizarrísimo alarde.

Y con noble gallardía,
llega Tassis ante el toro
y su acometida espera...
y truena la gradería
con estrépito sonoro
al ver sin vida la fiera.

El vencedor, aclamado,
busca por si entre los bellos
ojos que en verle se engríen,
logra ver, enamorado,
que los más bellos de aquellos
ojos bellos le sonríen.

La reina, que tembló un punto,
libre ya de sobresalto,
dice al monarca:—Bien pica
el tal conde—y cejijunto,
—¡Sí tal, mas pica bien alto!—
el monarca le replica.

Los que á los reyes rodean,
á tal ráfaga de celos
ponen mudos estrambotes,
y cien sonrisas serpean
tras finísimos pañuelos
y tras erguidos bigotes.

IV

Ya los nobles campeones
no lucen rasos, ni encajes,
ni diamantes, ni rubíes,
ni valonas, ni jubones,
ni chambergos, ni plumajes,
ni dorados borcegués.

Que ya en bandos divididos,
más que galanes guerreros
llegar deben á las manos
como en los tiempos ya idos,
los musulmanes más fieros
y los más fieros cristianos.

Y el amplio cósos en tropeles,
y en caballos voladores,
y el alma ansiosa de lides,
cruzan doscientos donceles;
cien, sintiéndose cien Cides
y otros cien, cien Almanzores.

Y entre ondulantes banderas,
brillan petos y marlotas,
y adargas y coseletes,
y turbantes y cimeras,
y relucientes garzotas,
y vistosos martinetes.

Y en sonoras confusiones,
como si también rivales
luchar quisieran viriles,
lanzan al viento sus sonos
atambores y timbales,
y pífanos y añafles.

Todo guerrero confía,
de la esperanza al arrullo,
en salir lleno de gloria
de tan bizarra porfía,
en, lleno de noble orgullo,
gala hacer de la victoria.

Mas de pronto, la esperanza
de vencer mengua su brillo

hasta en los de más denuedo,
al ver á Tassis que avanza
sobre un brioso tordillo
por la puerta de Toledo.

Luce Tassis en su escudo
múltiples reales de plata
que hablan de regios favores,
y de discreción desnudo
un letrero que delata
que son regios sus amores.

Que es real su ambición pregona,
que son sus amores reales,
y que son reales sus fines,
de lo que torpe blasona
al son conque los timbales
responden á los clarines.

El pueblo al verle, indiscreto,
cínico y alborotado,
aplaude á Villamediana,
que les ofrece el secreto

del ya por él mancillado
honor de su soberana.

Rota del honor la ley
por quien del honor amparo
debió ser y serlo pudo,
le dice el bufón al rey:
—No se puede hablar más claro
en amor que habla ese escudo.

El monarca se estremece,
mira iracundo al enano
que osara tamaño ultraje,
y aunque impasible parece,
tiembla y se crispa su mano
bajo los velos de encaje.

Y á la vez que el rey celoso
ahogar sus celos procura
y ahogar de su rabia el grito,
mira al conde rencoroso
y algo siniestro murmura
al mirarlo el favorito.

—¡Pobre conde!— Vélez dice.
—Convirtióle amor en zote;—

dice á Velázquez Juan Rana;
y—Por su orgullo infelice—
dice Quevedo—ese mote
nos cuesta Villamediana

Y en tanto, pródiga y terca,
sigue al bardo la fortuna
prodigando sus favores;
mas ya la muerte está cerca
de aquel á quien Dios la cuna
le llenó, al nacer, de flores.

Ya está cerca y presurosa
por decreto soberano;
emboscada en el camino
le aguarda y pone alevosa
una ballesta en la mano
del sicario palatino.

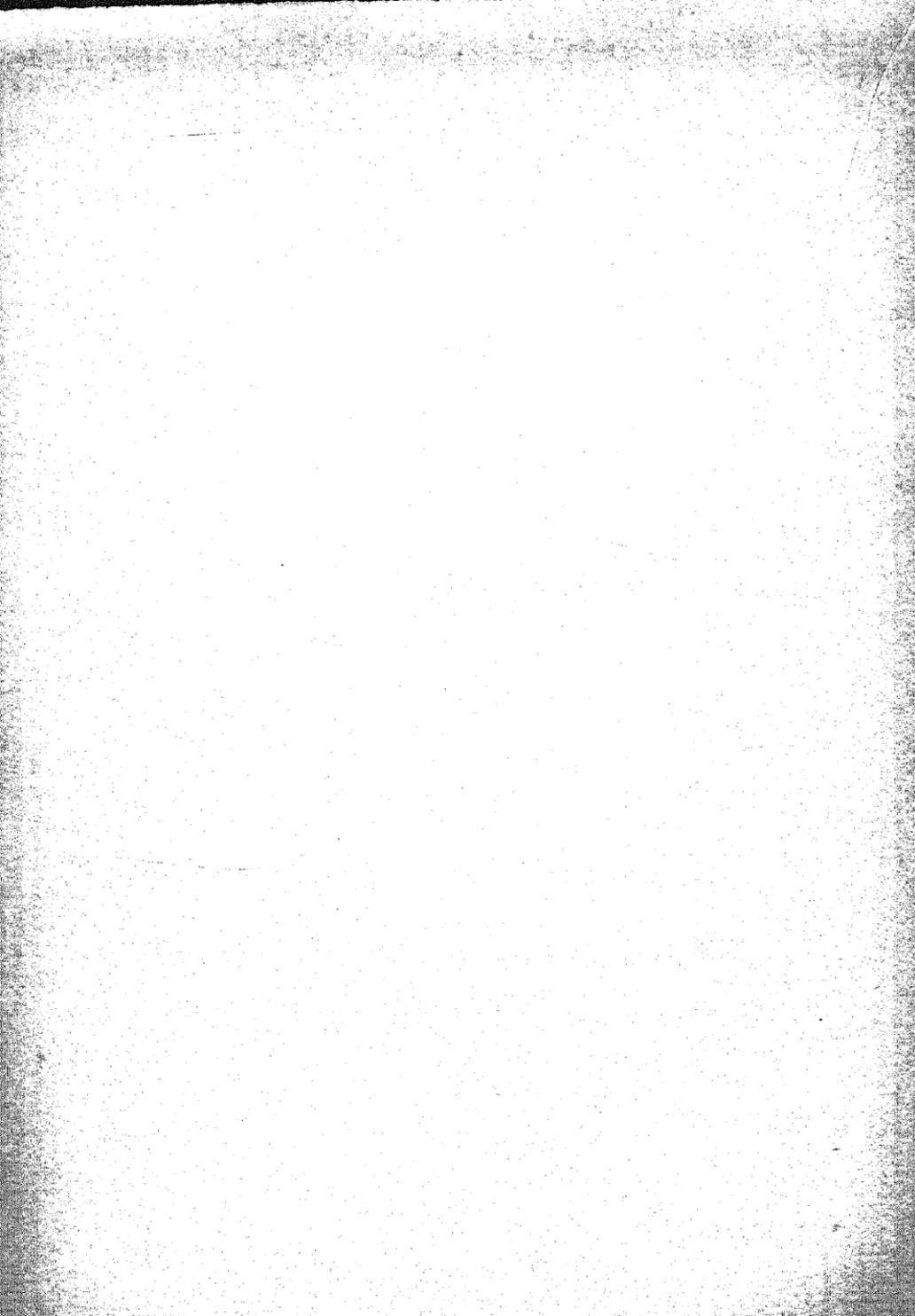
Muerte rüin, muerte aleve,
muerte traidora te espera
con razón y sin derecho,
y en breve, Tassis, en breve,
la pasión que te exaspera

ahogará en sangre en tu pecho.

.....

¡Ay, conde, conde, en mal hora
con jactancia sin excusa
osaste á tu soberana,
que desde entonces te llora
la musa, la noble musa
de la tierra castellanal

¡PASAI!



¡PASA!

—Abre.

—¿Quién llama?

—Un amigo

fiel que fué tu compañero
en tus años juveniles
ya lejanos.

—Pues no acierto
quién eres.

—Soy el celaje
que embellece el firmamento
de la vida; soy la onda
que torna el erial en huerto;
soy la estrella que ilumina
la senda con sus destellos
de plata; soy la palmera

que su sombra en el desierto
brinda al nómada; la fuente
en donde calma el sediento
su ardiente sed; la ensenada
donde el nauta olvida el fiero
rugir de las tempestades.
Soy aquel á cuyo aliento
se llena el bosque de nidos
y se llenan de aleteos
los espacios, la montañía
de dulce balar, el céfiro
de perfumes, la espesura
de trinos y de gorgeos.
Soy el cristal encantado
por el que tus ojos vieron
brillar el tropel divino
de tus divinos ensueños.
Soy aquel que en el combate,
cuando ya herido y maltrecho
desmayabas, te ofrecía
para tu frente su seno,
para tus brazos sus brazos,
para tus besos sus besos.
—Es verdad, ya sé quién eres,
mas ya brindarte no puedo

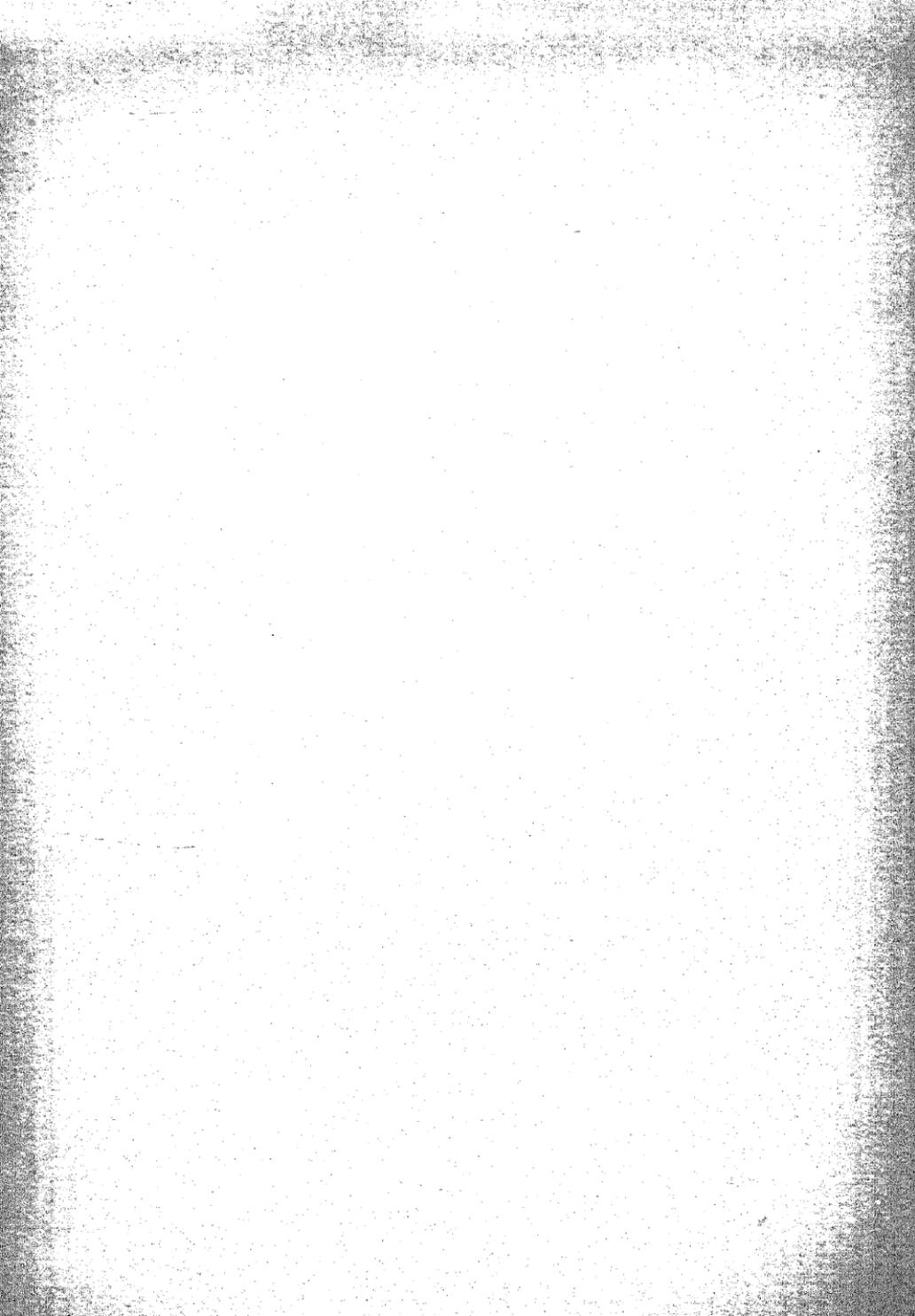
albergue, ¡para qué!, mira
mi frente de donde el vuelo
ya alzaron las ilusiones;
mira la nieve que el tiempo
amontona en mi cabeza
y la que escondida llevo
en mi corazón, ya cripta
donde reposan los restos
de mis muertas esperanzas.

—Yo haré que surjan de nuevo
bellas y resplandecientes.

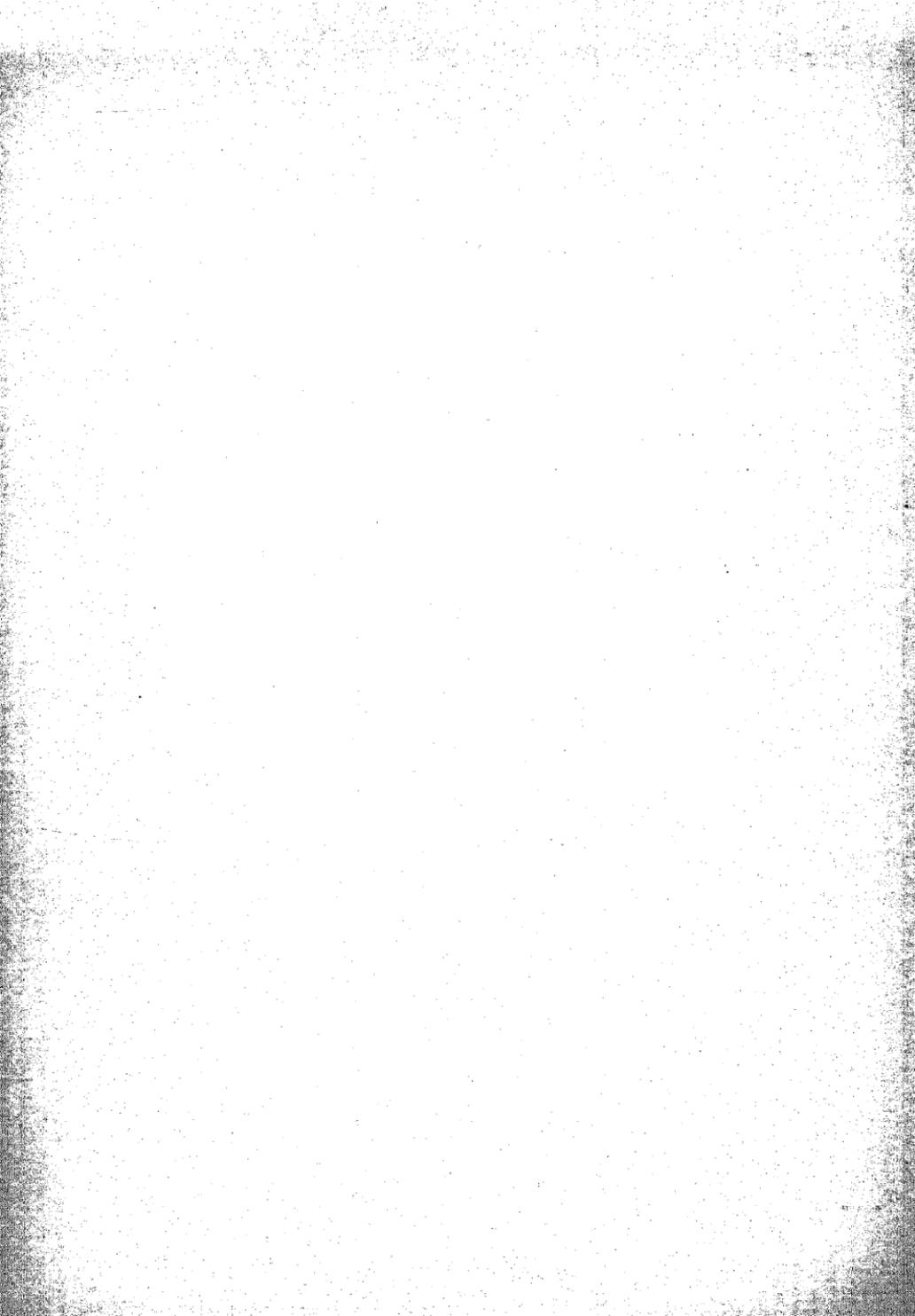
—Es inútil, sólo anhelo
reposar donde no llegue
ni un eco, ni solo un eco
de la vida, de esta vida
que me pesa como al reo
la hopa que lo envilece.

—Yo haré que tu desaliento
se convierta en alegría
á mi voz.

—Vano es tu empeño:
si está muerta mi esperanza,
mi corazón está muerto.
Así, pues, pasa de largo,
pasa de largo, viajero.



EN ROMA



EN ROMA

—¿De dónde vienes?

—De brindar por Baco,

por Venus y Cupido
en casa de Valerio, y por los dioses
te juro, que cautivos
han quedado en su villa tusculana
mi alma y mis sentidos;
nunca tanto esplendor vieron mis ojos
como ví en el triclinio
del viejo consular, y, como un sueño
radiante y fugitivo
recuerdo la visión resplandeciente.

.....

Es su amplia mesa de metal bruñido,
y con sus garras de marfil y bronce
sostienen su tablero dos felinos
con ópalos por ojos; de arce y cedro
los lechos esculpidos,
invitan al reposo y la molicie
con sus cojines de vellón merino
y finísimas plumas, tapizados
con la más rica púrpura de Tiro;
cien lámparas de bronce, cinceladas
que sostienen cien ninfas y caprípedos
iluminan la estancia; sus aromas
esparcen los turíbulos
de cristal y de oro; sobre trípodes
y ábacos relucientes, saguntinos
vasos y esbeltas y elegantes ánforas
encierran el licor más exquisito
del Lacio y la Campania; los mosaicos
de ágatas y topacios y zafiros
brillan cual un vergel; en las paredes
logró el arte dejar tal incentivo,
que hace la sangre arder y en las arterias
latir con duro y poderoso ritmo;
con coronas de rosas y verbenas,
de violetas y mirtos,

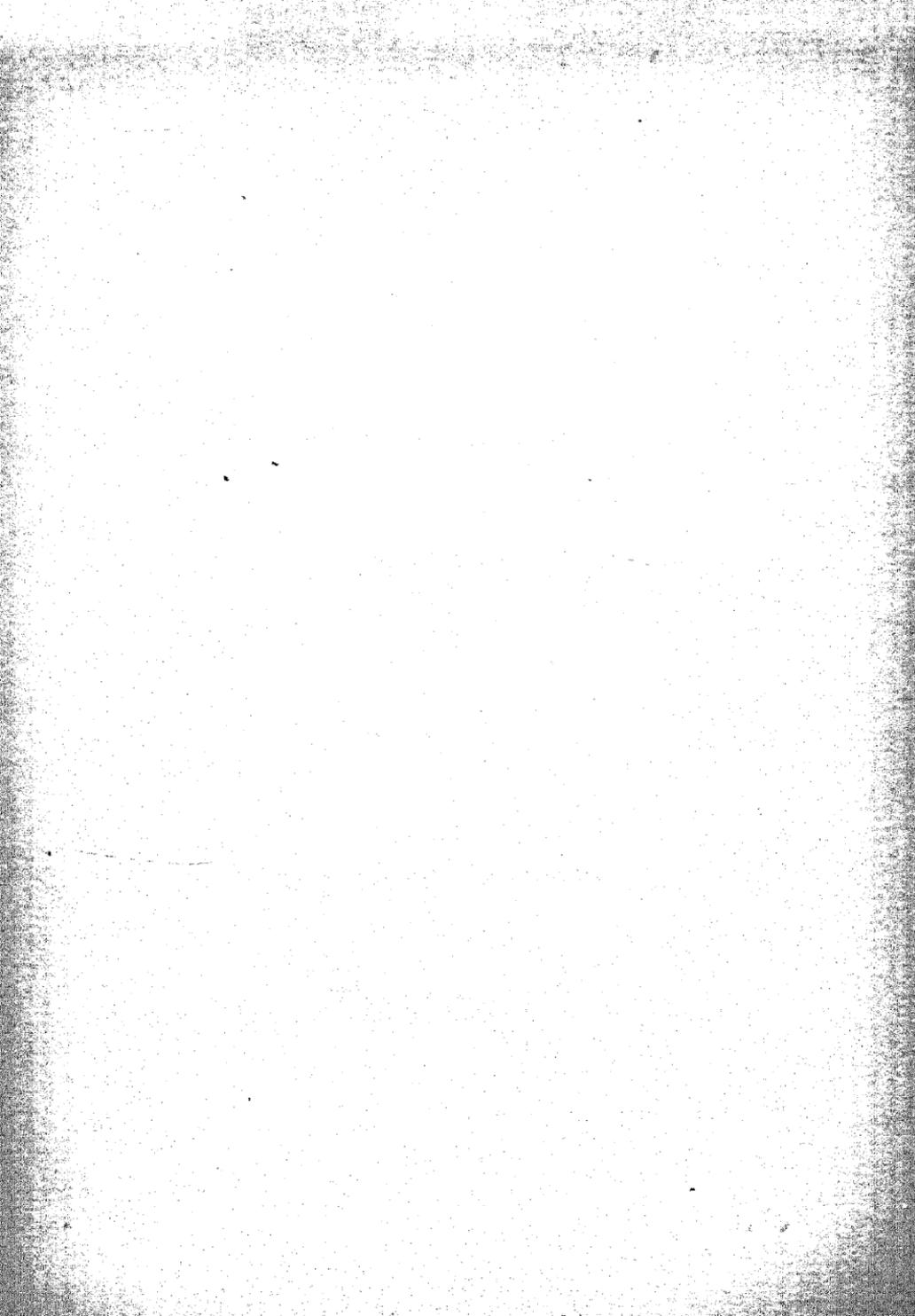
al huésped engalanan los esclavos
capadocios y frigios,
todos efebos de sonrisa grata,
de cuerpo púber y mirar lascivo,
cual la gentil esclava de Miliesia
que saciaba mi sed... Yo no he sentido
jamás lo que sentí, cuando á los sonos
del arpa eolia y del sonoro címbalo,
contemplé la graciosa gaditana
fingir en dulces cadenciosos giros
y en lenta gradación voluptuosa
del placer el espasmo... yo he rugido
como una fiera indómita en el celo
mirándola bailar.

—Tú, noble hijo
de Aquitania, feliz aún, no conoces
el hondo precipicio
donde Roma se hunde, donde Roma
por siempre se ha de hundir.

—Es que el abismo
es dulce y tentador y yo te juro
cien veces por el Dios capitolino,
que nunca soñar pude allá en mis lares
lo que encontré en los tuyos... yo no he visto
ni he gozado jamás noche más bella

en más bello recinto;
y si Roma se hunde, como dices,
que se hunda concibo,
que á gozar cual gozar sabe el romano,
hundiérase también el biturigio.

Y QUÉ?



Y QUÉ?

Que es estúpida!...

BREQUER

—Cómo—le pregunté á mi viejo amigo—
pudiste hallar consolador abrigo
en un sér si esplendente
y embriagador, iluso
ó tal vez inconsciente?
Y al punto, reposado y sonriente,
mi amigo me repuso.

Que es estúpida ¿y qué? si me recrea
cuando, alegre y jovial, en torno mío
como un ave gentil revolotea;
si á su loco reír huye el hastío
que ya del corazón se enseñorea;
si el yerto panorama

que ya la nieve por doquier blanquea
ella tan sólo con su luz inflama;
si es la que logra un punto sus verdores
devolver á la rama
cual Mayo fértil al jardín sus flores.

Que es estúpida ¿y qué? si me embelesa
con el vivo raudal de su alegría,
siempre en su rostro juvenil impresa;
si el hondo malestar del alma mía
calma cuando á mis ojos se atavía
de alegre juglaresa
su ignara sencillez, y horas crueles
torna en instantes de placer cumplidos
haciendo resonar en mis oídos
sus aéreos cascabeles.

Que es estúpida ¿y qué? si son rubíes
sus labios carmesíes;
si el mismo fuego que en el sol rutila
rutila abrasador en su pupila;
si su blondo cabello es un tesoro
de guedejas de oro;
si son sus dientes nítidos sartales
de perlas orientales;

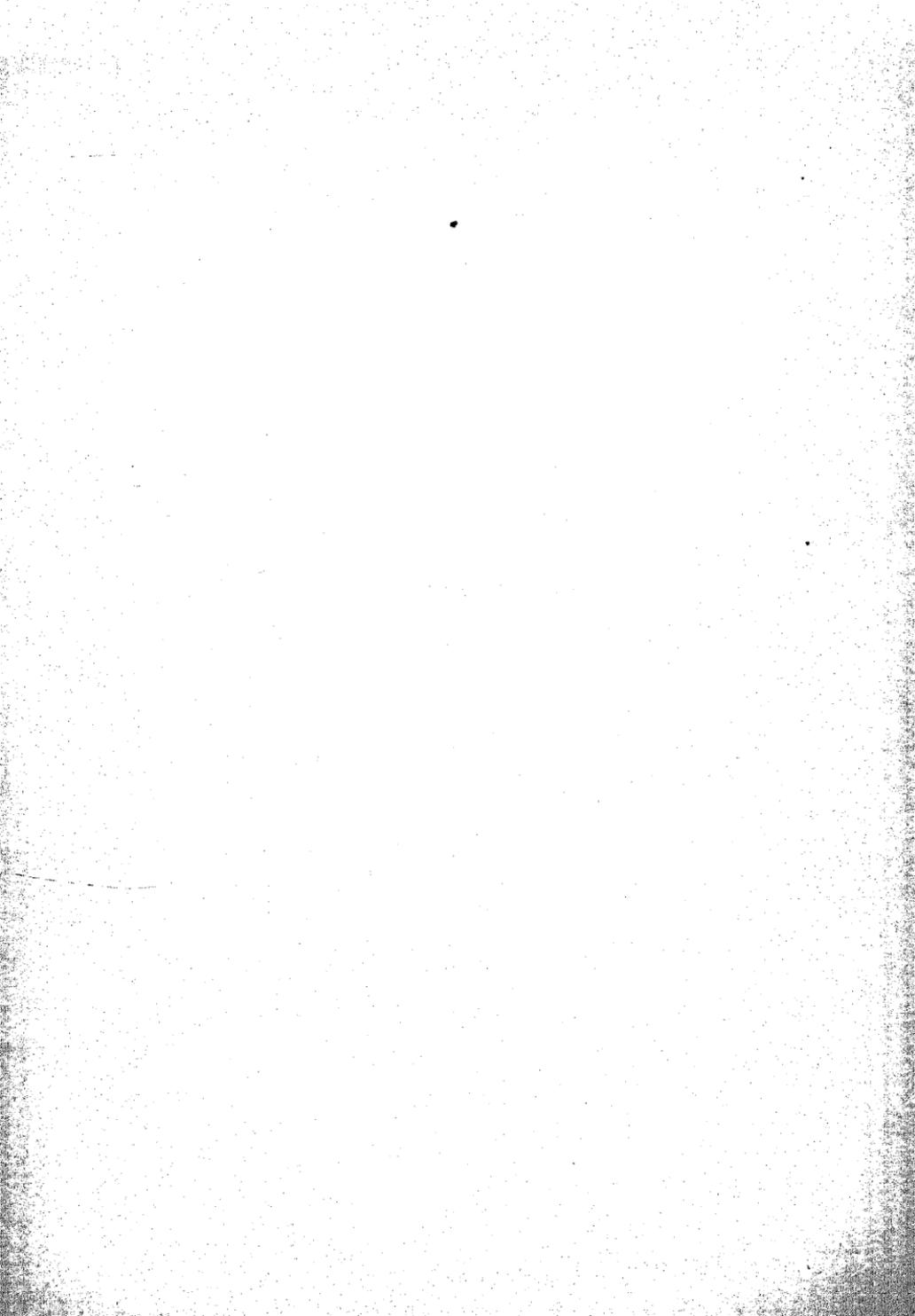
si es su voz ese idioma
en que riman su esencia los amores,
que es en la flor aroma
y en el astro fulgores
y dulcísimo arrullo en la paloma;
si es de nácar su seno,
si en su cuerpo esplendente y marfilino
y en su faz humilló Dios soberano,
todo el orgullo del cincel heleno,
todo el orgullo del cincel latino,
todo el orgullo del pincel cristiano.

Que es estúpida ¿y qué? si cuando siento
que su amoroso aliento
me llega al corazón, huyen mis penas
llevándose los rotos eslabones
de sus rotas cadenas,
y olvido mis amargas decepciones
y mis horas crueles y mis canas
y olvido de la suerte los agravios
cuando aduermo mis labios en sus labios,
más dulces que las mieles sicilianas.

Que es estúpida ¿y qué? si es una aurora
riente de la vida, y de su vida

ser árbitro absoluto me enamora;
si me encanta y me engríe
ver cómo á mi capricho canta ó ríe
ó se enfurece ó llora;
si es mi único recreo
verla siempre jovial, bella y sumisa,
llevar mi voluntad como divisa,
cual yo su voluntad como trofeo.

SONETO



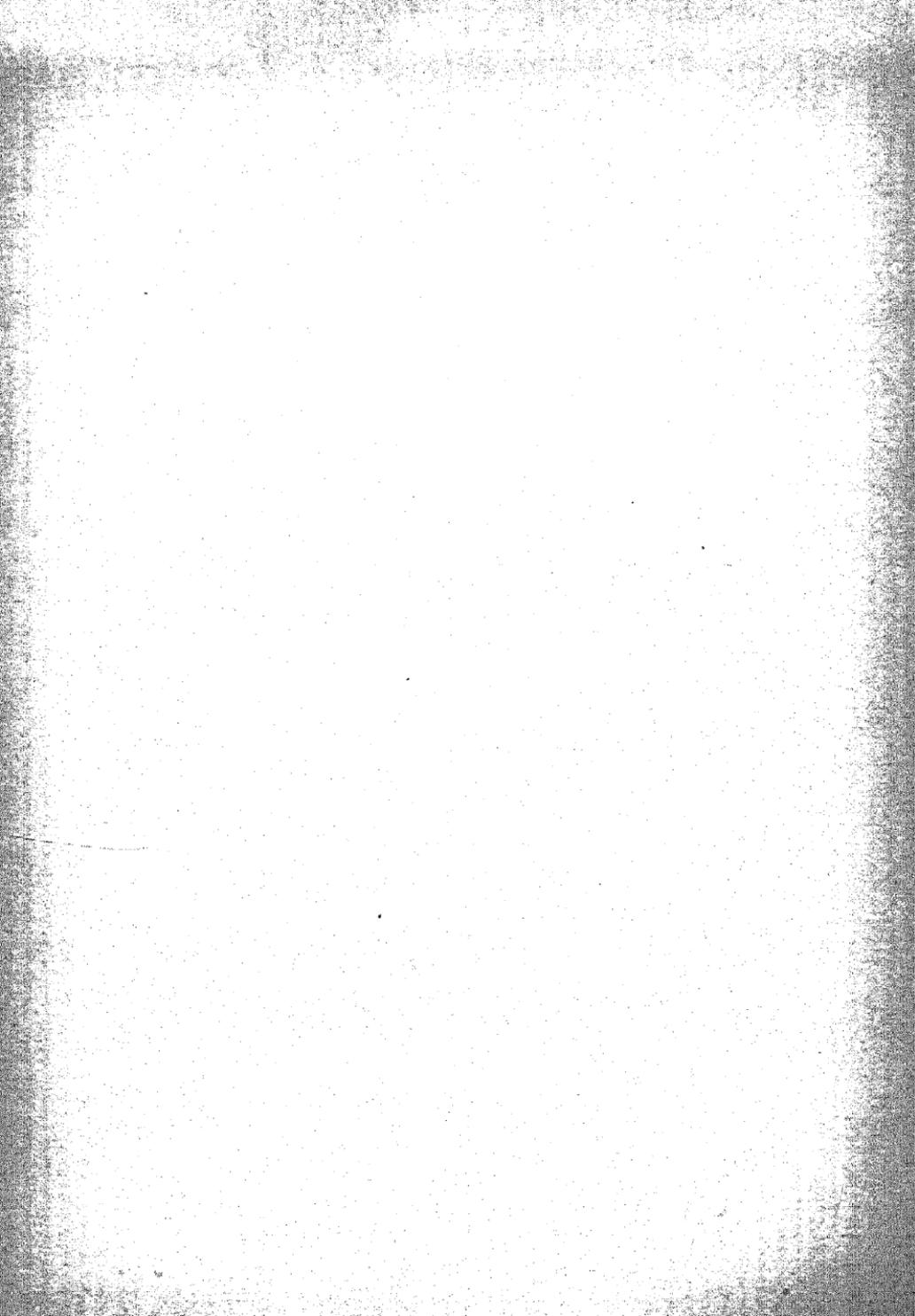
SONETO

Cuán triste yace el corazón, parece
vencido gladiador falto de aliento,
y cuán triste también el pensamiento
cual pájaro aterido desfallece.

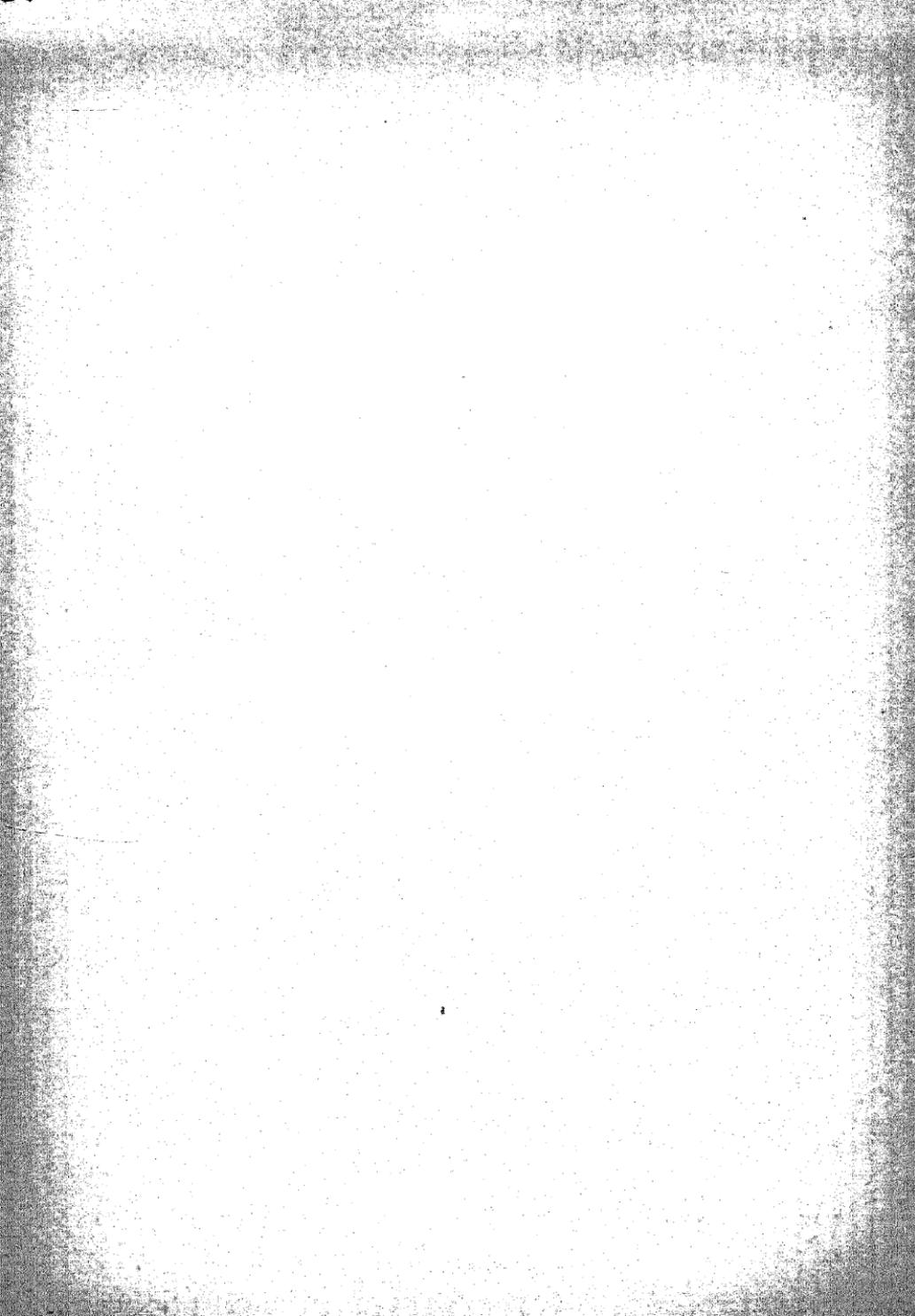
Ya entre brumas apenas resplandece
el sol que iluminó mi firmamento,
ya el goce apenas de su dulce acento
al blando arrullo su licor me ofrece.

Tú eres la última flor que hallé en mi senda,
la última flor á la que dí en ofrenda
la última llama que en mi sér ardía.

La rama de verdor improfanado,
del árbol del amor donde ha cantado
su última estrofa la esperanza mía.



EN EL DESIERTO



EN EL DESIERTO

Así cantó el berebere
cruzando los arenales
sobre el corcel que prefiere.

Gacela de las dunas, paloma de los cielos,
más blanca que la espuma del mar y que los velos
de Cos y Cachemira;
la que, como perfuman los campos los rosales
y las santas mezquitas las mirras orientales,
perfuma con su aliento la onda que respira.

La que hace que del cielo olvídese el asceta,
por la que de su guzla al son canta el poeta
sus trovas africanas;

aquella por quien llenos de afanes los infieles
trocaran sus vestidos por blancos alquiceles
y por corvos alfanjes sus hojas toledanas.

Aquella que se cimbra si el céfiro la orea,
la que cuando camina parece que aletea
para tender el vuelo;
la que es entre las bellas más bellas que el sol baña,
lo que es entre las verdes colinas la montaña,
lo que entre las estrellas la luna es en el cielo.

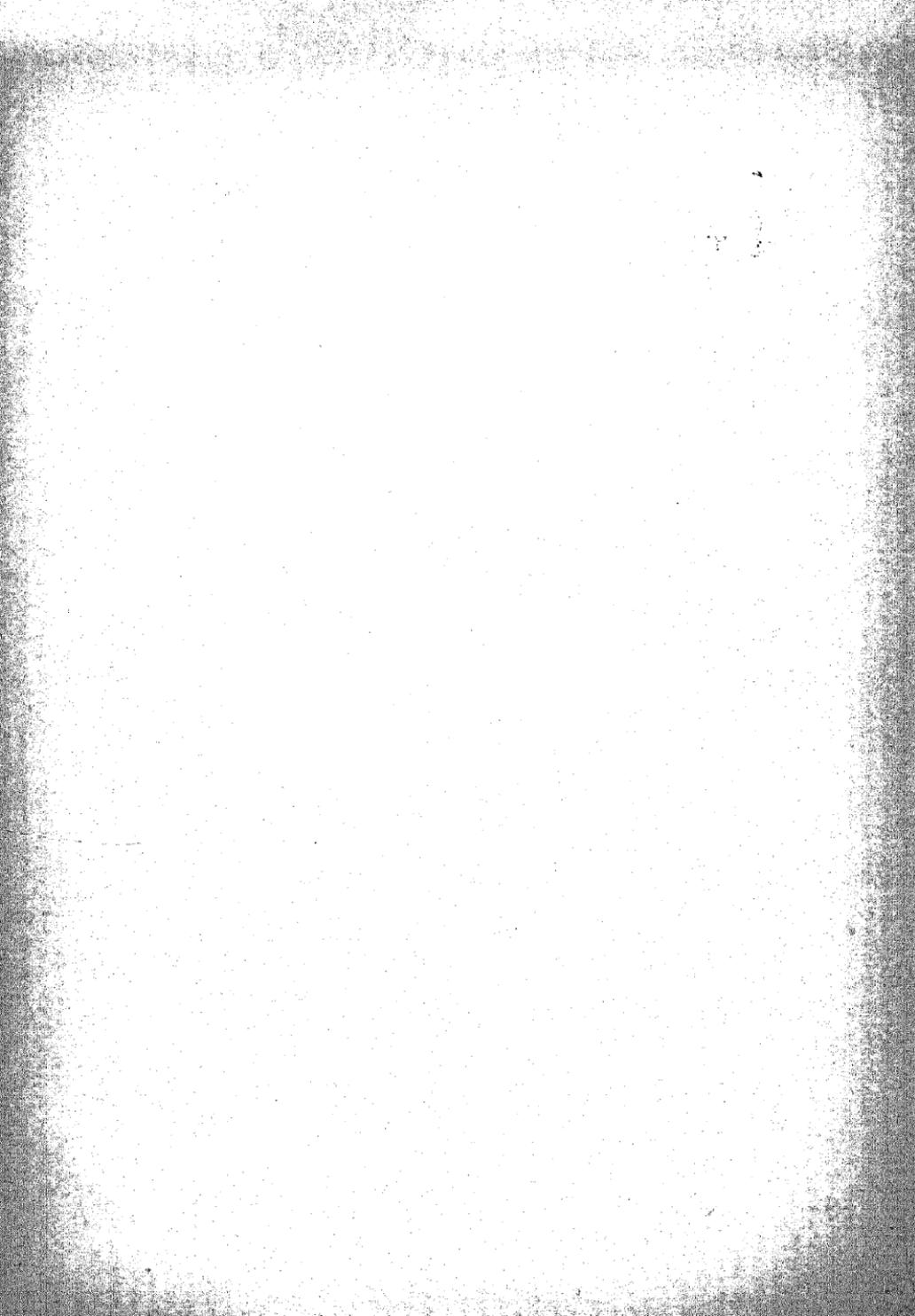
La que más incentivos y encantos atesora
que Medina creyentes, que jardines Bassora,
que goces el serrallo,
que tintas el celaje, que el astro centelleos,
que celdas los panales, que el pájaro gorjeos
y que mi vida hazañas y crines mi caballo.

Tú aquella por quien muero de amor, ven á mi tienda
de pieles de camellos y te daré en ofrenda
de amor ricos collares
de sangrientos rubíes y perlas irisadas,
y túnicas y velos de urdimbres recamadas
y ajorcas relucientes y anillos á millares.

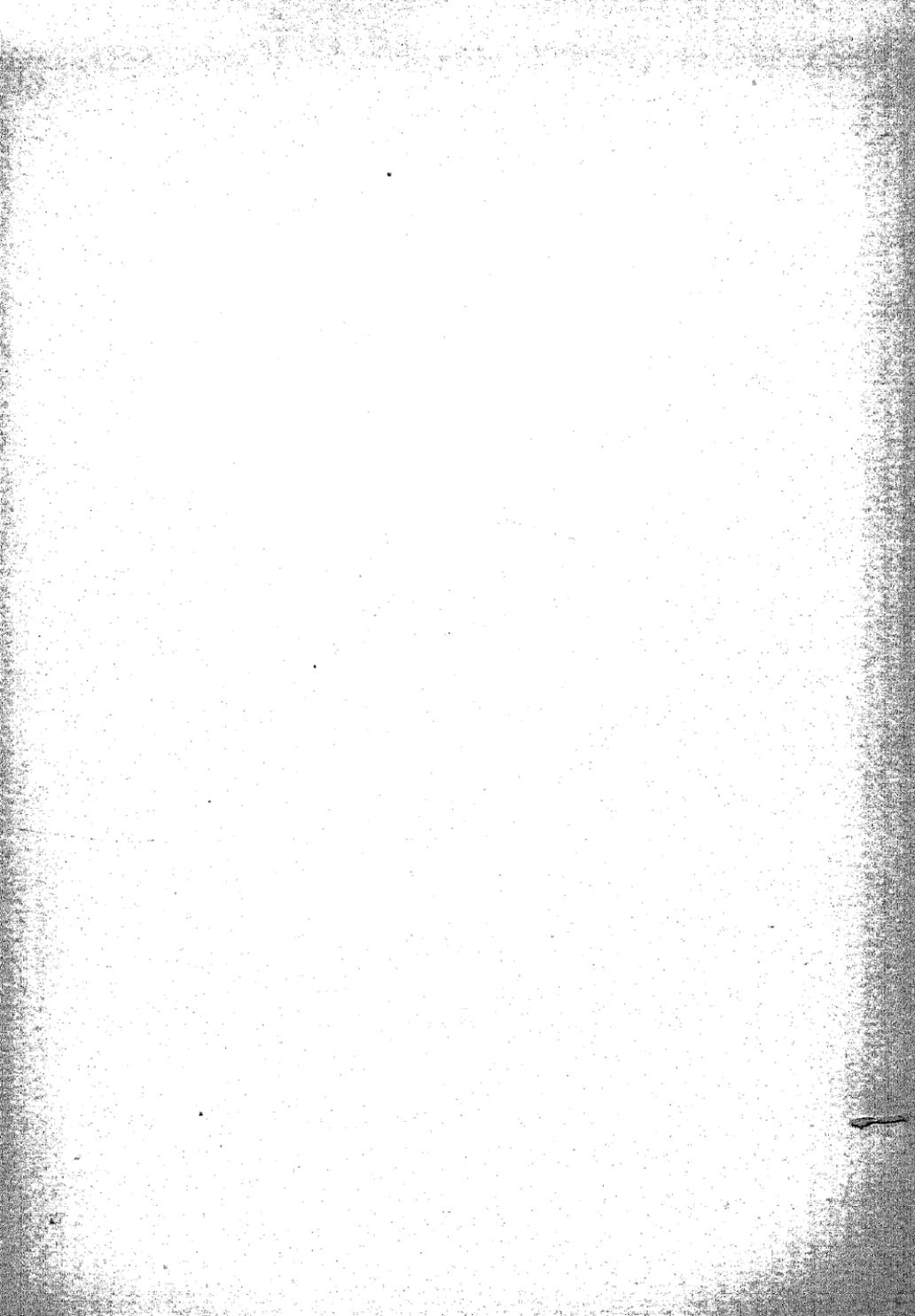
Tendrás siempre á tus plantas sedosas alcatifas,
más muelles que las muelles que huellan los Califas,
y espléndidos cojines,
y tules tan ligeros cual lo es el viento alado,
y pérsicos tapices y un lecho regalado
con esencias de rosas y esencias de jazmines.

Tendrás cuanto acaricie tu mente soñadora,
tu esclava será el alma del hombre que te adora;
tendrás, mi hermosa ingrata,
si quieres, cuanto quieran mirar tus ojos bellos,
bajo mi tosca tienda de pieles de camellos
en cofres primorosos de sándalo y de plata.

Así cantó el berebere
cruzando los arenales
sobre el corcel que prefiere.



Y ME DIJO...



Y ME DIJO.....

Y me dijo la muerte con voz serena:
—Yo sé que romper quieres de la cadena
que á la vida te ata, los eslabones;
que verdor ya ninguno visten las ramas,
que, perdido el encanto, sus oriflomas
en tu pecho ya abaten las ilusiones.

Que en tu sér melancólico sólo gorjea
como alondra divina que lo recrea
el pasado, que el tiempo siempre embellece:
todo cuanto, aunque muerto, se ha resistido
á cruzar los umbrales donde el olvido
todo cuanto aprisiona lo desvanece.

Todo cuanto te habla de otras edades,
el esfinge que guarda las soledades,
la pirámide escueta que al cielo sube,
de los ritos que fueron los santuarios,
de los montes los picos más solitarios,
donde á posarse á veces baja la nube.

De las mudas necrópolis las inscripciones,
del vetusto castillo los torreones,
arrogancias que el tiempo trocó en ruinas,
de indómitos orgullos un tiempo alarde,
hoy escombros en donde, al llegar la tarde,
cantan en sus nidaes las golondrinas.

Todo aquello en que muda puse mi planta,
donde sólo el recuerdo su voz levanta,
donde caen deshojadas todas las flores,
donde en tumbas se tornan todos los nidos,
donde yacen revueltos con los vencidos
ya, cual ellos vencidos, los vencedores.

Todo término tiene, dueña y señora
de todo cuanto alienta, yo triunfadora
los seres y los pueblos llevo en mis brazos,
yo que fiel é inmutable nada perdono,

yo que, hundida en la sombra, labro mi trono,
con cetros y coronas hechos pedazos.

Nadie logra en la tierra burlar mi yugo;
redentora unas veces y otras verdugo,
la clave del enigma llevo en la mano;
yo, que borro en la vida todo guarismo,
yo, que siendo una cumbre, soy un abismo,
yo, que siendo luz toda, soy un arcano.

—No—gritéle yo entonces—tu loco orgullo,
tu poder exagera, que al yerto arrullo
de tu voz, en la tierra no todo muere,
que hay cotas de un acero tan bien templado,
que romperlas no logras, que aun no has logrado
entonar á la gloria tu Miserere.

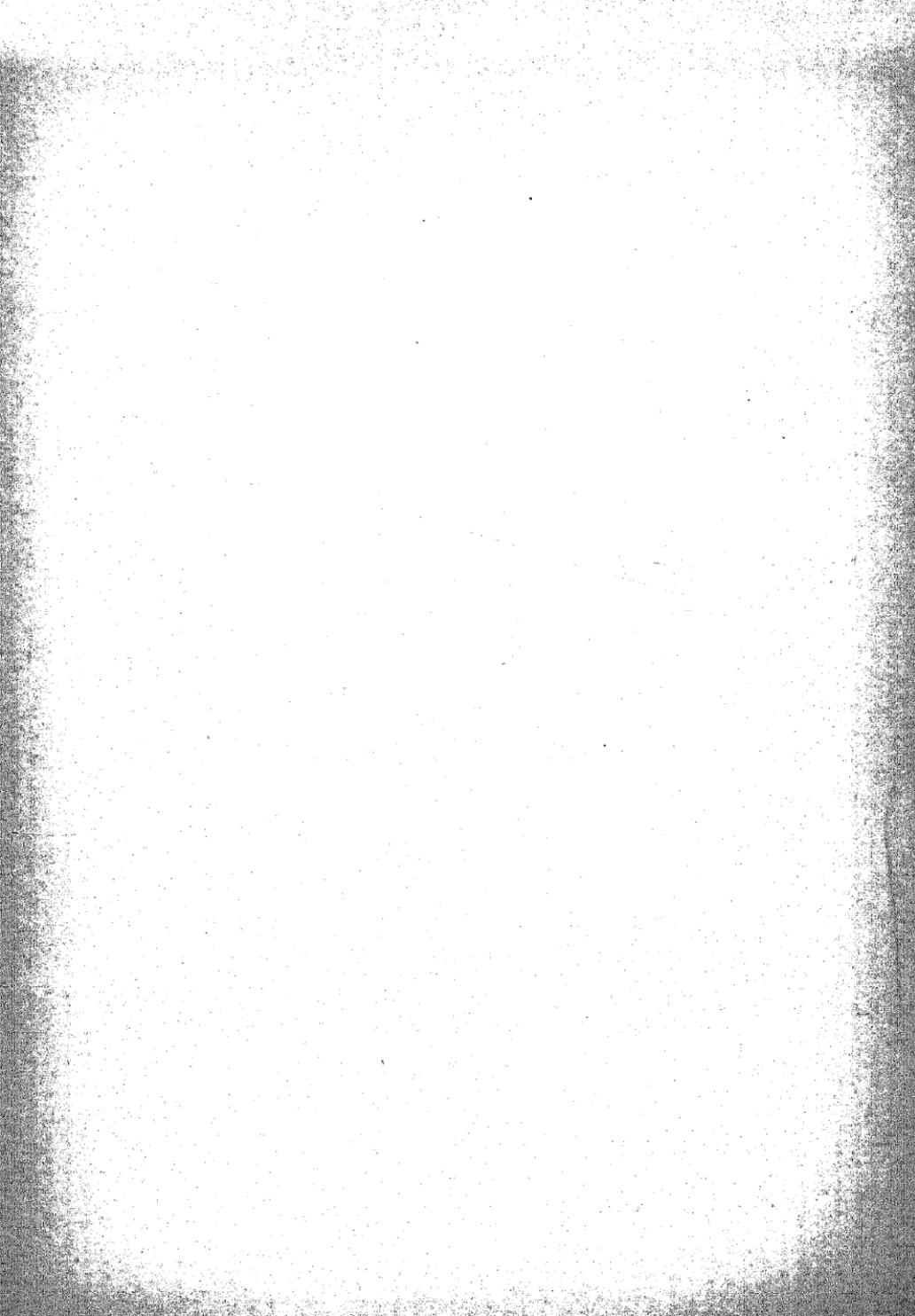
Y pese á tus alardes, aun canta Homero,
aun Sócrates medita, su invicto acero
blande Alejandro, pintan Zeuxis y Apeles,
aun Platón sugestiona las muchedumbres
y aun se yerguen triunfantes sobre las cumbres
los Scopas y Fidiás y Praxiteles.

Esos nunca sucumben, nunca declinan;
esos nunca la noble cerviz inclinan;
esos, cual tú, dominan á las edades.
Y la muerte me dijo:—Cuán ilusoria
ha de ser esa gloria, cuando esa gloria
brille sólo ya en páramos y soledades.

Cuando bajo mi planta todo sucumba
y no sea la tierra más que una tumba
de trágicas grandezas, un mausoleo
donde duerman, ya juntos, siervo y tirano,
junto al manto de púrpura de Diocleciano
la corona de espinas del Galileo.

Dijo la muerte, y rauda dejóme á solas...
Oh, duda; oh, mar de hirvientes y negras olas,
henchido de amarguras y tempestades;
ya en tus senos hundirme quieres en vano,
que mi fe ya te aduerme como la mano
del Redentor las olas del Tiberiades.

EGILONA



EGILONA

Grave, doliente y altiva,
dice la noble cautiva
al emir que la encadena
y que contempla extasiado
cual tesoro inmaculado
á la gentil nazarena:

—Señor, me ordenan que acate
tu voluntad y que mate
en tus brazos mi decoro;
que, puesto que así lo quiso
mi aciaga suerte, es preciso
que te mienta que te adoro.

Me dicen que tienes fría
el alma cual tu gumía,
un alma que no perdona,
y que ha de yacer contigo
la esposa de don Rodrigo
la sin ventura Egilona.

Egilona sin ventura
que hoy maldice la hermosura
que hizo nacer tus antojos,
antojos que son agravios,
torpe suspiro en tus labios,
torpe mirada en tus ojos.

Egilona, sombra triste
de Egilona, que aun existe
porque aun en ti su honra fía,
porque, siempre respetada,
aun no ha sido mancillada
por tu poder la honra mía.

Dice trémula Egilona,
y con acento que abona
la hidalguía que se esconde
bajo la cota de acero

y oro y plata del guerrero,
Abdelazís le responde:

—Levanta, oh reina, esa frente
que brilla más refulgente
que el cielo en mis patrios lares;
más que tu rota diadema,
más que el sol que ardiente quema
mis remotos aduares.

Nada rüin de mí esperes,
que aunque implacable me hieres,
de tí á vengarme no acierto;
y pues libre ser anhelas,
ya lo eres... cual las gacelas
que cruzan por el desierto.

Cual lo es la flotante bruma,
como el ave, que su pluma
del sol en el rayo dora,
como la luz, como el viento...
cual lo era mi pensamiento
antes de verte, señora.

Mas si te vas de mi lado,
mal haya el triunfo logrado
que á tal pena me somete;
mal haya la hora menguada
en que arrastró ensangrentada
tu bandera el Guadalete.

Y aquella en que tus hechizos
admiré, tus largos rizos
conque el viento juguetea;
tus ojos, ojos tan bellos,
que de ellos prendada en ellos
la tentación centellea.

Tu tez, tan fina y suave
como el plumón conque el ave
en el nido se engalana;
tu boca, donde sus perlas
vertió la aurora por verlas
entre tus labios de grana.

Mal haya, oh reina, el destino
del que te halló en su camino
para llorar tus desdenes;
del que cien veces ciñera

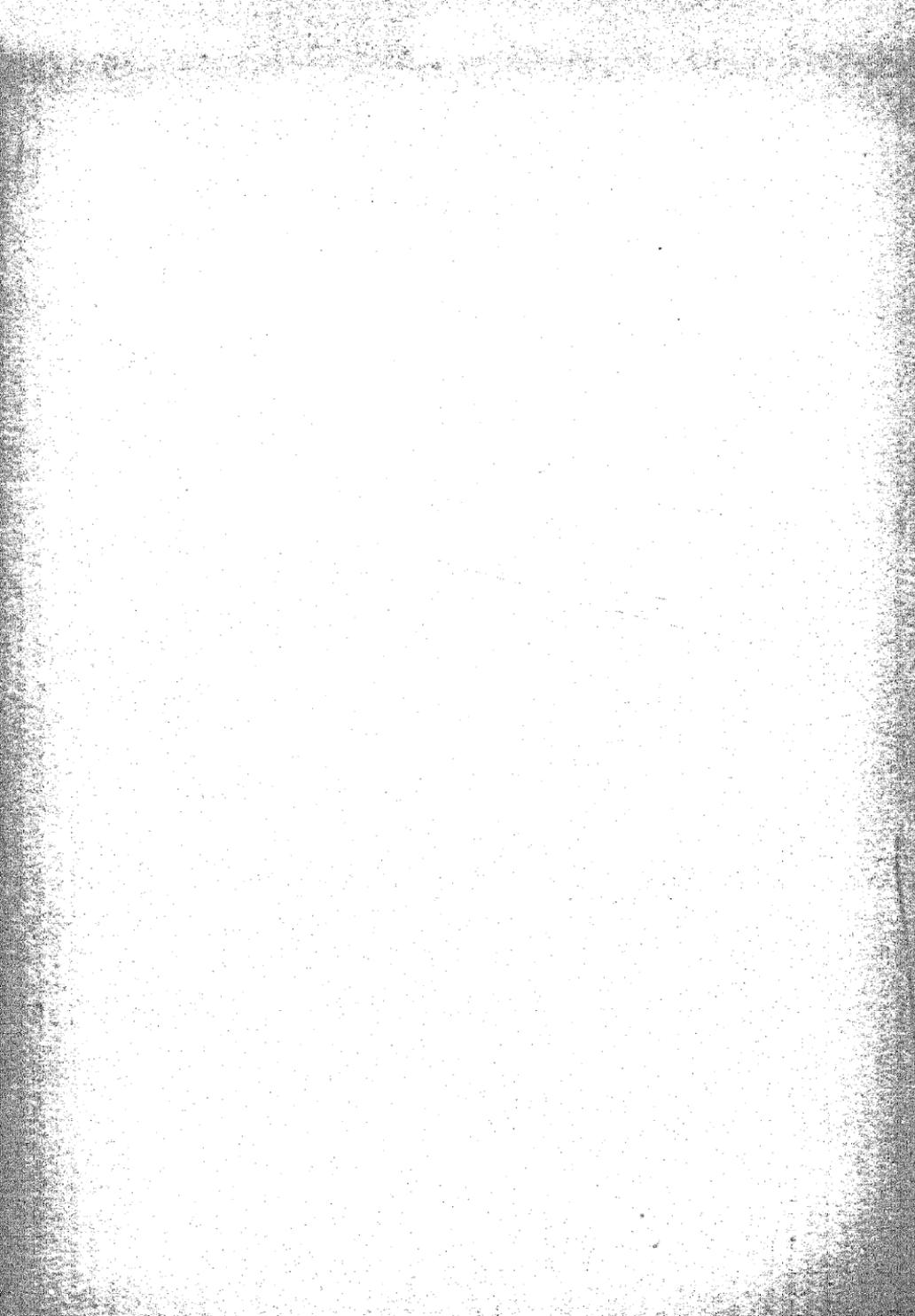
cien coronas, si tuviera
cien coronas, á tus sienes.

Del que no podrá olvidarte...
pero parte, oh reina, parte,
sin que te detenga nada,
que ya el corazón herido
sabe dónde del olvido
hallar puede la enseñada.

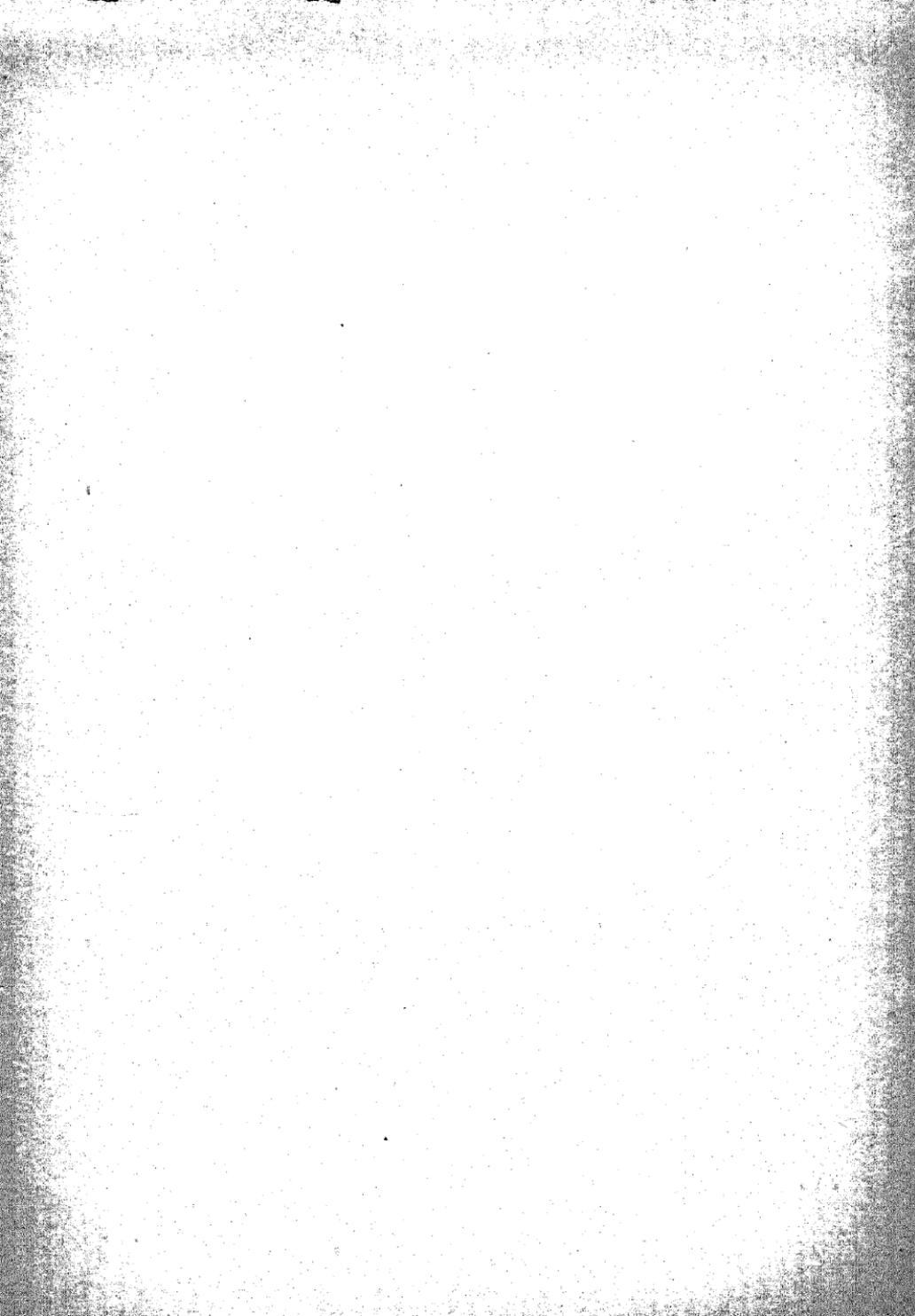
Y Abdelazís enmudece,
mas en su faz resplandece
tal decisión, que Egilona
le responde conmovida:
—¡Que no pierda yo tu vida
como perdí mi corona!

.....

Y en tanto el noble agareno,
ebrio de amor, en el seno
del amor encuentra abrigo,
sin que ya nada le inquiete,
solloza en el Guadalete
la sombra de Don Rodrigo.



SONETO



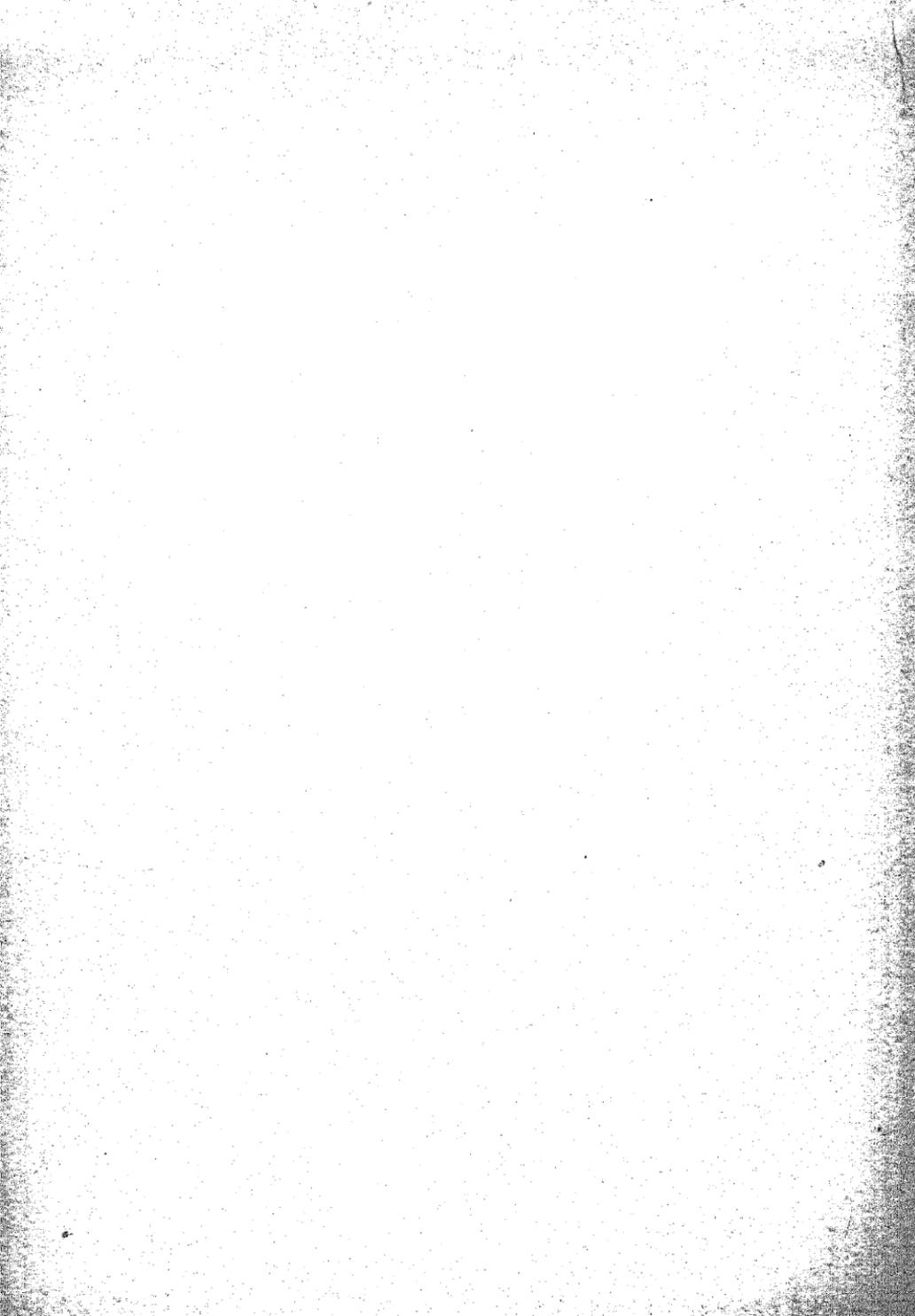
SONETO

Tienes razón, mujer, negarlo fuera
pueril alarde, á la verdad ajeno:
al grito del amor no existe freno
que logre detenerme en mi carrera.

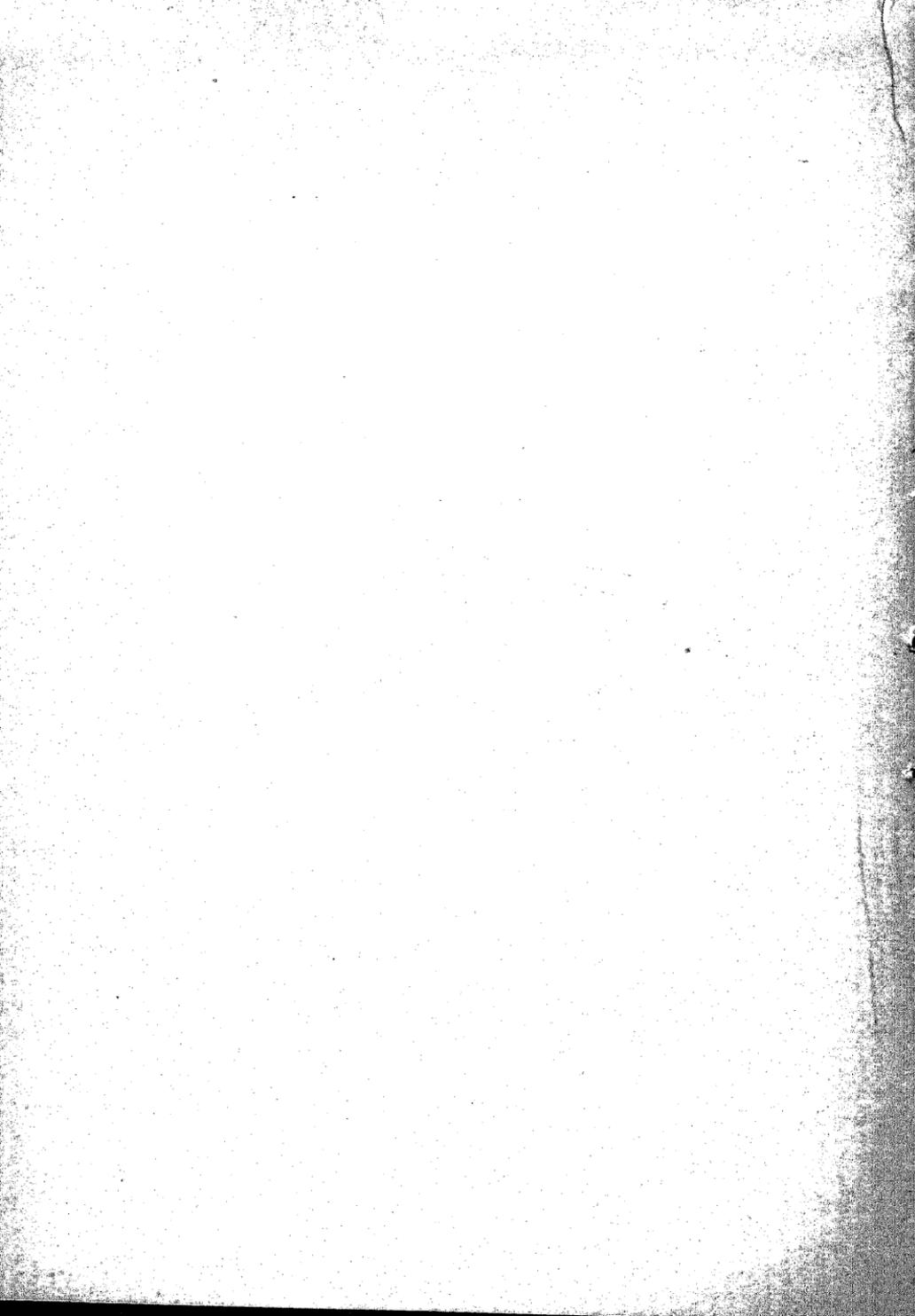
Gozar ó sucumbir es mi bandera,
y siempre de ansiedad ardiente lleno,
como de flor en flor, de seno en seno
busca mi sér lo que encontrar no espera.

Bálsamo es el placer en toda herida,
y á olvidar nuestras penas nos convida
cuando el dolor en nuestro sér estalla.

Y él es, cuando en la lucha me fatigo,
el único bridón en que consigo
alejarme del campo de batalla.



Y ERES TÚ



¡Y ERES TÚ!

¡Y eres tú, tú eres aquella
que el cetro tuvo en su mano
que se otorga á la más bella!
¡La que un tiempo ya lejano,
al comienzo del camino,
me arrastró cual torbellino
de luz en sus espirales!
Oh, realidades que abruma;
cuán poco tiempo perfuman
las rosas á los rosales.

¿Que fué de tantos hechizos
como en ti la mente evoca;
qué del oro de tus rizos,

qué del carmín de tu boca,
qué del marfil de tu frente,
qué de tu seno turgente,
qué de tu risa liviana,
qué de tu perfil hebreo,
qué del vivo centelleo
de tu pupila africana?

¿Qué de tu voz, tan suave,
tan límpida, tan sonora,
cual los arpegios del ave;
qué de aquella embriagadora
languidez conque solías
convertir en alegrías
mis penas y mis agravios;
qué de tantos embelesos
y tantos y tantos besos
como te puse en los labios?

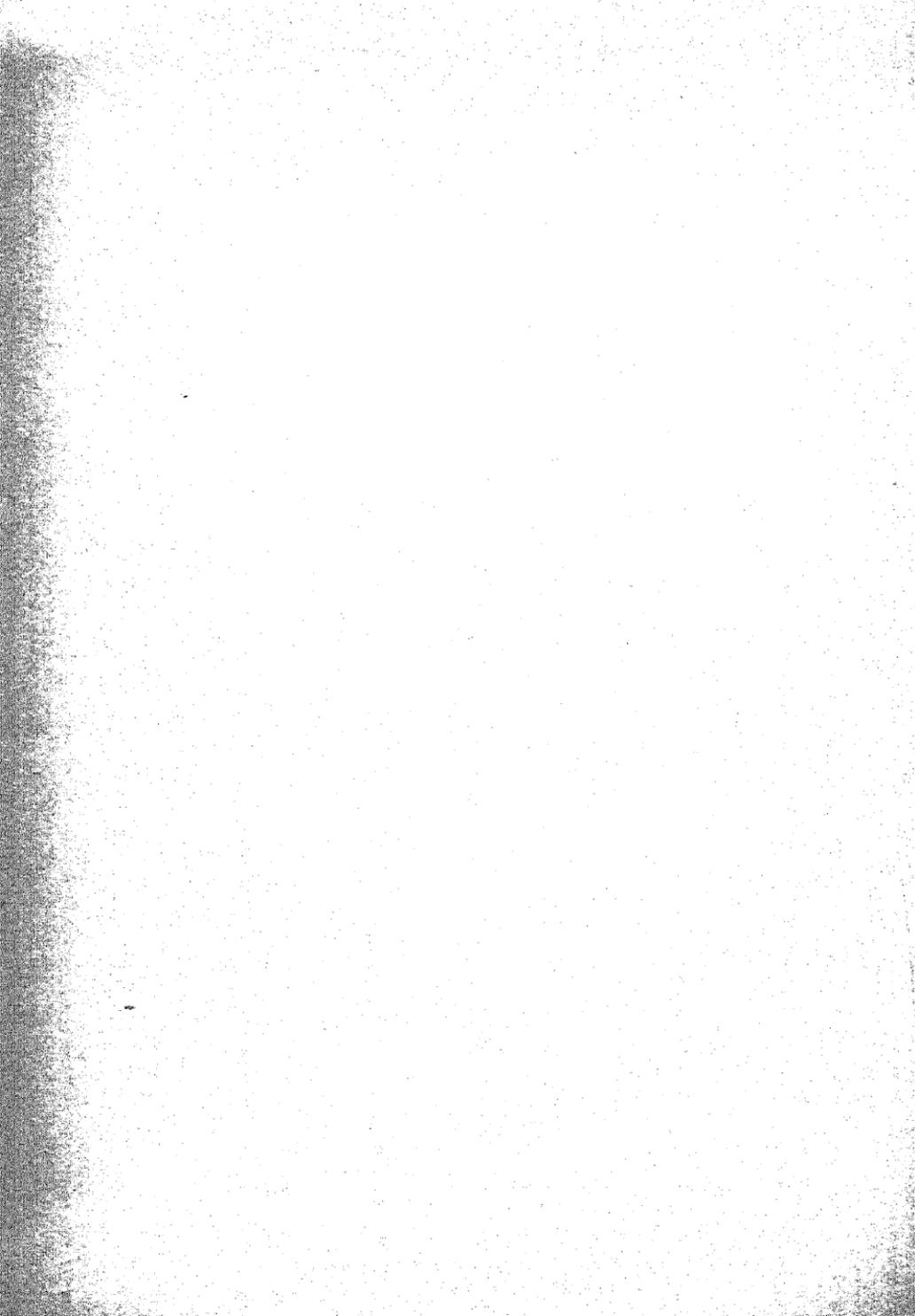
¿Qué fué de belleza tanta;
ya tu tez, por qué no brilla;
ya tu voz, por qué no canta;
por qué tu frente se humilla,
por qué es tan triste y tan yerta
tu mirada, que no acierta

ya á despertar las pasiones,
aquellas pasiones mías
que llenaron de armonías
mis juveniles canciones?

¡Cuán crüel es el destino;
con cuánta y cuánta amargura
recorrerás tu camino:
que al recordar la hermosura
de tus años juveniles,
de tus pasados abriles
la visión dulce y lejana
pesará como una losa
sobre tu frente rugosa
y tu cabeza ya canal!



DULCE REFUGIO



DULCE REFUGIO

Extraña florescencia
del árbol en que un día,
al beso de la aurora
que en él resplandecía,
la fe tuvo su altar;
paisaje melancólico
de aromas impregnado,
remotas claridades
celestes que el pasado
tan sólo alumbran ya.

Rientes lejanías
y dulces añoranzas
de muertas ilusiones

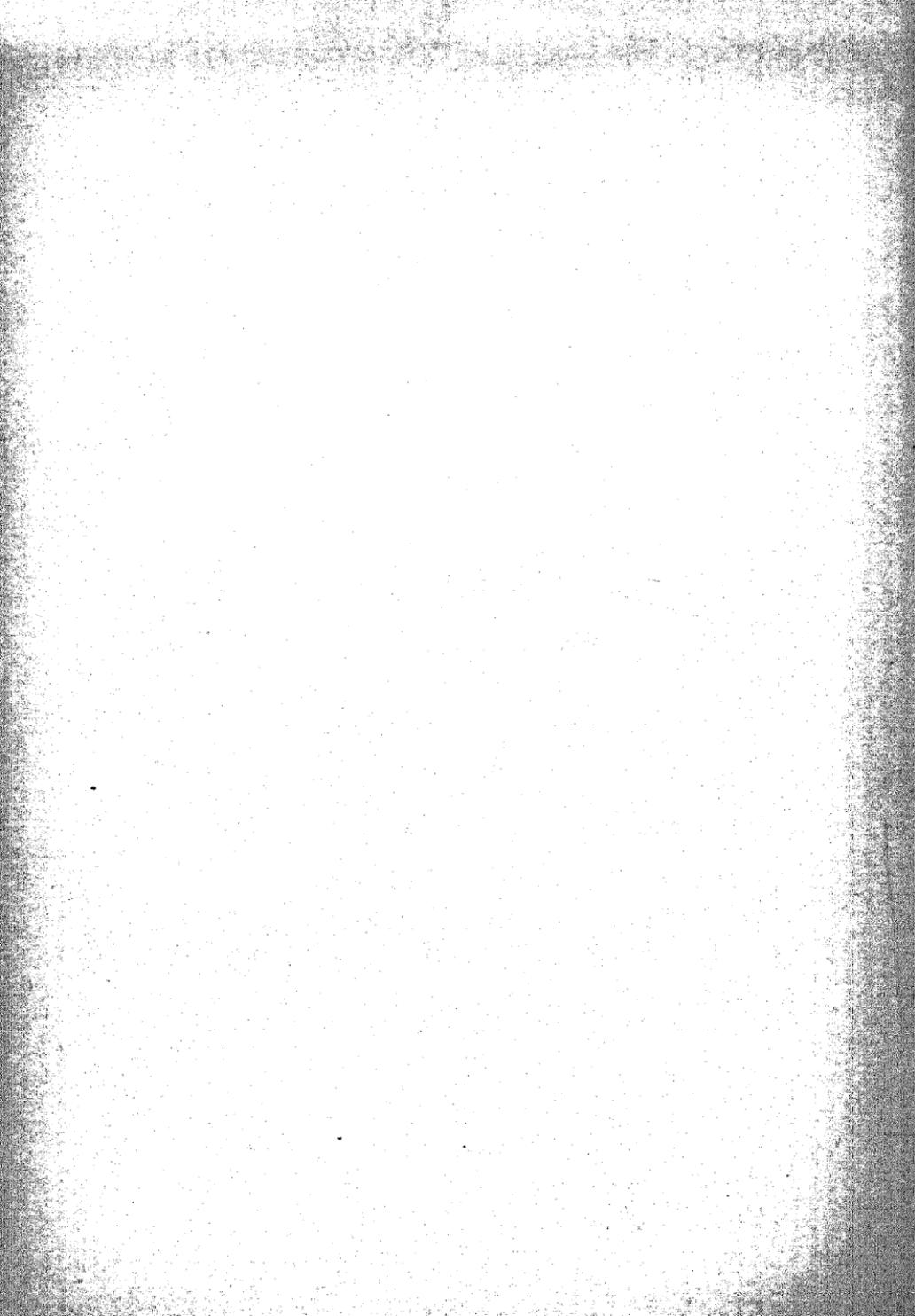
y muertas esperanzas
de gloria y de placer;
vislumbres misteriosos
y estelas fugitivas
y ritmos vagorosos
de todo cuanto fué.

Cual yedra trepadora
que en el recinto obscuro
de vieja fortaleza
reviste el viejo muro
de pálido esplendor,
así el ayer mi alma
al surgir ilumina,
y la viste cual viste
la yedra la ruina,
de pálido verdor.

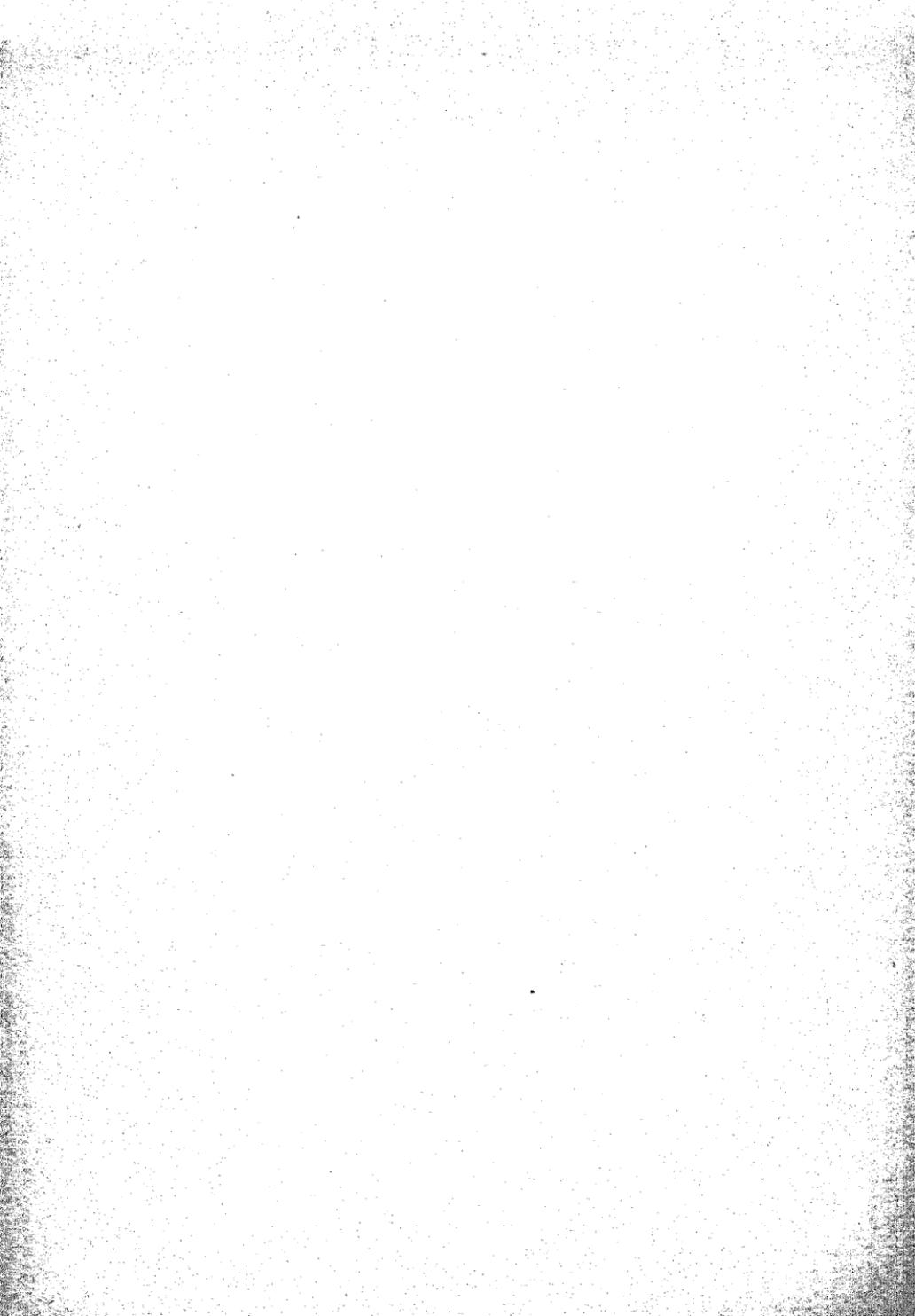
Recuerdos melancólicos,
vosotros sois mis fieles
y dulces compañeros,
y yo en vuestros corceles,
de raudo galopar,
me alejo del presente
y sus tedios esquivo

y vuela cual las águilas
mi espíritu cautivo,
ansioso de volar.

Vosotros sois mis fieles
y nobles compañeros,
vosotros embotais
los rígidos aceros
que esgrimen contra mí;
vosotros las palmeras
á cuya sombra grata
reposa el caminante
que de su caminata
ya empieza á ver el fin.



EN EL MERCADO



EN EL MERCADO

—Necesito un esclavo, necesito un efebo gentil.

—Yo cuatro tengo de Tracia, que rivales ser pudieran del divino Antinóo.

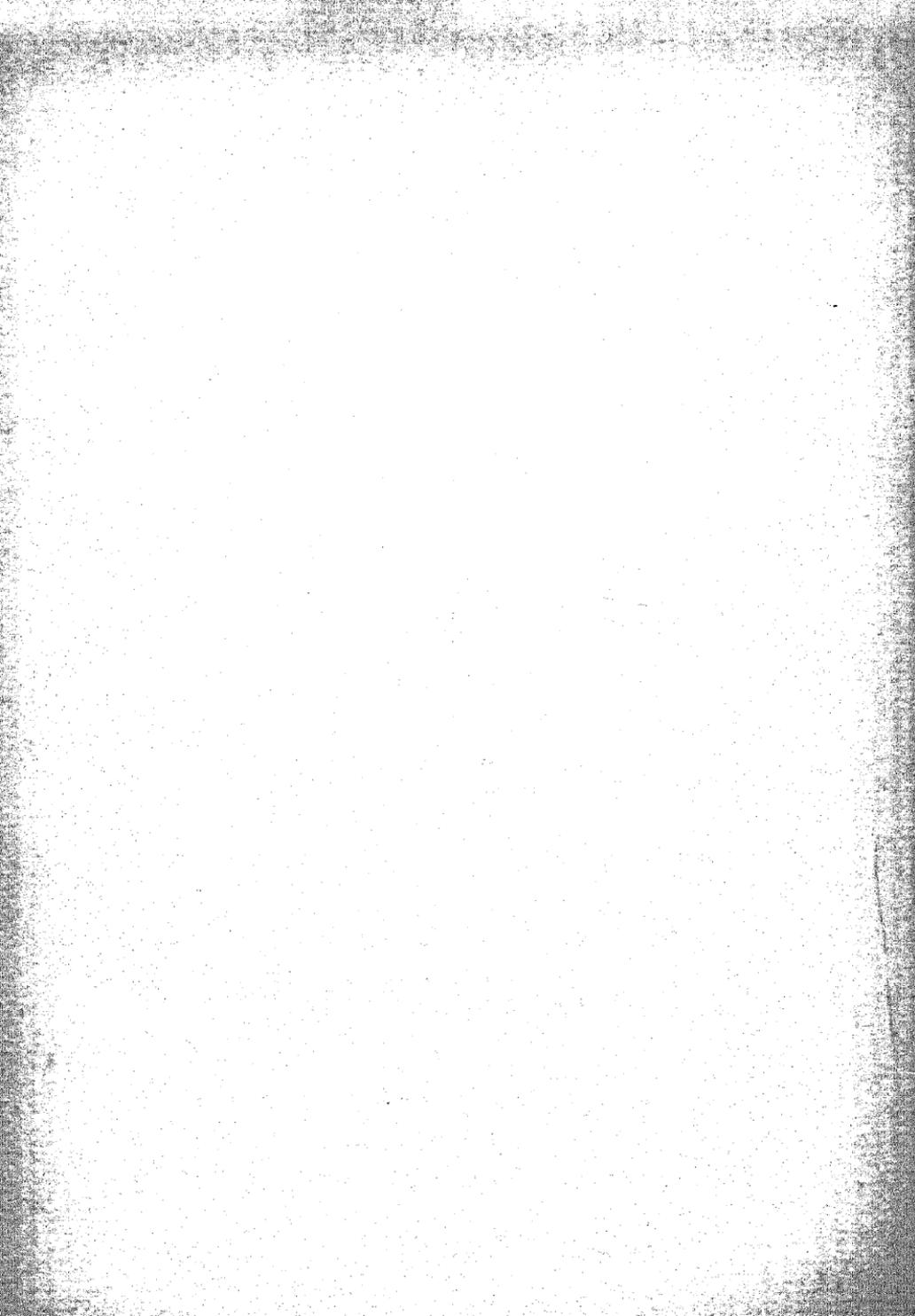
—Yo lo deseo de formas delicadas y briosas al par, ágil y esbelto; de faz tan sonriente cual la aurora del horizonte bético; de labios purpurinos como las rosas de encendidos pétalos que Poestun aroman; de pupilas hondas y azules como el limpio seno del Adriático mar; de dientes nítidos y de blondos cabellos.

—Tal como tú lo sueñas há diez días que uno adquirí por cinco mil sestercios y diez mil ya por él Curcio me ofrece.
—¿Y es tracio ó capadocio, celta ó griego?
—Diz que en la Celtiberia fué nacido por su mal y mi mal, que á ser heleno, persa ó frigio ó germano no lo diera ni por cinco talentos.

—Pues si es hijo de Iberia como dices, por mí puedes cedérselo á Curcio el senador, que ya las trazas conozco del ibero.
Catorce de su raza ya he comprado, y cobardes y pérfidos, me burlaron crueles; ni uno solo resignóse á vivir, todos el reino prefieren de Plutón á ser esclavos.
Así, pues, te aconsejo que la oferta de Curcio no rechaces.

Y el anciano patricio, grave y lento, tras saludar al mercader de Iliria, deja el mercado y se dirige al templo.

EN JIMERA DE LIBAR



EN JIMERA DE LIBAR

Sin rumor resbala el río,
y el blanco rosal bravío
y los verdes chaparrales
se miran en la corriente,
que doran del sol ardiente
los rayos matutinales.

Como fúlgidos regueros
de oro, brillan los senderos
entre chopos y retamas,
y las casas ribereñas
brillan, blancas y risueñas,
entre flores y entre ramas.

Lánguidamente, del prado
entre el verdor, el ganado
resonar hace la esquila,
y cantando entre las frondas
espesas, teje sus hondas
el pastor que lo vigila.

En la presa del molino
forma el agua un remolino
de espuma, cristal y plata,
obstinándose en la empresa
de rescatar de la presa
el caudal que le arrebatá.

Como broches de rubíes,
sus pétalos carmesíes
luce el adelfal cercano,
y al naranjal, que tributo
le rinde, tómale el fruto,
ya en sazón, el hortelano.

Embellaciendo el paisaje,
dos patos de albo plumaje
y de aureos picos, apenas
la mansa corriente rizan,

y rápidos se deslizan
sobre las ondas serenas.

Medio oculta en el bosque,
adornada con un traje
de los colores más vivos,
lava y canta en la ribera
una linda lavandera
de arrogantes incentivos.

En las prendas ya lavadas,
en los árboles colgadas,
prende el sol sus aureolas,
y del céfiro juguetes
fingen belios gallardetes
y ondulantes banderolas.

Una ruda campesina
á la fuente se encamina,
y asombra la gentileza
de su continente esbelto,
llevando cual lleva suelto
un cántaro en la cabeza.

En su por el sol curtido
terso rostro han florecido
dos claveles color grana,
dos claveles-maravillas
que abrieron en sus mejillas
al beso de la mañana.

No hay madrèpora que ostente
coral tan rojo y luciente
cual sus labios de rubies,
que ver dejan dos sartales
de perlas todas iguales
en dos cintas carmesies.

Su pupila es brilladora
como el sol, cuando el sol dora
los cielos en el verano;
pupila dulce y serena
cual la de ternuras llena
del antilope africano.

Su cuerpo es tan armonioso,
que el que lo mira el reposo
pierde en alas del deseo;
yo lo ví, y desde aquel día

lo llevo en mi fantasía
y en mirarlo me recreo.

Un zagalejo encarnado
el hechizo codiciado
de su figura delata,
y el ondulante cabello
sobre su frente y su cuello
ebánico se desata.

Completa su humilde aliño
un estallante corpiño
que lo que oculta pregona,
que ser de tisú debiera,
y aun así no mereciera
el tesoro que aprisiona.

De llegar á ella impaciente,
se dirige hacia la fuente
luciendo su gallardía
la linda Samaritana,
la serrana más serrana
de toda la serranía.

Y andando sigue ligera,
cuando un mozo, al que no espera,
desemboca en el sendero,
sobre una yegua enседada
digna de ser retratada
por Moreno Carbonero.

Un traje de pana oscura
viste, de sin par blancura
es la bordada pechera,
y son su faja y pañuelo
tan azules como el cielo
andaluz en primavera.

El *pavero* atrás echado
ver deja el ensortijado
pelo que su frente escuda
con sus hirsutos mechones
y sus viriles facciones
de expresión valiente y ruda.

Por su mano contenida,
dominados por la brida
sus ímpetus voladores,
luce su yegua la seda

de una enjalma que remeda
un cojín de cien colores.

Con lazos lleva adornadas
sus largas crines trenzadas
y la bien trenzada cola,
y de una anilla pendiente,
sobre el anca reluciente
una rica tercerola.

La hembra al mozo al verse junta
—¿A dónde vas?— le pregunta
con indiferente acento
y—¿Dónde quieres que vaya!—
le dice aquél —¿A la playa...
á cargar al *Campamento!*

—¿Y vas solo?

—Yo no voy
nunca solo, siempre estoy
en compañía de una pena
que no se va de mi lao
desde que vivo prendao
de tu carita morena.

La zagala se sonríe
y—¡Pobre de la que fue
de tu mentir zalamerol,
le contesta; y con voz grave
le dice el mozo:—Bien sabe
Dios lo que á tí yo te quiero.

El sabe que por quererte,
que por poer ofrecerte
lo que á mi vivir le saco,
porque tú jicieras punta,
dejé el pejuar y la yunta
y me metí en el tabaco.

—Mal jiciste.

—No lo niego,
que me enseñó tu despego
más que enseñan cien liciones;
malas fueron mis labranzas,
que aonde yo sembré esperanzas
granaron desilusiones.

To lo que sembré he perdío,
porque ¿de qué me han servío



ni me sirven los haberes?
Mal haya la suerte mía,
mal haya del que se fia
del viento y de las mujeres.

Dice, y clavando la espuela
en su caballo, que vuela
como vuela el torbellino,
de vista á poco lo pierde
la campesina, en la verde
lontananza del camino.

Y hacia la fuente vecina
la aldeana se encamina
graciosa cual una almea,
y al verla llegar gozoso
al punto abandona un mozo
la yunta que aguijonea.

Y el zagal y la zagala
se juntan... raudo resbala
el tiempo á veces alado,
y el cántaro boza y boza

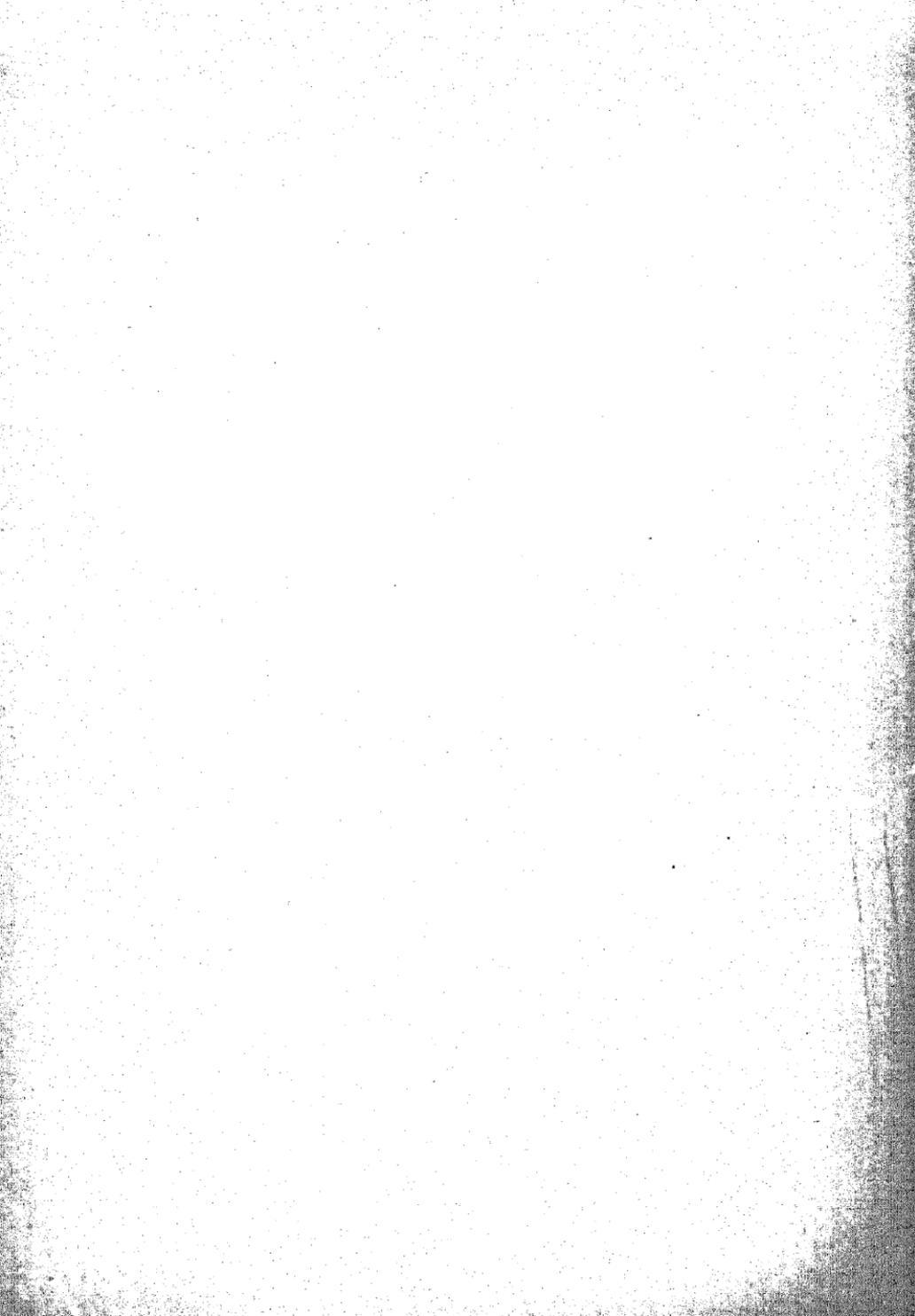
sin que el mozo ni la moza
se enteren de que ha bozado.

Y yo, entre tanto, á la sombra
de un árbol, sobre una alfombra
de hojas secas y de flores,
cabe las ondas que toco
del Guadalevín, evoco
mis juveniles amores.

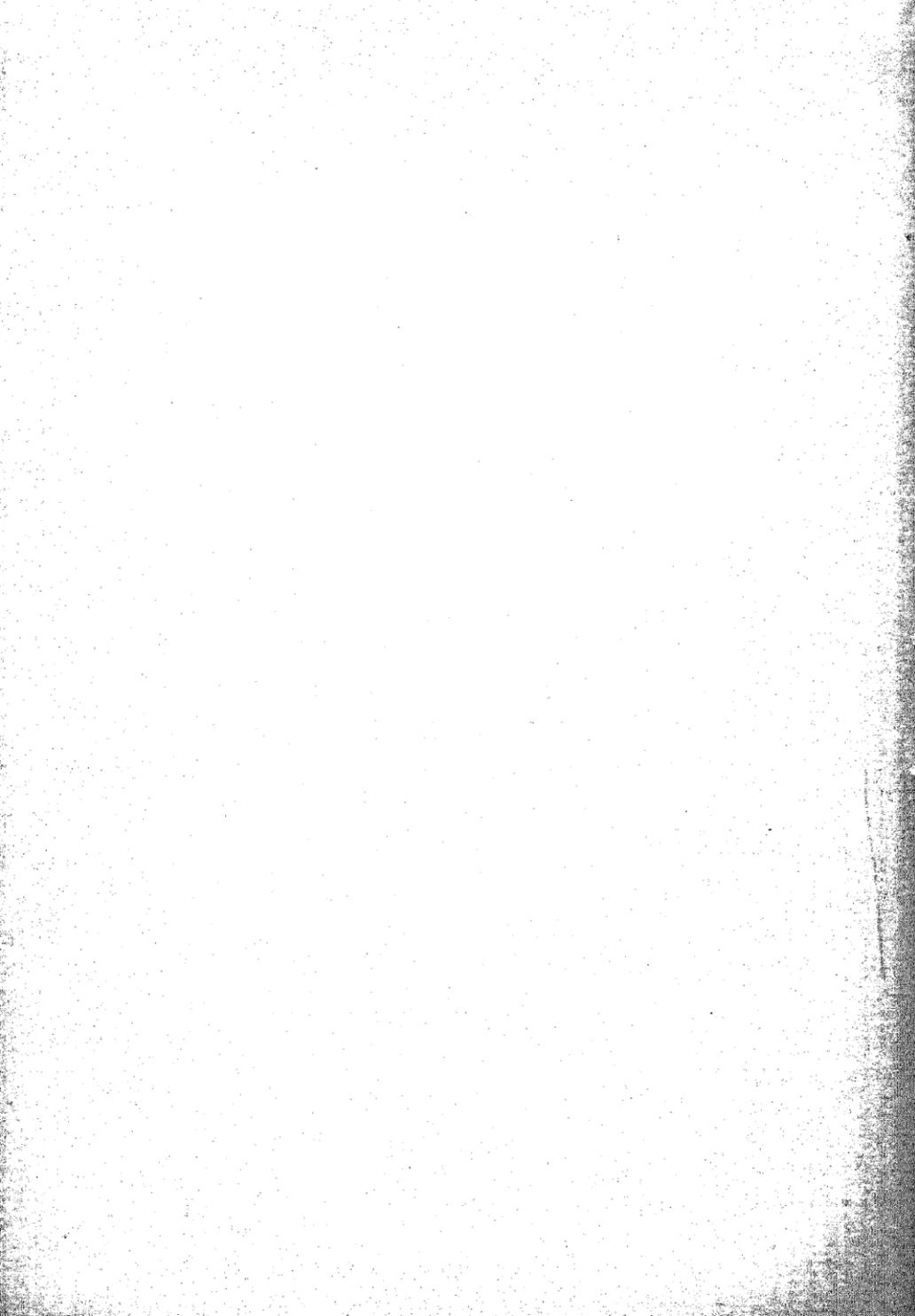
Mis amores juveniles,
mis ensueños infantiles
que de mí huyeron veloces;
flores de los verdes años
que siegan los desengaños
cual las espigas las hoces.

Adiós, Jimera, Jimera
de Libar, dulce ribera
del Guadalevín undoso,
margen risueña en que un alma
triste y ávida de calma
halló un punto de reposo.

Adiós, mis amigos fieles,
adiós, floridos verjeles
donde fui dichoso un día;
y adiós, gentil aldeana,
la serrana más serrana
de toda la serranía!



JUVENTUD



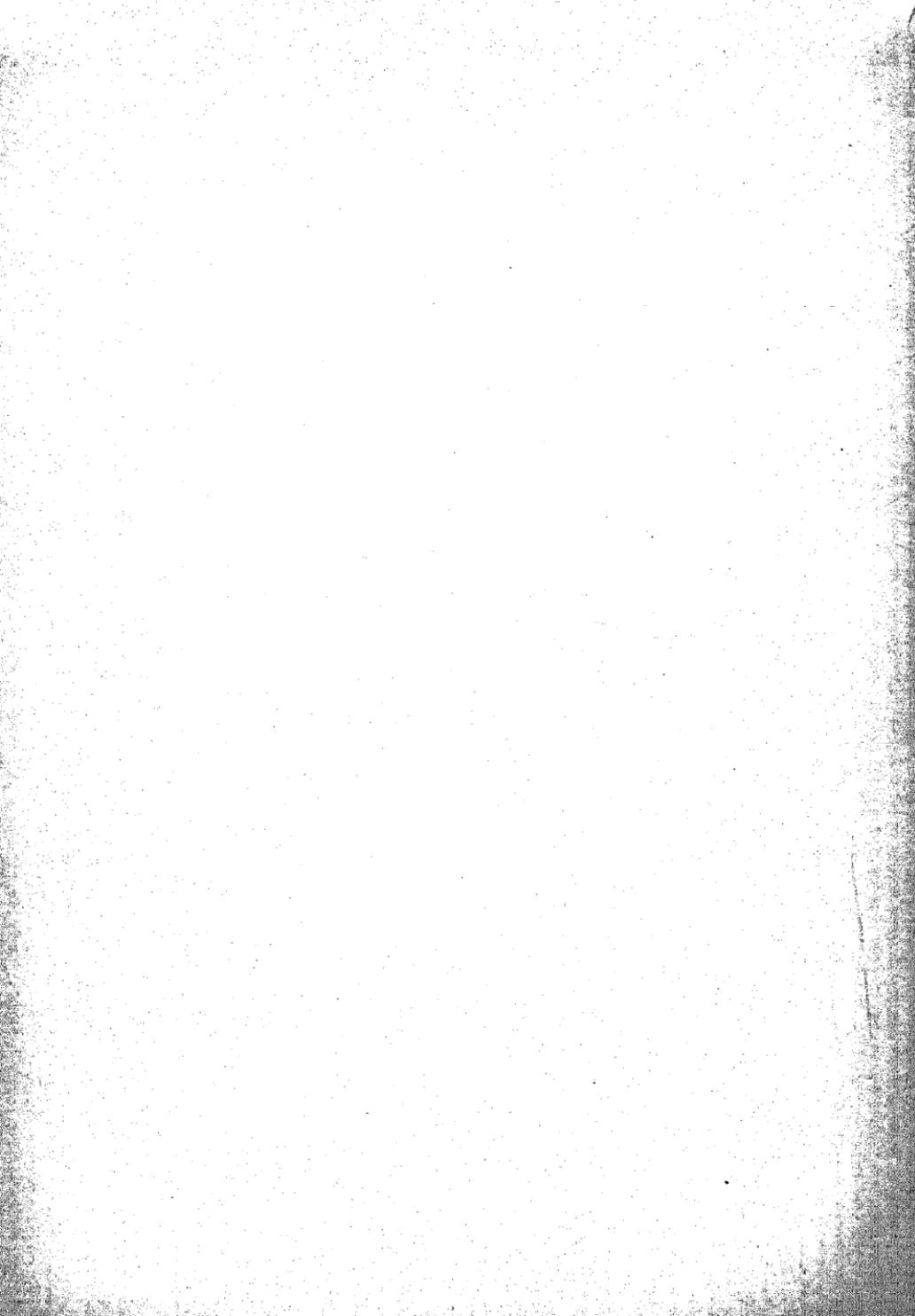
JUVENTUD

¡Oh, dulce juventud, quién no te ama;
quién cuando te ha perdido no te llora;
quién tu luz esplendente, quién tu aurora
al llegar á la tarde no reclama!

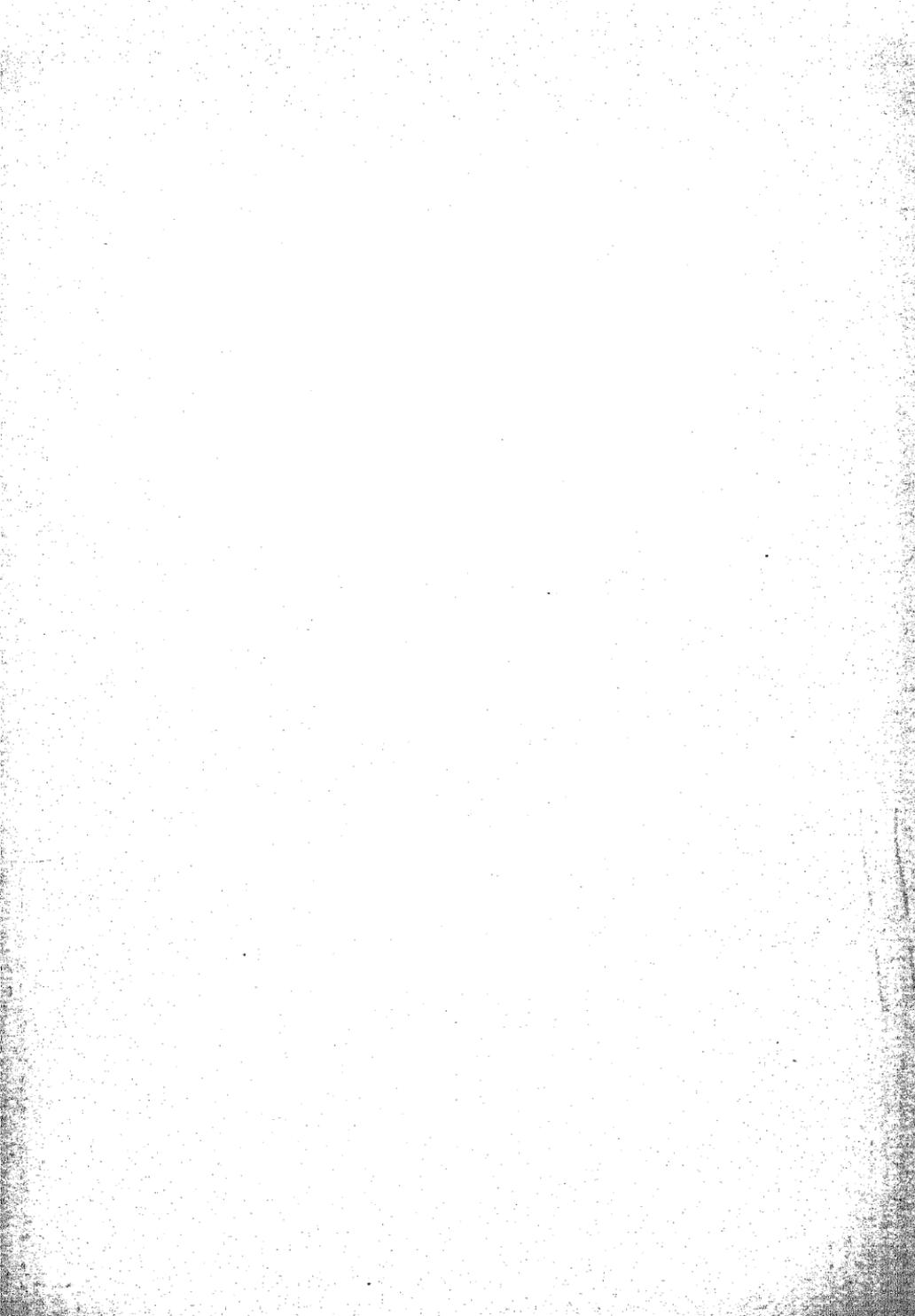
Torna á mí ¡oh juventud!, ven y derrama
de nuevo en mí tu luz deslumbradora;
ven, que mi triste corazón te adora;
ven, que mi triste corazón te llama.

Sienta yo en mí tu boca de rubíes,
tus dulcísimos labios carmesíes
cual pétalos de rosas en capullos.

¡Oh boca de carmín, llena de olores;
oh boca de carmín, llena de flores;
oh boca de carmín, llena de arrullos!



ORIENTAL



ORIENTAL

Hija de Agar, la más bella
del soberbio Califato,
hija del Islam, estrella
del cielo andaluz ornato;
lirio de fragancias lleno
de los béticos vergeles;
lago azul, limpio y sereno,
ambición del nazareno
y orgullo de los infieles.

Virgen de garza pupila,
de garza pupila hebrea,
que cual la estrella rutila

y cual el sol centellea;
virgen de labios que igualan
las tintas de los corales;
labios fragantes que exhalan
el perfume que regalan
las rosas á los rosales.

Virgen de nítida frente
á la que el marfil alaba,
virgen de faz transparente,
de virgen escandinava;
la que mi sér enajena,
la que olvidar quise en vano,
la que, de esplendores llena,
de Bibarrambla en la arena
vió por su mal el cristiano.

La que vió en infausto día,
que olvidar jamás alcanza;
la que mató su alegría
y le robó la esperanza;
la que vió al rodar vencido
y ensangrentado y maltrecho;
la que al mirar al caído

se entró por su pecho herido
para esculpirse en su pecho.

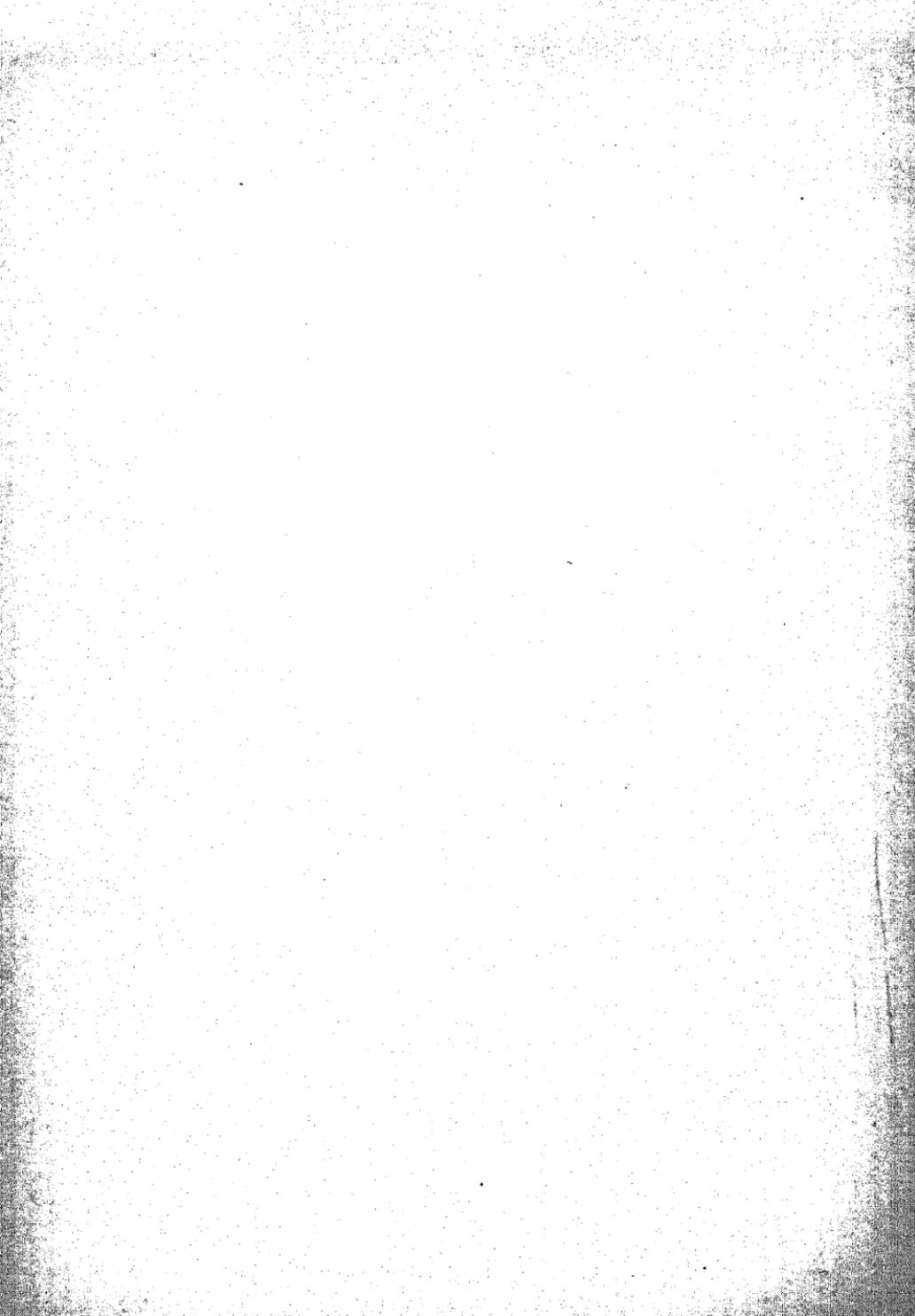
Malhaya mi desventura,
malhaya la hora menguada
en que admiré tu hermosura
y escuché tu voz amada;
malhaya mi suerte fiera,
malhaya el amor que abrigo,
que es piélagos sin ribera,
y malhaya la certera
lanzada de mi enemigo.

Malhaya el fatal momento
en que ceñida la cota,
en que airoso dando al viento
las plumas de mi garzota;
como de plata el almete,
como de plata la malla
y de plata el coselete,
entré en la liza, jinete
en mi corcel de batalla.

Hora menguada en que, lleno
de angustia, vi, ensangrentado

á los pies del agareno,
las galas que Dios te ha dado;
galas que, loco de amores,
yo diese por poseerlas
si fuese un jardín, mis flores,
si el sol, todos mis fulgores,
y si el mar, todas mis perlas.

¡INVIERNO!



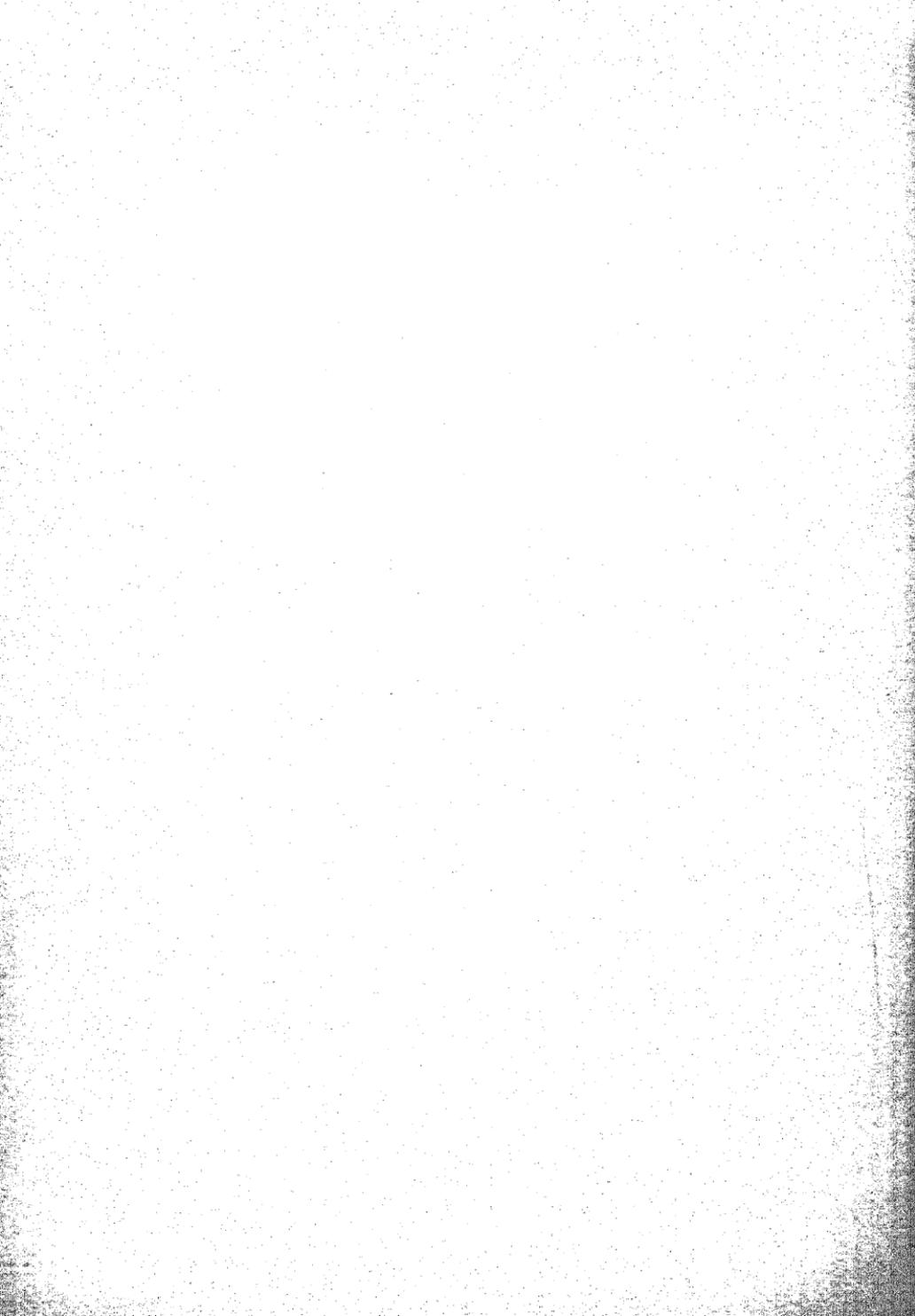
¡INVIERNO!

Yo odio el invierno, que me entristece;
yo odio el invierno, que me da frío,
que el alma toda me entenebrece;
yo amo el estío;
yo amo la vida llena de brío;
yo amo la vida que resplandece;
yo amo los campos llenos de flores,
llenos de aromas y de verdores;
yo amo los cielos cuando me ciegan
y en luz me anegan;
yo amo las noches cuando el bochorno
pesa y abruma,
cuando el espacio parece un horno;
cuando no puede con una pluma
siquiera el viento;

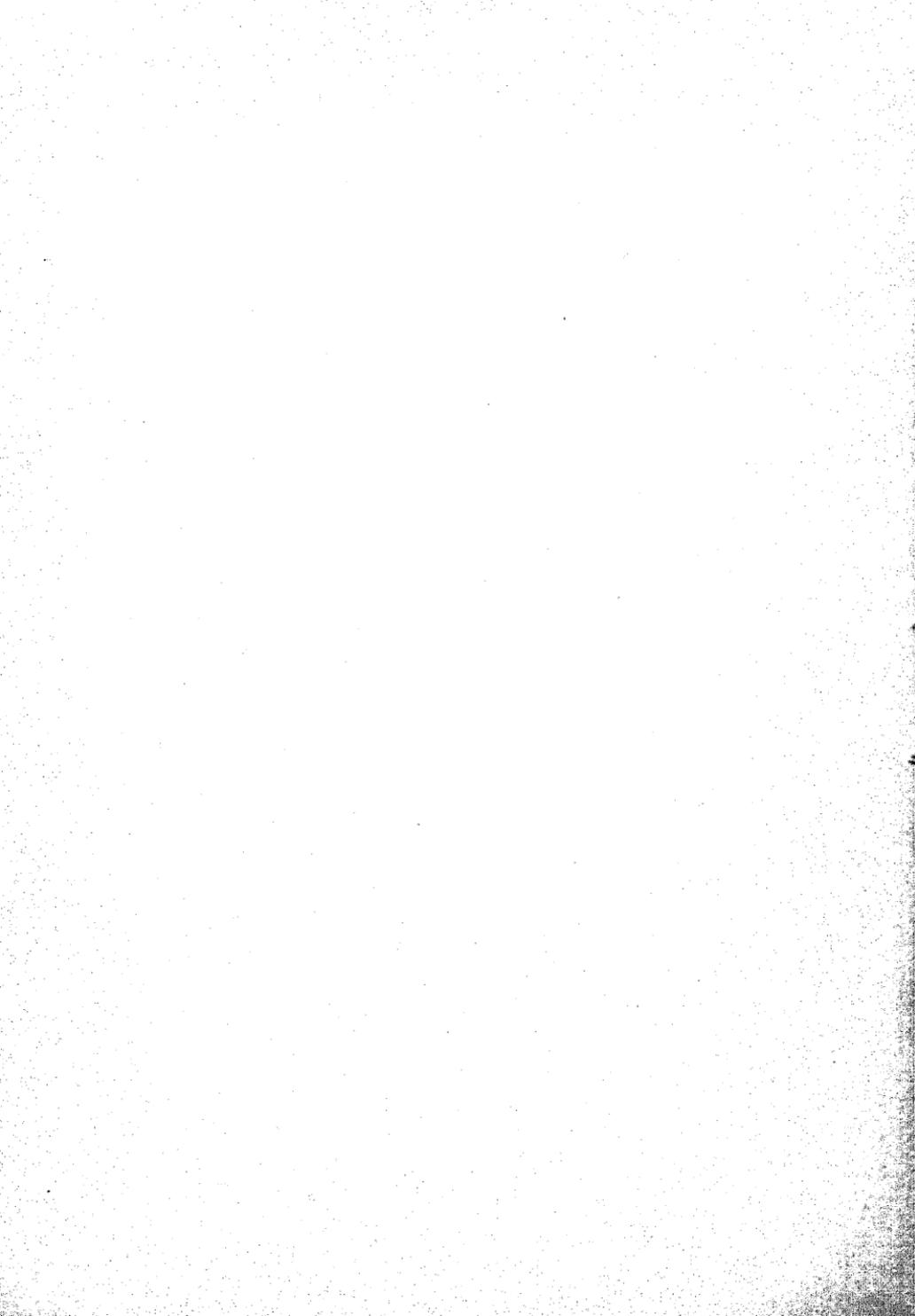
cuando por plétora de vida ardiente,
lánguidamente
sobre mi frente
pliega sus alas el pensamiento.

Yo odio el invierno, que me condena
á sus ventiscas y á sus nevadas;
yo odio el invierno, que ver me apena
las ya segadas
tristes llanuras, las ya irritadas
olas que rujen sobre la arena,
los cielos grises, el campesino
que va cantando porque el camino
tan silencioso, tan solitario
cual santuario
de un muerto rito, pavor le causa
si se detiene
y en sus canciones pone una pausa;
yo odio el invierno, que en sí retiene,
cual prisionera,
nuncio de olores y resplandores,
nunciode flores
y de colores,
nuncio de amores, la Primavera.

Yo, cuando siento que el aire brama
y miro el campo desposeído
que su perdido verdor reclama,
 tiemblo aterido,
y acurrucado como en un nido
tiemblo aterido junto á la llama
que en mis hogares chisporrotea,
que me ilumina, que me caldea,
que me regala consoladora
 su abrasadora
santa caricia que me adormece,
 que calma un punto
la honda tristeza que me entristece.
Yo odio el invierno, glacial trasunto
 del ya cercano
de un bajel roto que han sacudido,
 que han combatido,
 que han casi hundido
todas las olas del Oceano.



A MALAGA



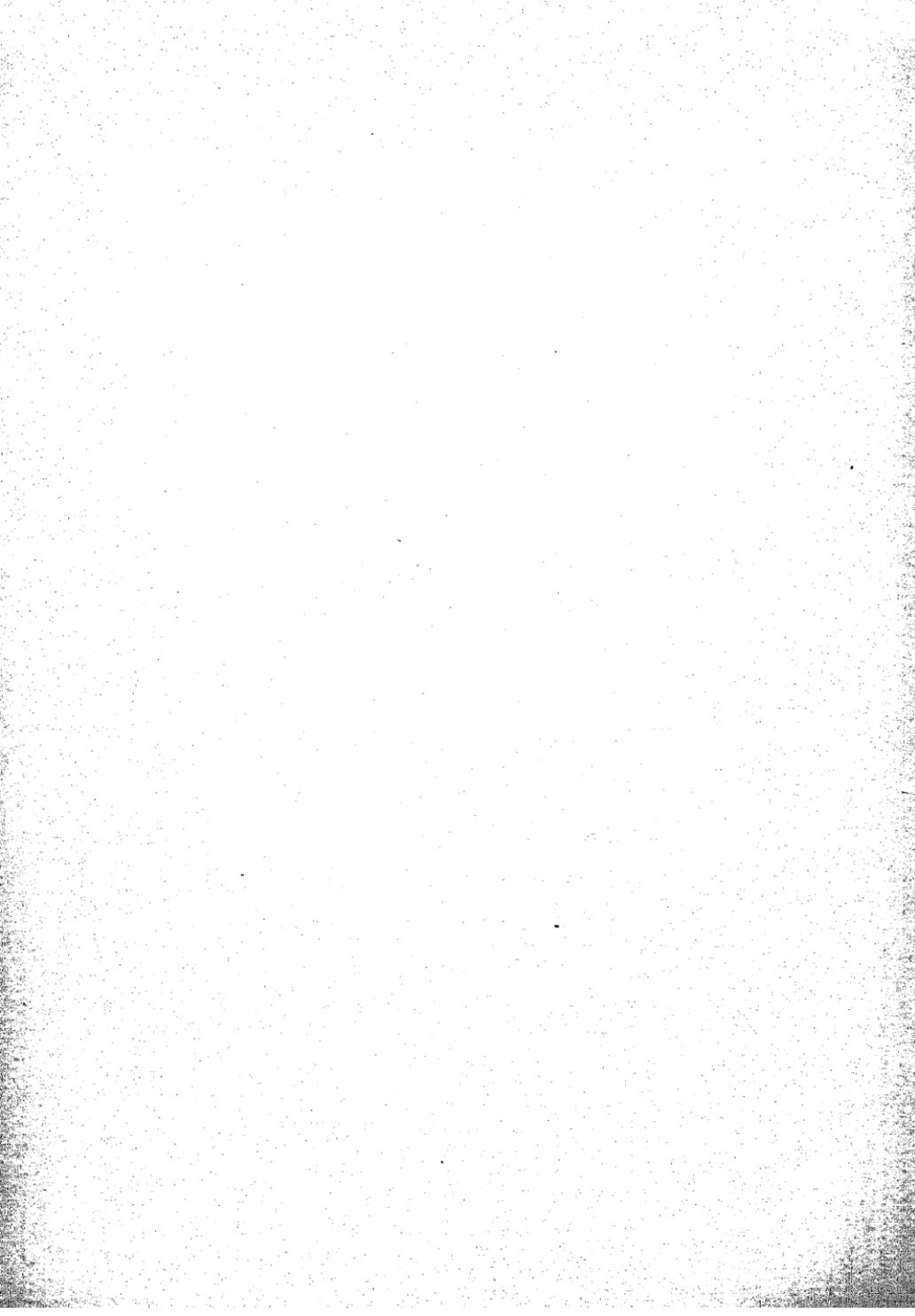
A MALAGA

Unico bien que me otorgó la suerte
fué en tu regazo ver la luz primera,
sentirme de tu mar en la ribera
casi cegado por tu luz al verte.

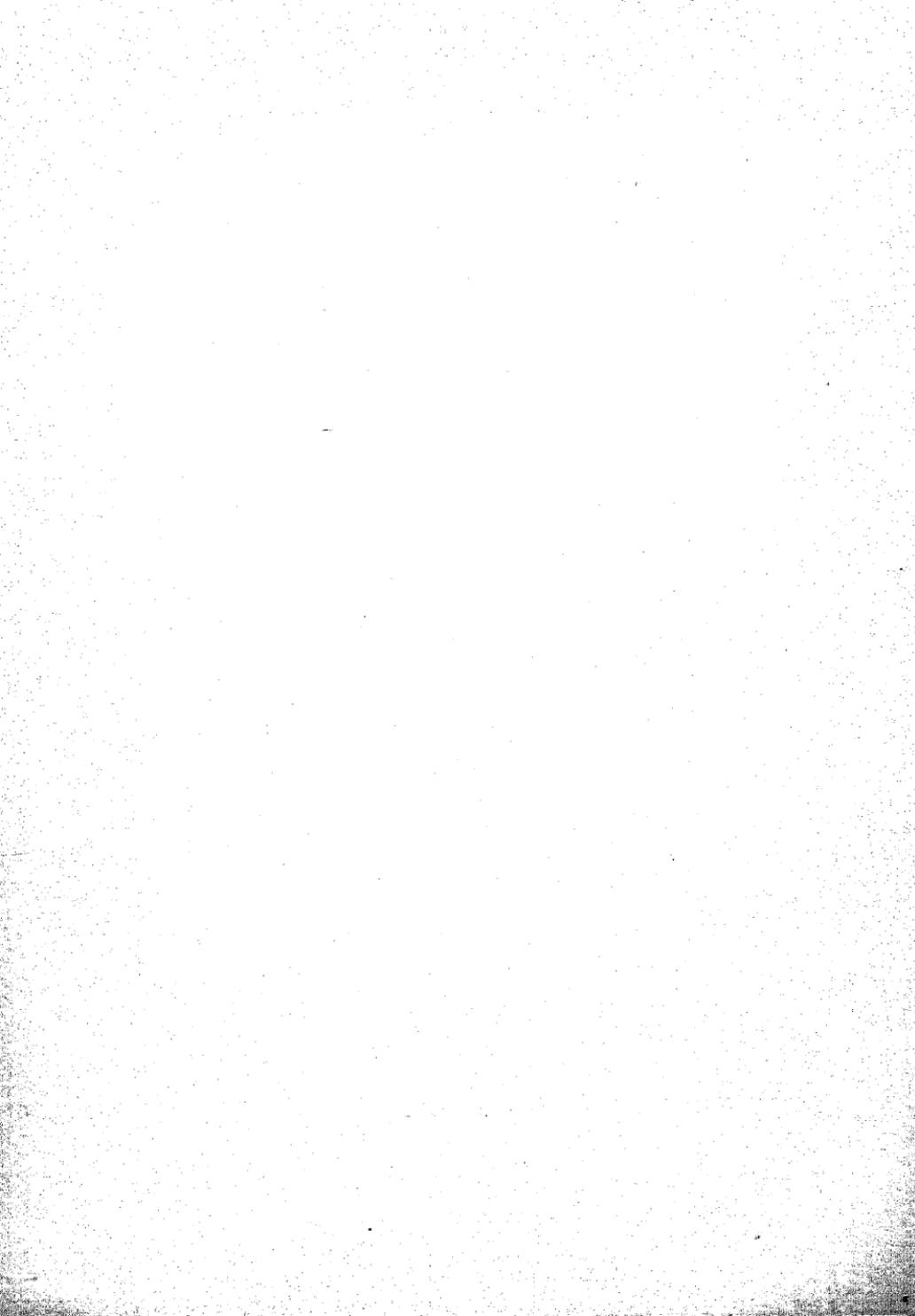
Rinde la lucha el corazón más fuerte
al huir la riente primavera,
y del dolor la dentellada fiera
quedó, al sentir, mi corazón inerte.

Me hirió el dolor con indomable encono,
y hastiado de sufrir, sólo ambiciono
dar ya fin para siempre á mi camino

del zafir de tu cielo á los fulgores,
bajo el chal irisado de tus flores,
cabe las ondas de tu mar latino.



ROMANCE MORISCO



ROMANCE MORISCO

Dame el capellar más bello
de todos mis capellares;
de todas mis jacerinas
la de mejor temple dame;
dame mi jubón más rico,
mi penacho blanco y jalde,
mi alquicel el más nevado,
mi alfanje, mi corvo alfanje,
siempre de gloria sediento,
siempre sediento de sangre;
dame también mi gumía,
mi fuerte adarga de ante
y ensíllame el potro overo,
el que envidia le da al aire
cuando le suelto la rienda
y presente el acicate.

Y una vez que haya partido,
si alguien por mí preguntare,
y si el que por mí pregunta
no es un Zegrí, ni un Azarque,
ni un Gomel, ni un Sarracino
y es de los Abencerrajes,
ó es de los Aldoradines,
ó es de los Abenamares,
le dices que no me busquen
en donde suelen buscarme;
ni en Albaicín, ni en la Alhambra,
ni de la Alhambra en las calles,
ni en las márgenes del Darro,
ni del Genil en las márgenes;
tampoco en Gavia la chica,
tampoco en Gavia la grande,
sino más allá de un río
que baña muchos lugares;
más allá del Almanzora,
allá donde—¡Alá la guardel
vive la gentil Galiana,
la que es hija del Alcaide
del Castillo de Almería,
la que de aquí al ausentarse
tanto mío se ha llevado

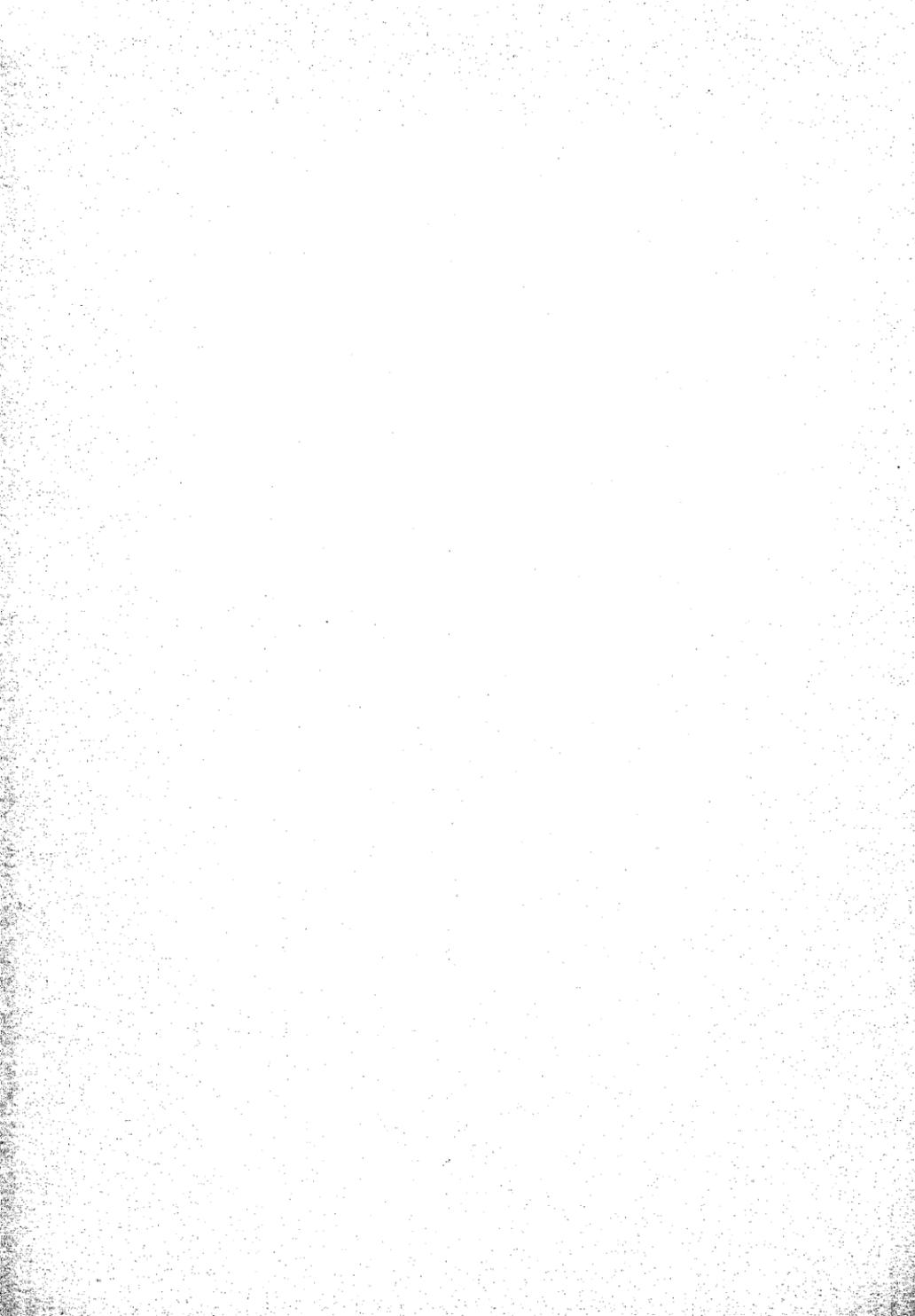
que ir en su busca me place
para decirle:—Galiana,
aquí vengo á demandarte,
no mis broches y cintillos
de rubíes y diamantes;
no mis cadenas de oro
que en tu cuello nada valen;
no mis telas recamadas
en los índicos telares,
no mis bellísimos pomos
de perfumes orientales,
no mis turcas cimitarras,
no mis corvos yataganes,
sino el alma que sin ella
al venirme me dejaste;
que esclava te la has traído
de tus gracias y donaires,
de tus ojos de gacela,
de tus rizos de azabache,
de tus labios purpurinos,
de tus dientes tan brillantes,
cual aceros yemeníes;
de tu aliento, tan suave,
como el que dan á la aurora
al nacer los arrayanes,

y de tu voz tan cadente
que imitarla sólo saben
las dulzainas cuando lloran
y cuando trinan las aves.

Dice el moro á su escudero,
y á poco rápido parte,
y á poco en la lejanía
van raudamente esfumándose,
su alquicel de blanco lino,
su plumero blanco y jalde
y su jubón recamado
y su nítido turbante.

DESDE EL MARCO

A Enrique López Alarcón.



DESDE EL MARCO

A Enrique López Alarcón.

Crucé del castillo los vastos salones,
y en uno, amueblado con viejos arcones
y rotos sitiales, entre los girones
cubiertos de polvo de un rico tapiz,
la imagen pintada yo ví de un guerrero
con casco, con mallas y cota de acero,
y—Saber quién fuiste,—le dije,—yo quiero,
y al punto el guerrero repúsome así:

Yo fuí un valeroso famoso caudillo
de alma indomable; yo tuve un castillo
con cubos y almenas y foso y rastrillo;
castillo á las cumbres más altas frontero,
castillo intomable, castillo roquero,
del que salvaguardia fué siempre mi acero;

yo fuí descendiente de egregios varones,
de cien hazafiosos preclaros vascones
que há siglos ganaron sus nobles blasones;

mi hogar nunca al huésped nególe un abrigo,
y cual á un hermano traté al enemigo,
si un punto á mi mesa sentóse conmigo;

yo fuí de mi rey si vínome en gana,
rindióme tributo la grey mahometana,
que siempre mi enseña contempló cercana;

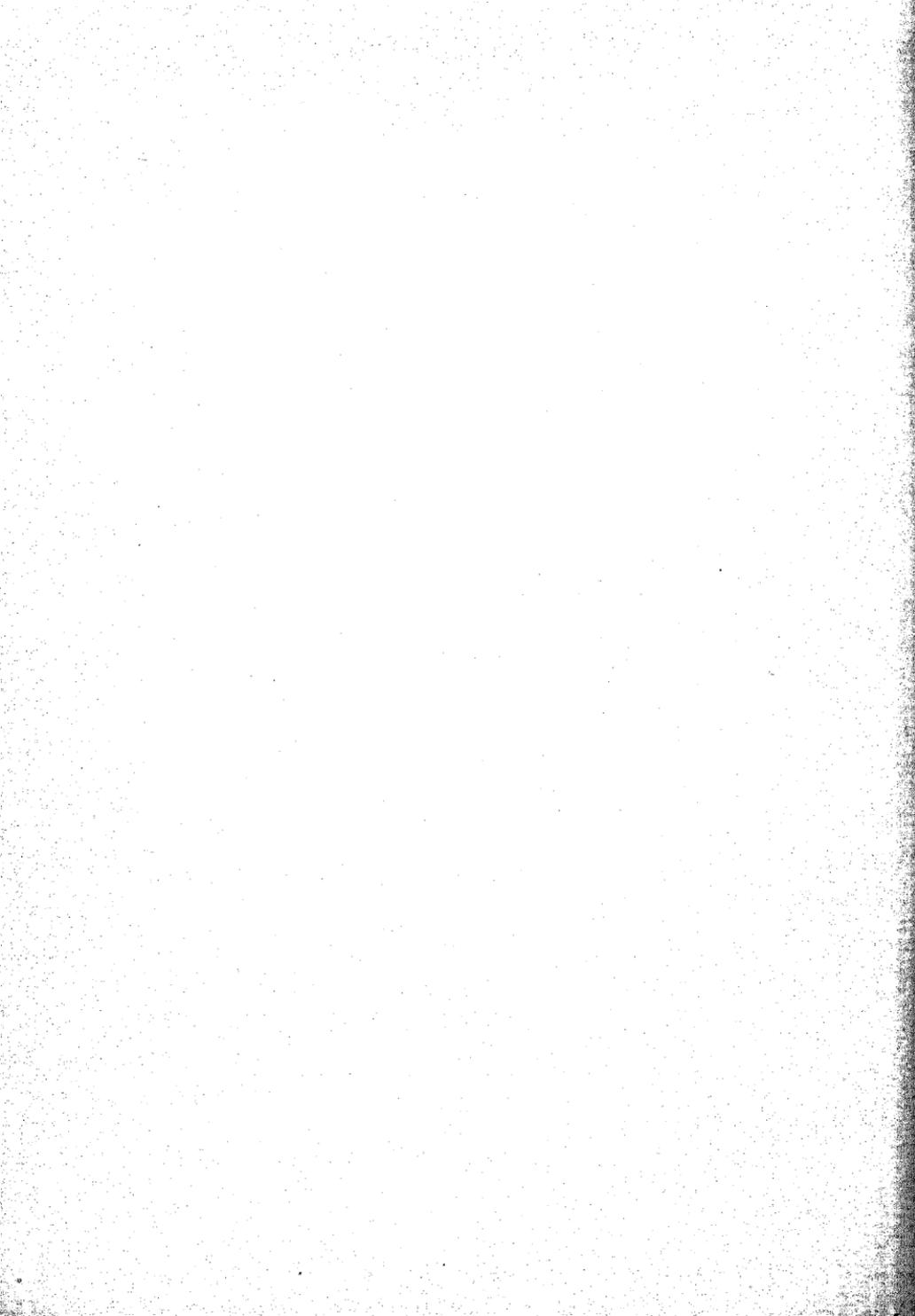
yo tuve un enano que de mis pesares
los dardos rompía; yo tuve millares
de yelmos y escudos; yo tuve juglares;

yo tuve jaurías de fieros lebreles;
yo tuve pecheros sumisos y fieles
y azores preciados y raudos corceles;

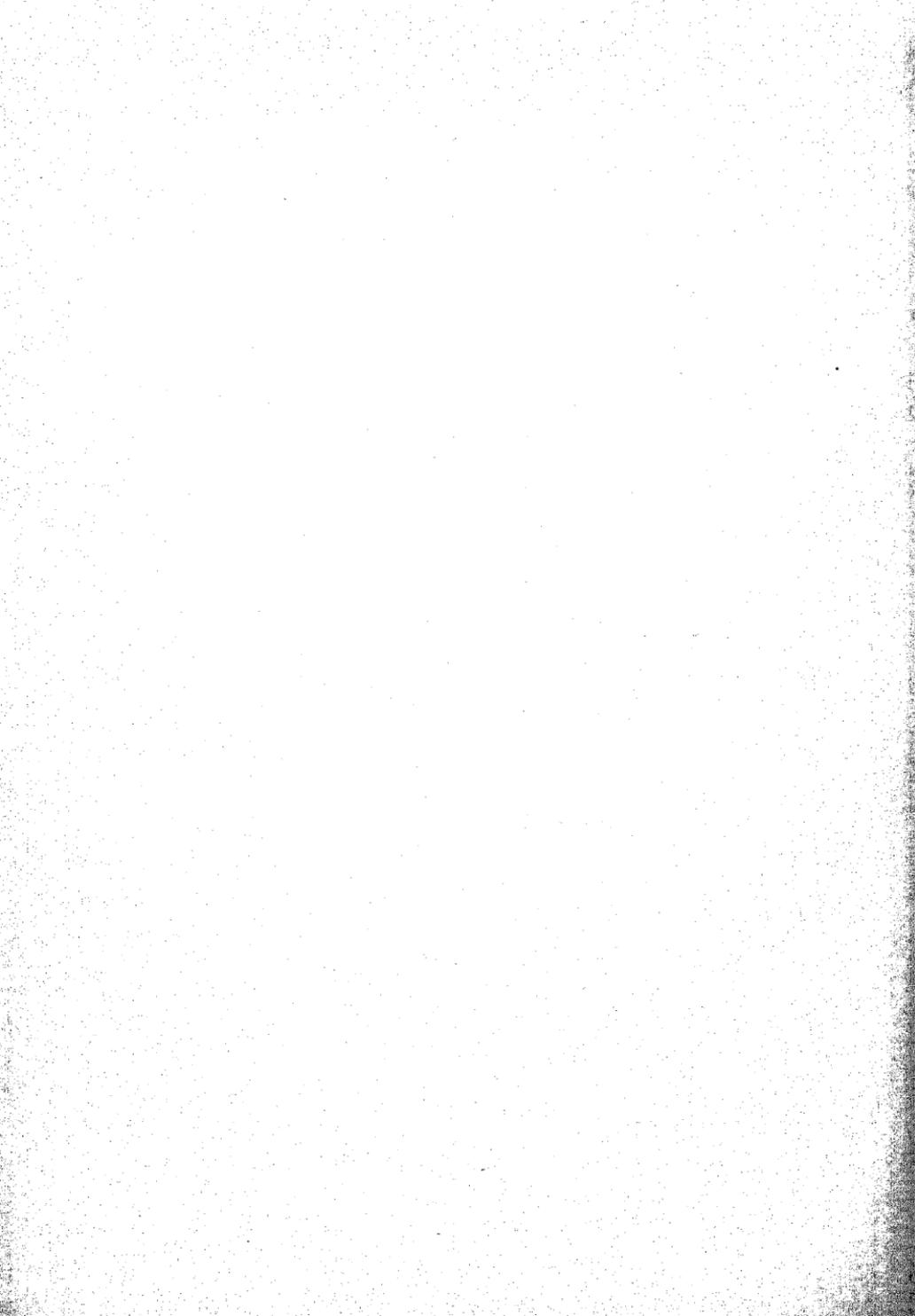
yo, cuando el cansancio se hacía mi dueño,
de Baco apuraba la ofrenda, y risueño
el dios desfruncía mi frente y mi ceño;

yo he sido un valiente caudillo famoso
que en lides sin cuento salió victorioso;

yo nunca mi acero vencido rendí;
yo tuve una bella gentil castellana
de lánguidos ojos, de labios de grana,
que en tanto teñía yo en sangre africana
mi arnés, se dormía rezando por mí.



FLOR ESCARCHADA



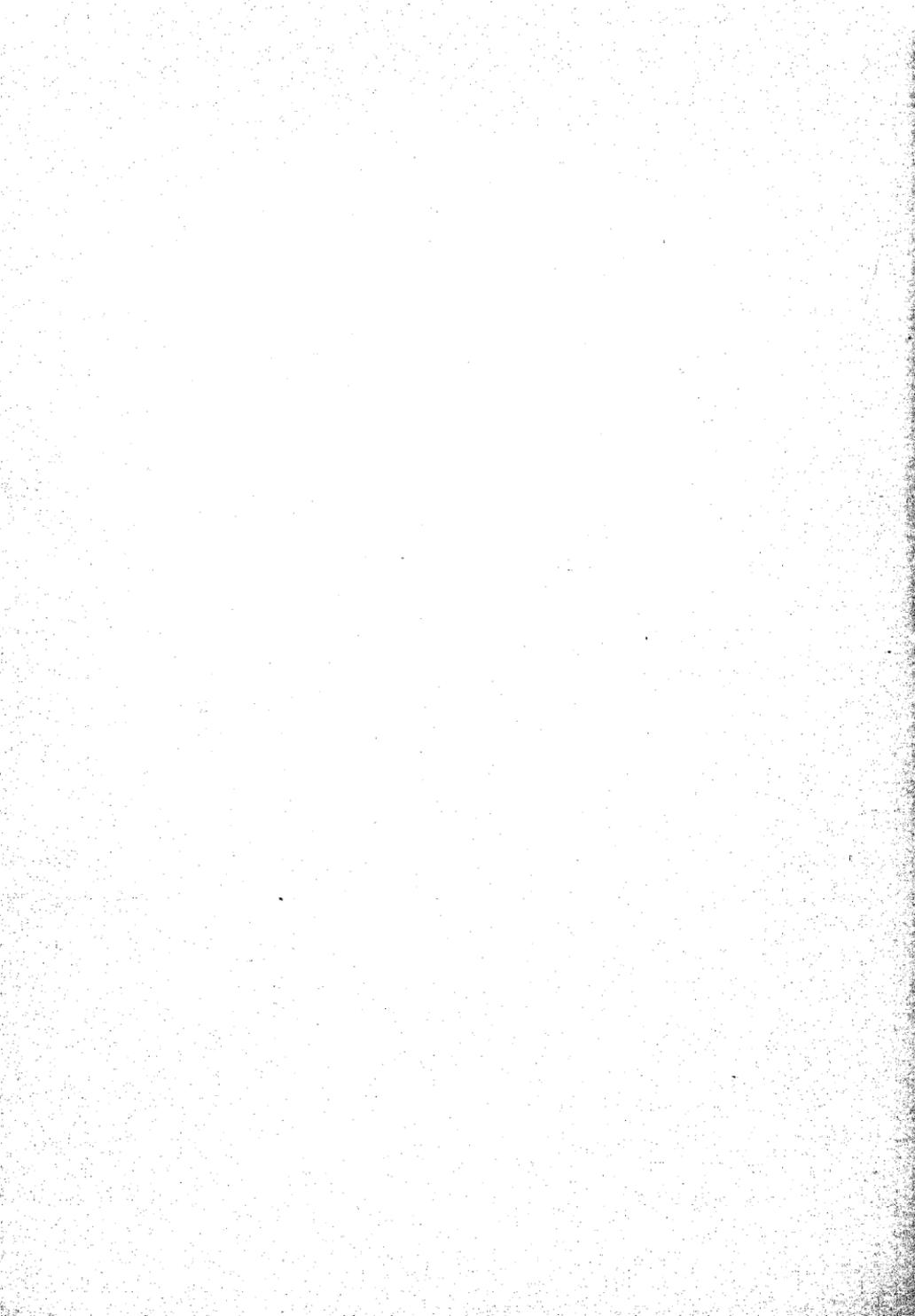
FLOR ESCARCHADA

Cien canas en tu blonda cabellera
empiezan á trocar en plata el oro,
mas aun fulge el espléndido tesoro
de tu hermosura como ayer fulgiera.

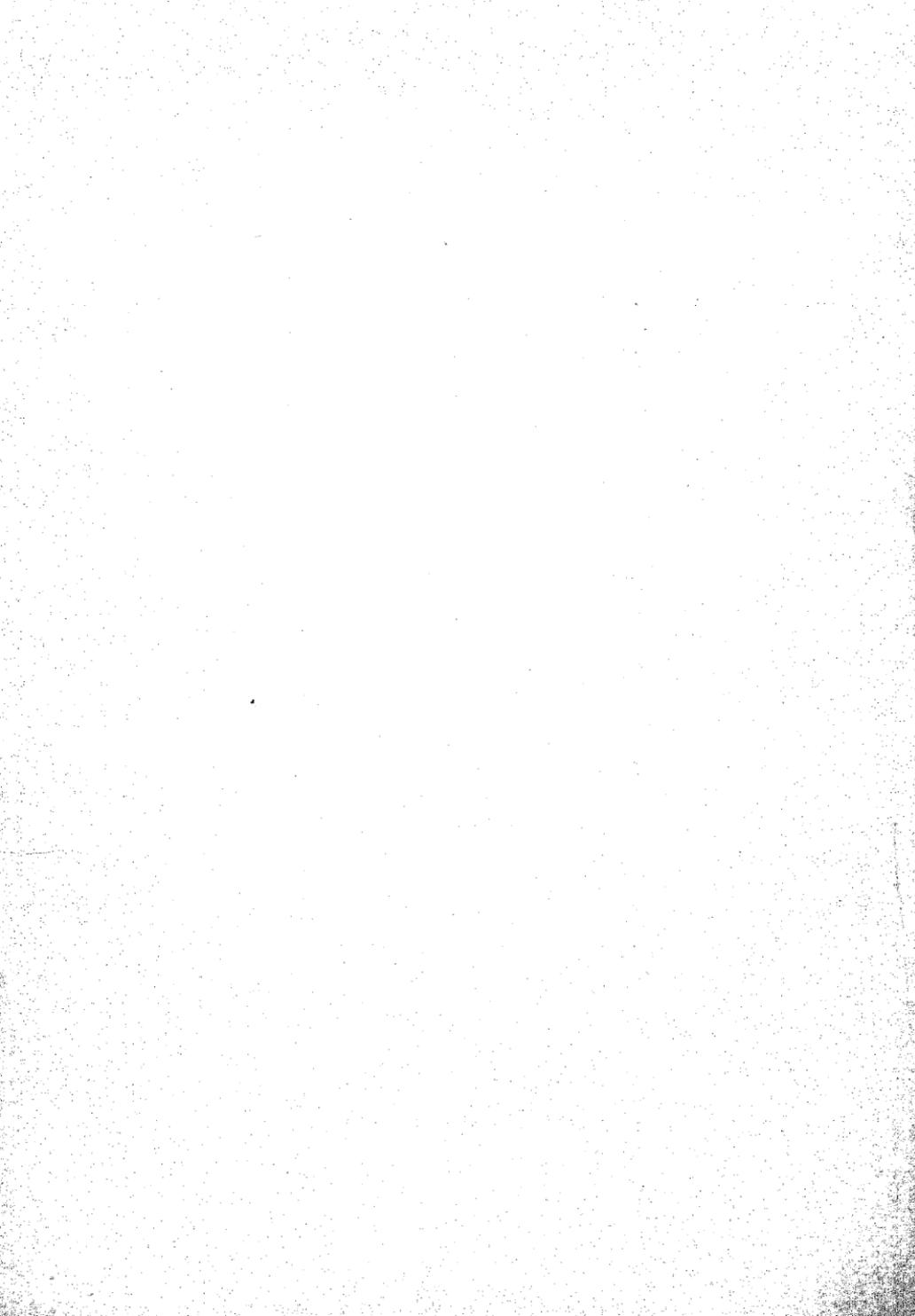
En tu verde pupila aun reverbera
el dulce rayo del amor que imploro
y aun tu lánguido acento es el sonoro
cántico de tu hermosa primavera.

Aun, cuando quieres, como ayer, me hechizas;
tus miradas aventan las cenizas
que ocultan los rescoldos del pasado.

Aun á los ecos de tu voz responde,
desde bajo la nieve que lo esconde,
mi pobre corazón enamorado.



¿POR QUÉ?



¿POR QUÉ?

¿Por qué es tan honda tu pena?
¿por qué es tan grande tu duelo?
¿te robaron tus tesoros?
¿te robaron tus camellos?
¿acaso algún sér querido
viste morir? ¿de los celos
sentiste el envenenado
áspid clavarse en tu pecho?
¿sucumbió alguna esperanza
de amor en tí? Tus ensueños
¿acaso turba fatídica
la voz del remordimiento?

—No he perdido mis tesoros,
que mis tesoros conservo;
no he perdido mis riquezas,
no he perdido mis camellos;

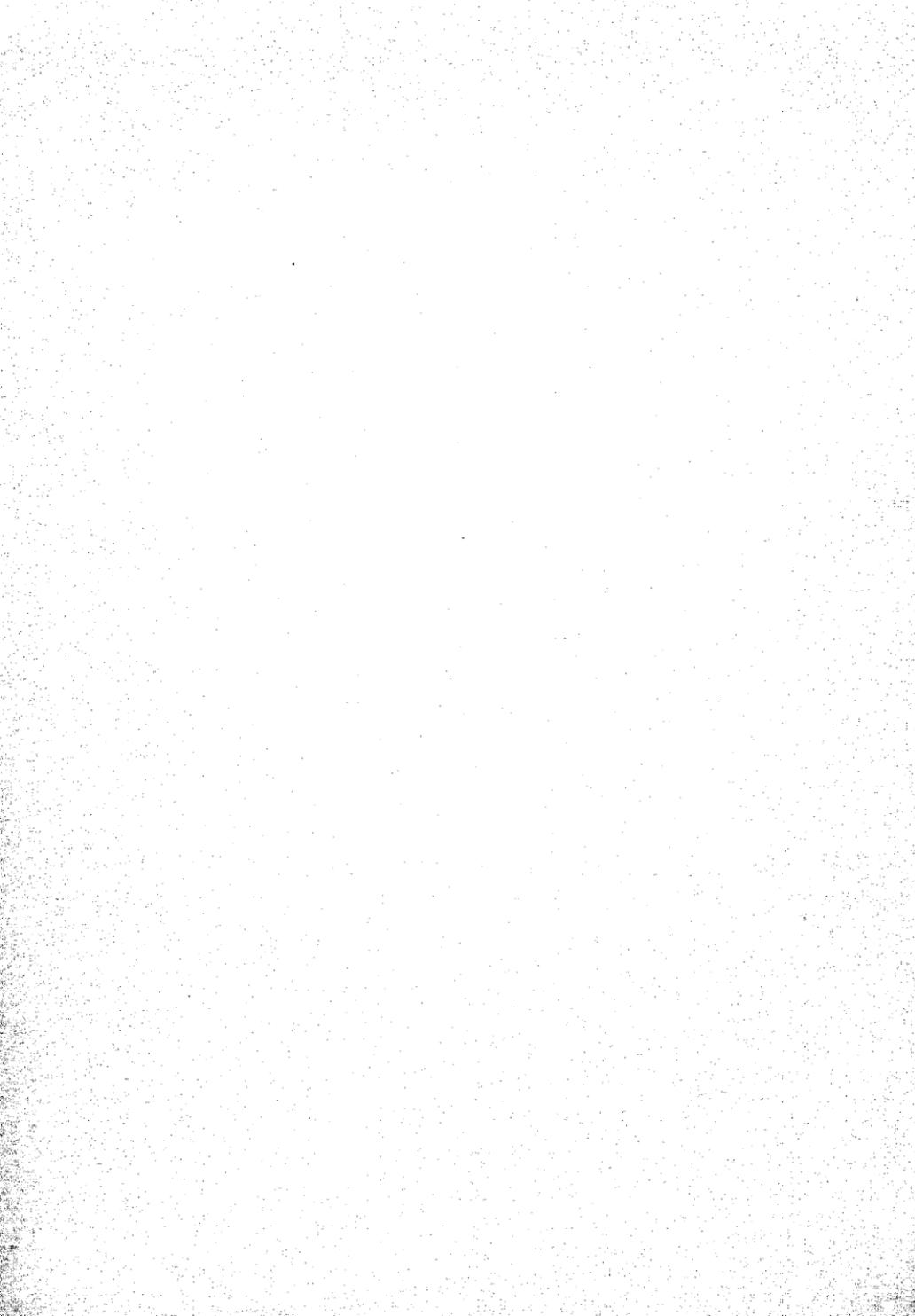
no lloro pena ninguna
de amor, ni de ningún deudo
lloro la muerte, que lloro
mi caballo, que del viento
fué cien veces victorioso
rival; que fué el más ligero
que vieran los arenales;
el que cruzaba el desierto
cual la flecha disparada
por la mano del arquero;
lloro mi corcel gallardo,
lloro mi corcel soberbio,
el que fué mi fiel amigo,
el que fué mi compañero;
el que conmigo cruzaba
de la noche en el silencio
profundo, los arenales,
á los pálidos destellos
de la luna blanca y triste;
mi caballo, al que mi acento
le servía de acicate
y le servía de freno;
mi caballo, mi valiente
caballo, que un vil acero
traspasó... Que Alá maldiga

al que traspasó su cuerpo;
que al tornar á sus hogares
su hogar encuentre desierto;
que sean noches sus días
y sus placeres tormentos;
que lo burlen sus mujeres
más amadas, que sus huertos
soterre el simoun; que anciano,
haraposo y pordiosero
tenga que ir de puerta en puerta
mendigando su sustento;
que de todos despreciado
muera y descarnen sus huesos
los buitres de negra pluma,
y los chacales infectos,
y las hienas repugnantes,
y que su espíritu, lleno
de angustia, encuentre cerrado
siempre el Edén!

—Con acento
ronco y vibrante de ira
dijo, y cuando ya el viajero
se hubo alejado, el bereber,
á los últimos reflejos
del sol, que al morir fingía

en el ocaso un incendio,
en la desierta llanura,
sobre su corcel, de nuevo
se inclinó y siguió llorando
siguió llorando en silencio.

ACUARELA



ACUARELA

Contempla Juan en silencio
el riente panorama,
donde del sol á los rayos
todo brilla; las cañadas
que entre los montes serpean
y las adelfas esmaltan
con sus tonos purpurinos;
las cumbres de las montañas
que los pinares sombrean
y que aroman las retamas;
los hondos y los barrancos
donde sus flores de grana
abre el granado silvestre;
la ermita, que en la más alta
cúspide y entre frondosos

encinares se destaca
con sus blanquísimos muros
y con su cruz, que de plata
del sol al beso parece;
el firmamento—ensenada
de cristal y de zafiros,
en la que lentas resbalan
en blanco tropel las nubes,
como góndolas de nácar;
los lagares medio ocultos
entre las flotantes ramas
de los viejos algarrobos
y entre las floridas pámpanas
de los añosos parrales;
los arrieros, que en lánguidas
perezosas actitudes
acá y acullá cabalgan
sobre mulos enjaezados
con vistosas sobremantas
y bordadas baticolas;
y por último, en la vaga
luminosa lejanía
como un lago de esmeraldas
y de zafir, el dormido
mar, donde en tropel, las barcas

de pescar tienden sus velas,
cual tiende el ave sus alas.

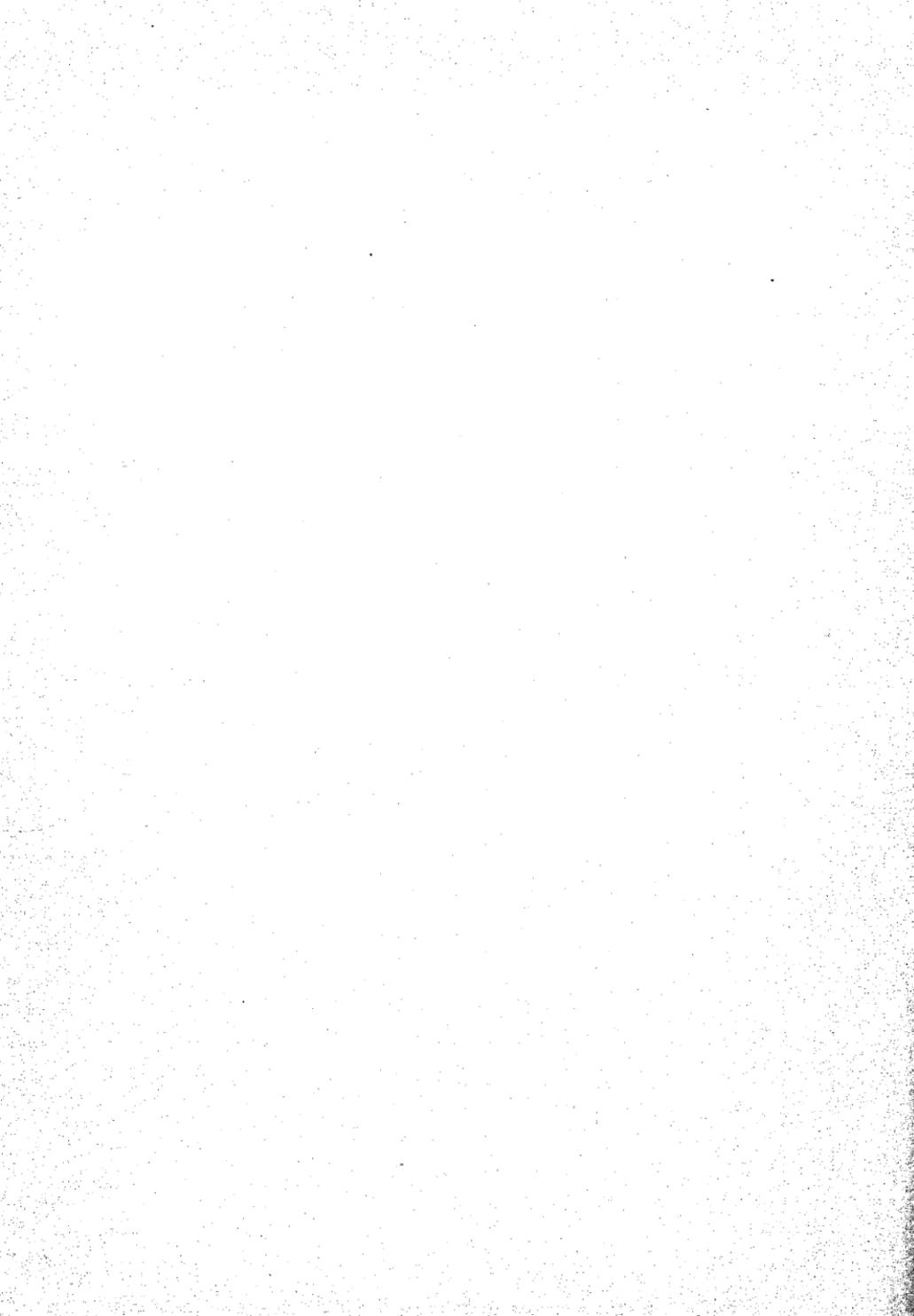
Y al ver á Juan abstraído
contemplando el panorama,
se acerca á Juan lentamente
Pepa, luciendo la falda
de los días de repique:
la chaquetilla encarnada,
un pañuelo azul al talle,
prisionera la garganta,
de un collar, en el cabello
como florida guirnalda,
geranios y margaritas;
fresca y riente la cara,
donde la vida y el gozo
y la belleza derraman
sus dulces imantaciones,
y con voz que arrulla y canta,
á Juan, mirándole, dice:
—Hermanito, ¿qué te pasa?
¿qué buscas tú con los ojos
por esos montes?

—Hermana:
lo que yo busco en el monte,

son los ojos de mi cara
que otros ojos han prendío
pa siempre entre sus pestañas;
busco una luz que reluce,
busco una alondra que canta
y una flor con más olores
que el tomillo y la albahaca;
busco un pelito de oro
jecho jebras, busco un arca
donde guardé jace tiempo
toícas mis esperanzas
y toas mis ilusiones;
busco una fuente de plata
aónde beber; busco aquella
que me está pidiendo el alma
desde que la vide un día
bajar del monte, por agua,
al manantial. ¡Qué graciosa
que la ví aquella mañana!
*«¡Más bonita que venía,
» pintores no la pintaran!»*

Quedan los dos silenciosos...
Todo yace en dulce calma,
y sólo turba el silencio

el céfiro entre las zarzas
del manantial que el sol dora,
y las rítmicas escalas
de un ruiseñor solitario
escondido entre las ramas.



CANTARÉ

CANTARÉ

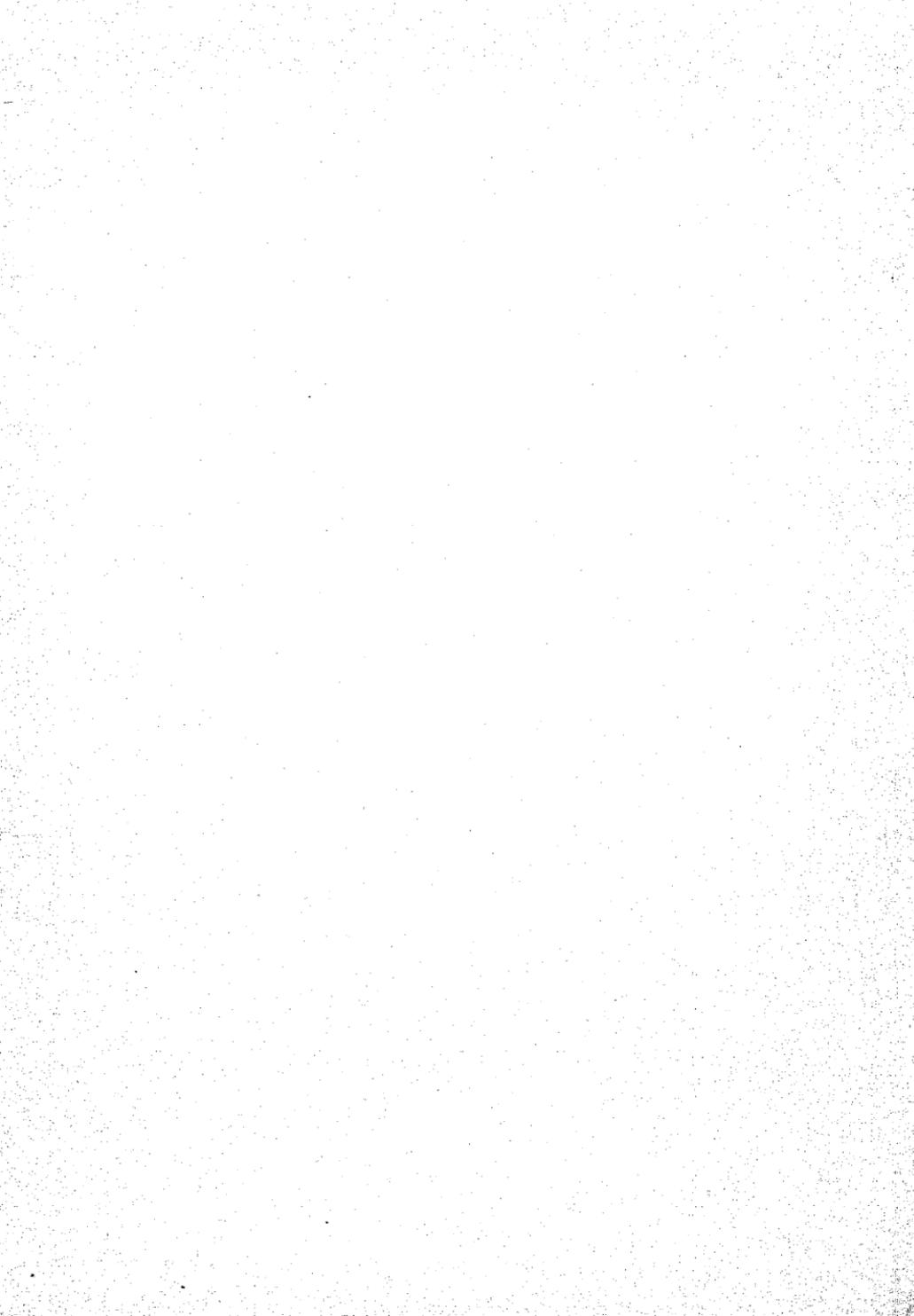
Yo tu hermosura cantaré, señora;
tu faz de nieve y tu cabello blondo,
tus ojos de zafir, en cuyo fondo
su luz más bella derramó la aurora.

Cantaré la atracción embriagadora
que de mi corazón en lo más hondo
removió las cenizas en que escondo
cuanto ya el alma por perdido llora.

«Cantaré uno por uno tus hechizos,»
«rizo por rizo, tus dorados rizos»;
línea por línea, tu perfil heleno;

cantaré tu suprema gallardía
y hasta el placer que gustaré algún día
en la copa radiante de tu seno.

¿POR QUE LLORA?



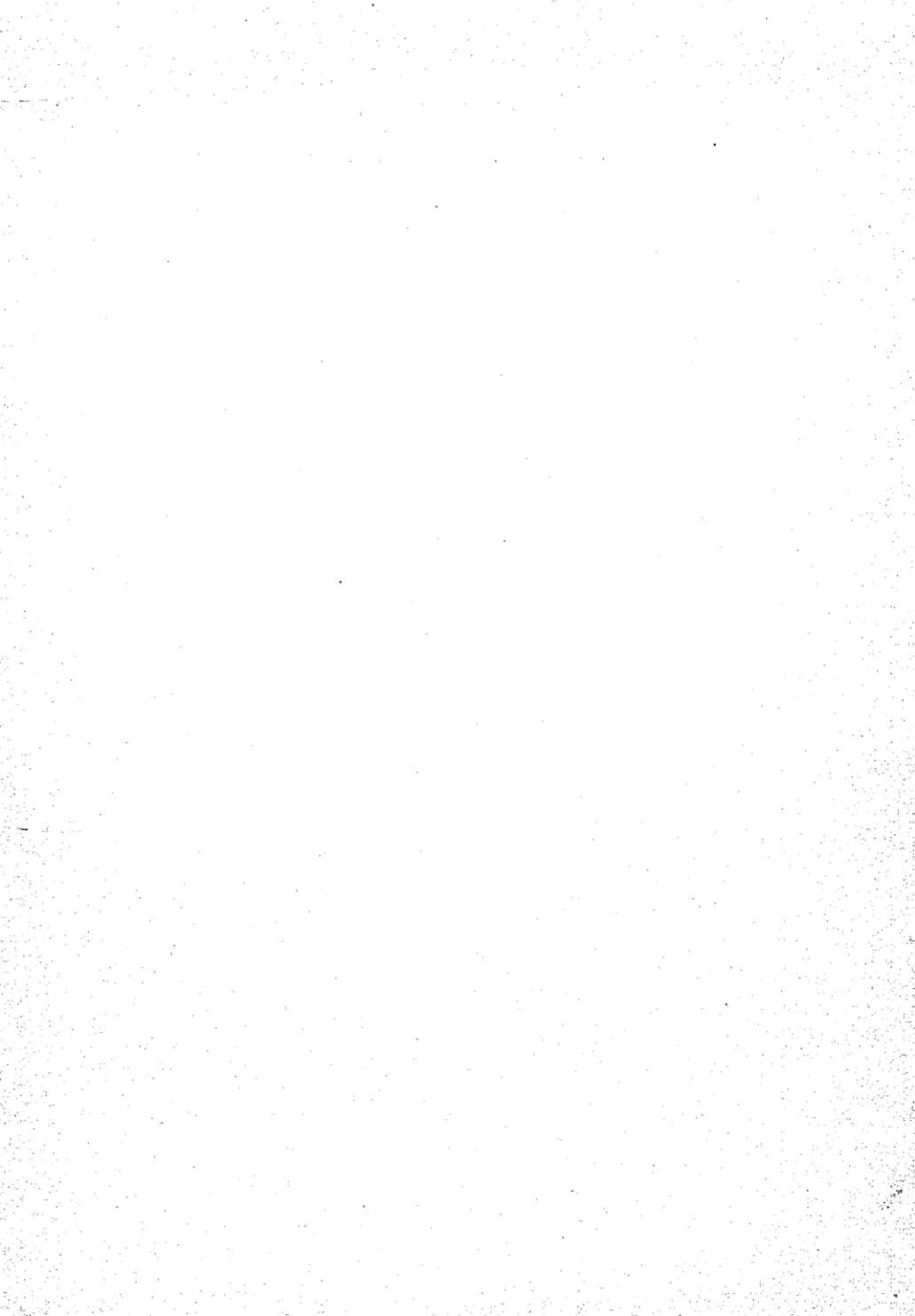
¿POR QUE LLORA?

—¿Por qué llora como débil
mujer el que fuera un tiempo
orgullo del africano
y terror del nazareno?
— Lloro á mi gentil Granada,
lloro su alcázar soberbio,
lloro sus dorados ríos,
lloro á mi Alhambra, en que el genio
oriental abrió del arte
los más fúlgidos veneros;
lloro sus áureas labores,
sus ajimeces de aéreos
encajes, tan vaporosos
como espirales de incienso;
sus arcos alicatados,
sus mármoles y azulejos,
sus estanques cristalinos,

sus camarines, secretos
del amor y la molicie
y el placer; lloro sus techos,
sus bóvedas incrustadas
de marfil y plata y cedro;
lloro de sus arrayanes
los perfumes, de su cielo
el zafiro, de sus bosques
los dulcísimos arpegios,
las blancuras de su sierra
y las flores de sus huertos;
lloro mi Generalife;
lloro, en fin, el patrio suelo,
del cual me arroja el destino.
—¿Y dónde tu invicto acero
está; dónde tu caballo,
dónde tu indomable esfuerzo?
—Lo quiso Alá, y mi gumía
saltó rota; mi ligero
corcel, mi corcel alado,
el que nació del desierto
en los vastos arenales,
el que fué rival del viento,
el de larguísimas crines
y siempre enarcado cuello,

cayó al bote de una lanza
y yo al par rodé maltrecho,
mi alquicel de blanco lino
tinto en mi sangre... Por eso
llora de pena y de ira
el vencido, que fué un tiempo
orgullo del africano
y terror del nazareno.

Y tras mirar con profunda
pena y con amor inmenso,
quizá por la vez postrera
su Granada, que á lo lejos
destacábase riente,
por los ocultos senderos
de la florida montaña,
con faz torva y paso incierto,
se alejaron los dos, tristes,
los dos llorando en silencio.



MORIR

MORIR

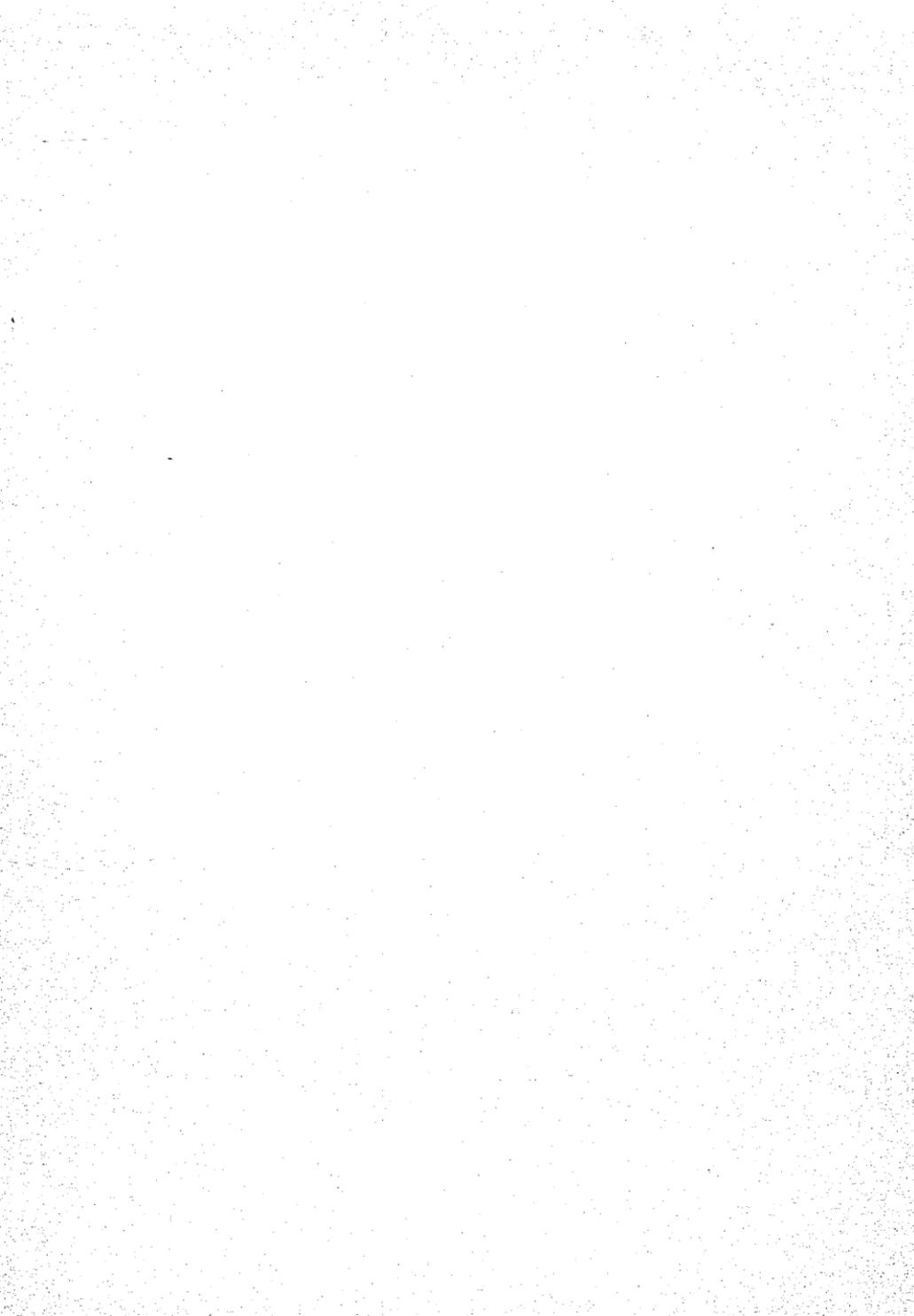
¡Morir! ¿Y qué es morir? Las olas hiende
rauda y gallarda la velera nave,
mas ruje el huracán, y á su voz grave
su luz el rayo abrasador enciende.

Pasa la tempestad, la ola se tiende
á los besos del céfiro suave,
y al nido oculto en la restinga, el ave,
que ama la tempestad, su vuelo emprende.

Rotas las jarcias y la vela rota,
hacia la playa, por su mal remota,
voga la nave sobre el mar desierto.

¡Morir! ¿Y qué es morir?... Ya á su destino
por fin llegó el bajel, y ya el marino,
cansado de luchar, yace en el puerto.

SANGRE MORA



SANGRE MORA

A Carlos Fernández Shaw.

Brilla el sol, y á su radiante
fulgor, el azul del cielo
ciega y ciega el caserío
con su bláncor; el reseco
rastrojál cubre en gavillas
la mies dorada; el almendro
deja caer ya la alloza
en los alegres viñedos
llenan los vendimiadores
de áureos racimos los cuévanos,
que otros conducen cantando
alegremente al pasero;
en los verdes olivares
lanza la tórtola al viento
su arrullo ronco y ardiente;
en los arroyares secos
y en las rientes cañadas,

entre guindos y cerezos
y punzadores zarzales
de roja flor, sus arpegios
da el pájaro, que con plumas
su nido fabricó en ellos;
como una explosión ardiente
de verdes brilla el huerto;
su cantar triste y monótono
dan las cigarras al céfiro;
dormita el pastor, dormita
al pie del árbol, que, espléndido,
al par que sombra, le ofrece
dulces frutos, y en sosiego
el ganado ramonea
junto al pastor, cuyo sueño
turba de pronto jinete
en un potro *zapatero*
un mozo enjuto y gallardo
y ágil, el cual, deteniendo
el paso de su montura,
dice con sonoro acento:
—¡A la paz de Dios, Tobalol
—Tú por estos vericuetos,
¿adónde vas?—le pregunta
el pastor, y torvo el ceño

le responde el caminante:
Voy en busca de un remedio
que me mate ó que me cure
de una vez, porque no pueo
ya aguantar más estas *ducas*
de muerte, que yo padezco.
—¿Y cuál es la medicina
que vas buscando?

—Yo aluego
te la diré, cuando vuelva
de aquí á un rato... si es que vuelvo.

II

Hacia la ermita cercana,
van los novios con su séquito;
camina el novio, jinete
sobre su yegua, luciendo
marsellés de rica pana
con flamantes sobrepuestos
y sedosos alamares;

calzones de terciopelo,
ceñidor azul de raso,
polainas de largos flecos,
y la pechera de encajes,
y cordobés el sombrero.

A la grupa del caballo
que rige, su padre—un viejo
aun terne—la novia luce
típicos y pintorescos
atavíos; su cabeza
resguarda un blanco pañuelo
de seda, del sol que cae
como una lluvia de fuego,
bajo la cual, impasible
avanza alegre el cortejo,
ostentando las zagalas
tanta flor en los cabellos
y de colores tan vivos
los vestidos, que de lejos
semejan ramas floridas
en los floridos senderos.

El novio, el placer que siente
lleva en su semblante impreso;

la novia, llorar parece,
si no por fuera, por dentro,
y para llorar motivos
le sobra, que tiene yerto
el corazón, que su Curro,
el que ser debiera el dueño
de sus hechizos, ya nunca
con su dulcísimo acento,
en el llano de la casa,
de la noche en el silencio,
la requebrará rendido,
ni verse podrá en sus negros
dulces ojos habladores;
ojos profundos, tan llenos
de mieles, cual los panales,
y de luz como los cielos.

III

—Pronto volviste Tobalo.

—Sí, amigo, que pronto he vuelto.

—¡Algo á juzgar por la pinta
te pasa!

—Como que vengo
de matar á un hombre.

—¿A un hombre?

—A uno que con sus dineros
se me metió en mis cubriles
y me quitó de mi huerto
la flor que era mi alegría,
la flor que era mi recreo,
la que es el sol que me alumbra
y es el agüita que bebo...
Me la quitó, y me he cobrao
como cobrarnos poemas
los pobres, lo que nos deben
los poderosos.

Y lleno
de cólera y de amargura,
hunde arrogante y soberbio
en su potro el acicate,
y á poco, tras un espeso
olivar, desaparece
con sus tristes pensamientos,
mas sin temor, que temores
sentir no puede, teniendo

como tiene odio á la vida,
un corazón que es de acero
y una escopeta y un potro
tan rápido como el viento.

